

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID: Noticias de Madrid.—SEMANA BIOGRAFICA: Don Ramon Cabrera (segunda parte), conclusion.—SEMANA RELIGIOSA: San Andrés.—Efemérides religiosas.—SEMANA JUDICIAL: Proceso del hijo de Felipe II.—Noticias judiciales.—SEMANA CIENTIFICA: Monumentos de París.—Iglesia de San Jacobo de la Bucharie.—Historia natural: Los Jamas.—SEMANA LITERARIA: La venganza de los difuntos, novela fantástica (continuación).—SEMANA MOSAICO: La vispera de San Andrés; invenciones y descubrimientos, anécdotas, máximas, noticias, escenas de la vida positiva, gaceta devota, calendario de la semana, logogrifo, solución del anterior, etc.

Este número lleva siete grabados

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior: FRANCIA. Aunque no completo aun el gabinete francés nuevamente nombrado por Luis Napoleón, á causa de no haber admitido la cartera de Negocios extranjeros Mr. de Rayneval, que se halla en Nápoles, el gabinete, que conoce la necesidad de manifestarse fuerte delante de la asamblea legislativa, cuyas intenciones á apoyarle son bastante equivocadas, ha tomado la iniciativa de una amnistía, que restituye á sus hogares á mas de dos mil y quinientos individuos, enviados á los pontones ó á Belle-Isle, por los acontecimientos de junio de 1848, acontecimientos que estuvieron á punto de sumir la Francia y la Europa entera en un cataclismo social.

Se han exceptuado solo los que anteriormente estaban condenados por los tribunales á penas afflictivas y corporales. Los verdaderos culpables de aquellos terribles acontecimientos, como en todos los países, habían permanecido ocultos é inaccesibles á la acción de la ley; los oscuros soldados, mártires ignorados de una causa desconocida de ellos mismos, eran los que sufrían. Las discusiones de la asamblea han sido muy poco importantes, el nuevo ministerio ha declarado en ella que no recurriría á empréstitos para los gastos de la república, teniendo medios suficientes para sostenerlos, y esta declaración ha impreso en todos los valores en circulación en la plaza, un movimiento pronunciado de alza, pasando los fondos del 90 por 100. El ministro de la Guerra ha anunciado una reducción en el ejército, que economizará para 1850, ocho millones de francos.

La causa que el tribunal de Versalles juzgaba sobre los últimos atentados cometidos en 13 de junio de 1848, ha terminado. Los reos rehusaron defenderse, y condenados unos á la deportación, otros á penas en menor escala, han marchado á cumplir su condena, mientras la clemencia del presidente se extendía sobre los oscuros instrumentos de que se habían valido los grandes conspiradores.

ROMA. Las comisiones que de Roma fueron á Nápoles para rogar al pontífice volviese á la capital del mundo cristiano, fueron recibidas por Pio IX en Pórtici. El príncipe Odeschalchi, llevó la palabra y le expresó los sentimientos del pueblo y del clero romano.

El pontífice nada prometió, asegurándoles empero que sus deseos eran verse dentro de su ciudad, aunque no sabía cuando podría verificarlo. Así, pues, la cuestión romana parece condenada á perpétuas dilaciones. El pontífice ha estado unos días en Benevento, y luego ha regresado á Nápoles al palacio de Pórtici.

El Austria y la Prusia negocian siempre relativamente á la hegemonía, y menos que nunca las casas de Hapsbourg y de Hohenzollern pueden entenderse, sobre esta grave cuestión, que permanece como estaba hace un siglo, empero embrollada y complicada de una quimera política, la unidad alemana, que al orgullo nacional tanto halaga y halagará por mucho tiempo. La Rusia ha vuelto á tomar en Polonia su actitud respecto á la Europa central. Permanece sobre las armas aunque ha consentido en dilatar la ejecución de sus proyectos relativos á Oriente. La Rusia aguarda.

El movimiento de las ideas continua en Alemania. Allí también la libertad en su cuna ha tenido que luchar contra sus mas crueles enemigos, la exageración de la demagogia, empero la calma se restablece en todos los espíritus. Se ve ya con mas sangre fría los hombres y los sucesos, y de este estudio nace el adherirse madura y reflexivamente á los grandes principios de orden en la libertad, únicos que pueden hacer felices los pueblos.

Á falta de una unidad política, imposible tal vez, la Alemania trata de estrechar los vínculos de nacionalidad que unen á sus diversos hijos á la patria común, ora sean del Norte, ó del Mediodía, ó del Este al Oeste. De aquí el vivo interés con que siguen las com-

plicadas fases de la lucha que los ducados de Schleswig-Holstein sostienen contra los proyectos de absorción que medita Dinamarca. El pueblo de Holstein quiere sacudir el yugo, y defenderse solo sin intervención extranjera.

Es imposible que las potencias dejen verificarse así esta lucha. La legislación internacional que tolera las guerras, prohíbe los duelos, y evidentemente sería un duelo una guerra entre los ducados y la Dinamarca solos de una parte y otra.

En Suiza el partido radical ha ganado por una gran mayoría la elección de gobierno de Ginebra, siendo reelegidos todos sus individuos. Grandes desórdenes turbaron la ciudad, luchando en la entrada del local de las elecciones, el partido radical y moderado, que quedó vencido.

Interior. La tranquilidad mas inalterable reina en todas las provincias de la monarquía. Los días de la augusta Isabel han sido celebrados en todas partes con el mayor regocijo y entusiasmo. Los cuerpos colegisladores, por medio de comisiones que llevaban al frente á sus presidentes, espresaron á S. M. en su trono, los sentimientos que animan á sus pueblos, y afortunados mensajeros de la espresión del respeto y gratitud nacional, oyeron de sus augustos labios su firme propósito de continuar consagrándose á la felicidad de la nación. Los altos dignatarios de todas las carreras del estado, la corte toda asistió al besamanos en el palacio real, y por la noche la reina madre obsequió á su escelsa hija con un brillantísimo baile á que asistió el rey y sus hermanos los infantes.

De poca importancia han sido en esta semana los trabajos legislativos de las cortes. El Senado no ha celebrado sesión; el Congreso solo se ha reunido dos veces, en las que ha oído la lectura de una ley que le ha presentado el señor ministro de Hacienda; ley importantísima sobre la administración de hacienda pública y contabilidad general del estado, y otra presentada por el señor ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas sobre la administración, limpieza y conservación de los puertos.

En la primera sesión el señor Sanchez Silva hizo una proposición, sobre la necesidad de hacer que las Provincias Vascongadas contribuyesen como las demas de la monarquía á las contribuciones de sangre y dinero acordadas por las cortes. Los diputados de estas provincias defendieron su administración, invocaron la ley hecha despues del célebre convenio de Vergara, en que se les aseguraron los fueros, salva la unidad constitucional, y rechazaron las increpaciones que les hacia el diputado por Utrera. La proposición quedó desechada.

En la segunda sesión, el día 20, se trató de aprobar las actas del distrito de Calatayud, que fueron anuladas, porque el jefe político de Zaragoza había abreviado el término que señala para hacer las elecciones la ley adicional, dando margen á un fuerte debate en que tomaron parte las oposiciones progresista y conservadora.

El Congreso celebra pocas sesiones, porque la mayor parte de los diputados se hallan ocupados en las comisiones que preparan los trabajos importantes sobre que ha de deliberar, especialmente la comisión de presupuestos, cuyos trabajos se hallan notablemente adelantados.

ACTOS DEL GOBIERNO.

La Gaceta ha publicado en toda la semana:

Una real orden previniendo que ningún catedrático agregado ó ayudante de las universidades é institutos pueda venir á Madrid ni pasar á pais extranjero en ninguna época del año, sin espresa licencia del gobierno.—Gaceta del 17.

Otra real orden aprobando los tres mil reales propuestos para establecer un faro en la torre de Hercules en la Coruña.—Gaceta del 20.

Otra id. acompañando las instrucciones para que tenga efecto el decreto de 12 de octubre último expedido por el ministerio de Hacienda.—Gaceta del 20.

Otra mandando que los profesores de minas remitan un artículo al mes por lo menos para el Boletín oficial del ministerio de Obras públicas, sobre las materias que esplican.—Gaceta del 21.

Otra mandando crear en los pueblos cabeza de partido una junta inspectora de caminos vecinales.—Gaceta del 22.

Otra mandando á los gefes políticos que informen sobre el número de institutos de segunda enseñanza que haya en sus respectivas provincias, á cuanto asciende su coste anual, en qué estado se halla la enseñanza, etc.—Gaceta del 22.

Otra mandando dirigir directamente al ministerio de la Gobernación los expedientes sobre competencia.

Varios decretos mandando proceder á nueva elección para diputados á cortes en algunos distritos electorales y otros sobre competencias.

Revista de Madrid.

Al acercarse los últimos días de noviembre, el mundo físico y moral han tomado entre nosotros un aspecto diverso, una fisonomía distinta de la que les caracterizaba en los primeros días del mismo mes.

Por una parte las neblinas precursoras del invierno han venido á turbar la atmósfera serena de las tardes del otoño. Los frios, cuya impresion era apenas sensible en los primeros días del mes, han adquirido últimamente mayor intensidad y crudeza. La luz del sol palidece y se oculta despues de brillar tan solo unas breves horas. Todo en fin nos hace presentir la próxima llegada de esa larga noche que llamamos invierno, cuya oscuridad no se habrá disipado por completo hasta que vuelvan á lucir los primeros albores de mayo.

Por otra parte la sociedad madrileña ha entrado de lleno en el periodo de la animación y la alegría: inunda los salones y los teatros á despecho del frío y de la lluvia, y disponiéndose á ensanchar la esfera de sus goces á medida que se ensanchan las noches del invierno, prepara bailes y festines, á cuya animación vendrán á contribuir las fiestas de Pascuas y la celebración del año nuevo, hasta que rendida de cansancio por las frecuentes veladas del carnaval, vuelva á tomar el sueño del reposo en la mañana del miércoles de ceniza.

Buena muestra sin duda de los principios de esta vida nos han ofrecido ya los primeros días de la anterior semana.

Es verdad que no podía comenzar de otra manera una semana que se inauguraba con la celebración del día de nuestra augusta soberana. Así es que los sucesos ocurridos en el solemne aniversario serian muy bastantes para hacer cumplidamente los honores de esta revista.

A las tres de la tarde de aquel día tuvo lugar en los salones del régio alcazar un brillante y concurrido besamanos. En el entretanto se veía empavesado el estanque del Retiro y cubierto su gracioso muelle con una multitud de banderas. En el mismo día se estrenaba también la nueva fuente dedicada á la memoria del difunto corregidor de Madrid, marqués viudo de Ponteños. Y no eran todavía las diez de la noche, cuando en los suntuosos salones de S. M. la reina madre era recibida con el agasajo y la esplendidez de costumbre la parte mas brillante y escogida de la sociedad de Madrid, permaneciendo en ellos hasta que llegaban las primeras horas de la madrugada.

Es verdad que pocos momentos antes de que luciese la aurora de ese día, ocurría un tristísimo suceso que ha llenado de duelo á la buena sociedad de Madrid. La joven y bella condesa de Vistahermosa, modelo de hijas, excelente esposa, madre cariñosa y tierna, había fallecido á las altas horas de la noche, dejando en el mas amargo desconsuelo á su familia y á sus numerosos amigos. La infortunada joven abandonaba este mundo á la edad de veinte y dos años, víctima de una enfermedad casi repentina, á cuyo remedio no habían bastado todos los remedios y los auxilios del arte.

Este funesto acontecimiento vino á anublar en algún tanto la alegría de las suntuosas fiestas á que dió lugar la festividad de Santa Isabel. Todas ellas correspondieron, sin embargo, al grandioso objeto á que estaban destinadas.

No eran todavía las dos de la tarde cuando una numerosa y escogida concurrencia, parte de ella con carácter oficial y lujosamente ataviada, otra parte con el modesto título de espectadores y de curiosos, inundaba todas las avenidas del régio alcázar, hasta la espaciosa plazuela de la Armería. Nada mas animado que el aspecto de esta bulliciosa concurrencia, que poblaba los alrededores del real palacio: nada mas sorprendente que el gran golpe de vista que ofrecían en su interior los salones de la régia morada, inundados de altos funcionarios y de personas notables en todas las clases y categorías sociales. Fuera de él ostentaban estos al par de sus lujosos uniformes y de sus ricas alhajas, los soberbios trenes con que suelen presentarse en días semejantes á rendir el homenaje de consideración y de respeto á su augusta soberana. Sobresalía entre ellos el del señor duque de Valencia, riva-

lizando con este el de los señores Alcañices y Medina-ceil, sin serles inferiores en mérito los de los duques de Frias y de Tamames.

Como el hermoso y despejado cielo de aquel día convidaba á disfrutar por algunos momentos de las delicias del Retiro, allí acudió muy en breve la elegante sociedad de Madrid, donde le estaba preparado un espectáculo no menos agradable y sorprendente. Empavesado el estanque, adornado su embarcadero con una multitud de banderas, y fondeada en medio del mismo una de las reales falúas, aquel delicioso sitio recordaba los tiempos felices en que cruzaban las serenas aguas de su estanque innumerables barquillas, y en que la corte denominada del Buen-Retiro daba brillantes representaciones y suntuosas cenas sobre la superficie de aquel lago. Estos venturosos tiempos, estos días de gloria para las letras, pasaron ya para siempre jamás, y con ellos la animación y la vida que prestaban al Retiro los ócios literarios del rey poeta y las felices inspiraciones del célebre Conde-Duque. El Retiro no llegará jamás en el porvenir al brillante estado que tuvo en su origen, porque nada hará que vuelvan á la vida Lope de Vega y Calderón, Tirso y Moreto, Mendoza y Solís, Velázquez y Murillo; pero siempre nos será grato tener una ocasión de recordar estos sublimes y esclarecidos ingenios.

Y puesto que, como mas arriba hemos indicado, se cuenta tambien en el número de los sucesos de este día, no queremos dejar desapercibido el estreno de la fuente cuyo nombre consagra la villa de Madrid á la memoria de su ilustre corregidor, hoy difunto, don Joaquín Vizcaino, marqués viudo de Pontejos. Al nombre de este celoso y entendido funcionario va unido en Madrid el grato recuerdo de las innumerables mejoras que esperimentó la población en los tres años de 1834, 35 y 36: á él se debe ese admirable sistema de administración civil de la capital, que continuado por sus sucesores, le ha dado el brillante aspecto que hoy presenta: justo era, pues, que á su memoria se levantase un monumento encargado de perpetuarla y que llevase su nombre y su retrato, como acontece en el que ocupa nuestra atención en estos instantes.

¿Y qué diremos ahora, para concluir la breve reseña de este día, del magnífico baile que tuvo lugar por la noche en los salones de S. M. la reina madre? Nada nuevo en verdad, porque todos los periódicos de Madrid, anticipándose á nosotros, han hecho de esta brillante función los elogios que merece. Por ellos sabrán ya la mayor parte de los lectores de *La Semana*, que nuestra joven reina llamaba la atención general con su traje de tul blanco adornado con hojas verdes, y con la graciosa y sencilla guirnalda que ceñía sus sienas; adornando su hermoso cuello un hilo de ricas perlas con broche de diamantes. Que no era menos vistoso y elegante el vestido de la reina Cristina, compuesto de dos faldas azules con grandes volantes de encaje, al que daba todavía mayor realce su magnífico prendido y la riqueza de las piedras de su aderezo: y que tanto las infantas como las señoritas condesa de Castillejo y marquesa de Vista-Alegre, llamaban asimismo la atención por sus lujos y elegantes vestidos. Añadirles ahora que en aquellos salones se hallaba reunido todo lo mas notable de la aristocracia madrileña y los mas altos dignatarios del estado, y que en ellos lucían sus gracias y sus encantos las mas bellas damas de la corte, sería referirles lo que ya deberán suponer, tratándose de un baile dado por la reina madre en celebridad de los días de su augusta hija.

Muy pocos días despues, la numerosa concurrencia que poblaba en esta noche el palacio de los duques de Riansares, acompañaba á la mansión de los difuntos el cadáver de la infortunada condesa de Vistahermosa. La fúnebre ceremonia, último tributo de amor que pagan los vivos al que ha dejado de existir, fué tan vistosa y solemne como correspondía á la elevada posición de la condesa: en su numeroso séquito se veían los carruajes de los duques de Riansares, del presidente del Consejo, de todos los ministros y de los duques de Alba, de Altamira, y de la mayor parte de la grandeza de Madrid, hasta el número de sesenta y nueve. Llegada la comitiva al cementerio, el señor Anduaga Espinosa dijo algunas palabras en presencia de los circunstantes.

Hé aquí los sucesos mas notables de la anterior semana, sin contar con las novedades teatrales, de que pensamos ocuparnos brevemente.

La representación de *A un tiempo amor y fortuna*, que tuvo lugar despues de escrita nuestra anterior revista, ha sido el suceso mas notable que ha ocurrido, no precisamente en la semana misma, sino en los últimos días de la anterior. *A un tiempo amor y fortuna*, comedia de costumbres caballerescas, imitación de nuestro antiguo teatro, es una producción que no merece ni la amarga censura con que antes de ser representada la han criticado algunos, ni los elogios que otros la han prodigado despues. Basada la acción en un argumento sencillísimo, manteniéndose con un mediano interés hasta la conclusion de la comedia, sostenida por una versificación fácil y amenos diálogos, á través de algunas inverosimilitudes, de algunos hechos no justificados y de algunos lances impropios, se ha recibido bien porque no correspondía á la desfavorable prevención que de ella abrigaba el público, así como se hubiera escuchado con frialdad si se la hubiese anunciado con grandes pretensiones. Es, en fin, una comedia que puede pasar, y que puede pasar mucho mejor todavía si se tiene en cuenta que es la primera produc-

ción de un joven desconocido en la república de las letras.

La ejecución fué buena por parte de los actores, y especialmente por parte de don Julian Romea y doña Matilde Díez. Asegúrase que desconfiando estos del éxito de la comedia, se habían decidido á hacer cuanto en su mano estuviese por salvarla de los horrores de un naufragio. Cuéntase además, (cuéntase, decimos) que el señor Romea no puso solo en esta comedia sus esfuerzos personales como actor, sino algunos rasgos de su inteligencia como autor: y como á pesar de todo mereciese la censura del diario que pasa por órgano del jefe supremo del Teatro Español, creyóse en el deber de presentar la dimisión del puesto que ocupa, y lo propio creyeron las señoras Díez y Palma y don Florencio Romea, que representaron la espresada comedia. Así es como nos han explicado á nosotros el origen de la *crisis teatral*, que en la anterior semana ha suministrado materia para tantas conversaciones en todos los círculos literarios de Madrid.

Esto no se opone, sin embargo, á que el repertorio del Teatro Español vaya enriqueciéndose con muchas y muy brillantes producciones dramáticas. *Los arcanos del amor*, de don Eusebio Asquerino, *Las apariencias*, del señor don Patricio Escosura, y otras obras notables figuran entre las nuevamente aprobadas. Dispónese entretanto el lujoso decorado con que el día 2 del próximo enero será representado el drama del señor Rubí que lleva por título *Isabel la Católica*, y para fines de este mes se dice que veremos en escena la misteriosa comedia *¿Quién es ella?*, sobre cuya procedencia hay todavía discordancia de pareceres, aunque la opinión general parece haberse fijado en uno de los actuales ministros, que ha cultivado en otro tiempo las letras con notable aprovechamiento y alcanzado buena reputación literaria. En suma, el Teatro Español ha decidido que cada semana aparezca en escena una producción nueva en beneficio de los autores y del público.

¿Pero qué novedades vendrá á producir en estos planes la crisis teatral? ¿Cuál será al fin su solución definitiva? ¿Cuáles serán los resultados de esta solución para el Teatro Español y para el arte escénico en general? Cuestiones son estas que no nos es dado resolver en los momentos en que escribimos esta revista.

En los demas teatros no ocurre novedad particular. El de la Cruz sigue tan completamente desorganizado como no es posible imaginarlo. El teatro del *Drama y Lírico español* responde á estos títulos ofreciéndonos el *ole* bailado por la *Nena* y prometiéndonos otra primera bailarina, á la que segun noticias, no falta *elección y vigor*. No pone comedias en escena, porque no hay comité de lectura: ópera tampoco la hay; pero representa un drama fantástico dividido en siete cuadros y un prólogo, titulado *La campanilla del diablo*, y prepara un baile nuevo con el título de *El violín del diablo*. Por lo visto el diablo ha tomado por completo posesión de aquella casa; y si el diablo se apodera de la cruz, no sabemos nosotros á qué remedio apelar para hacerle un conjuro.

El teatro de la Comedia sigue poniendo en escena *El congreso de los gitanos*, y *cautivando* á los espectadores por medio de sus excelentes bailarinas.

Del teatro de Variedades es escusado decir una palabra. *El Duende* continúa siendo su fortuna, y no una fortuna caprichosa é inconsecuente, sino perseverante y tenaz. El señor Olona debe estar muy satisfecho de su preciosa obra, cuyo éxito supera al de cuantas hemos visto en escena en nuestros teatros de muchos años á esta parte.

La Sociedad del Liceo ha celebrado en esta semana una sesión, en que tomó parte la sección dramática. Representáronse medianamente las dos comedias en un acto tituladas *Los dos solterones* y *El diablo son los nietos*: sobresalió en la ejecución de la primera don Manuel Sorzano, que comprendió perfectamente su papel de don *Eustaquio*. En el intermedio tocó la señorita Lopez una pieza de piano. La concurrencia fué poco numerosa, llenando escasamente la mitad de la sala, y escuchó con silenciosa aprobación la comedia y el piano. La función terminaba á las once de la noche.

Desde los principios de la semana anterior circula una novedad no desprovista de interés para nuestras lectoras. Hablamos de las modas que ha traído consigo la aproximación del invierno. Nosotros habíamos pensado dar de ellas alguna noticia en la presente revista; pero hemos tocado con el inconveniente de su extensión, que es ya muy sobrada. Otra dificultad mucho mayor nos ocurre todavía; y es (con rubor la confesamos) nuestra profunda ignorancia en cuanto á los términos técnicos de la ciencia. Sabemos admirar á una mujer elegante y apreciar en cuanto vale el mérito ó el capricho de sus adornos; pero no conocemos la denominación detallada de estos adornos, ni las minuciosidades del arte de vestir. Tal vez fuéramos á decirles que se llevan vestidos de linón para calle ó de terciopelo para soirées: ó quizá les aconsejáramos llevar cuellos de batista y puños de piqué para completar su atavío.

Por eso hemos preferido reservar el artículo de modas, adornado con los últimos figurines de París, para que ocupe un lugar separado en el próximo número de *La Semana*.

A.

Noticias sueltas.

Dice un periódico que las quejas y reclamaciones de los vecinos inmediatos á la iglesia del Carmen han conseguido que se dé la orden de derribo de la torre que está amenazando ruina hace mucho tiempo. Con este motivo recuerda que existe en la torre mencionada un reloj que pudiera trasladarse á la parroquia de San Martín, que carece de él, y que en aquel parage mas que en ningún otro pudiera ser útil, porque ninguno hay en todas las inmediaciones.

Por la secretaría de órdenes de Carlos III é Isabel la Católica se anuncia, que habiendo resuelto S. M. la reina señalar la hora de las doce y media de la mañana del día 7 del próximo mes de diciembre, para celebrar capítulo general de la primera de dichas órdenes en su real capilla, todos los caballeros de las cuatro clases de que se compone la orden que deseen concurrir á él, y se hallen habilitados de todo lo necesario al efecto, se servirán con la posible brevedad pasar el oportuno aviso á la secretaría de la espresada real orden, plazuela del Cordón, núm. 1, cuarto bajo de la izquierda para proceder á la formación de las listas.

Parece que S. M. acaba de mandar á su pintor de cámara don Bernardo Lopez, que haga dos copias del retrato del rey que tanto agradó á los inteligentes en la última exposición de pinturas.

Tambien ha dispuesto S. M., que el señor Lopez la retrate vestida de maja, sin omitir ningún requisito de este traje nacional.

Leemos en la España.

Ya que merced á los esfuerzos del conde de San Luis tenemos un teatro nacional que en nada tiene que envidiar á los del extranjero de igual clase, sería muy conveniente que las cátedras de declamación del conservatorio de María Cristiana estuviesen montadas bajo un pie á propósito para proporcionar anualmente alumnos aprovechados á los teatros del reino. Si esto no es asequible, creemos que deberían darse á oposición algunas pensiones, con auxilio de las cuales pudiesen ir á París los agraciados á aprender de los primeros artistas, con lo cual se conseguiría elevar nuestra escena á la altura que le corresponde.

Los fondos públicos apenas han tenido movimiento sensible en toda la semana pasada. El 3 por 100 quedó la anterior á 28 1/2, se ha hecho á 28 3/8, de modo que ha tenido una baja de mas de 1/4 por 100. El 3 por 100 se ha cotizado á 11 1/4, y la deuda sin interés á 3 7/8.

Leemos en la España del sábado.

LECCION Á TIEMPO. Días pasados, á los postres de un banquete de calaveras, al cual habia asistido un caballero americano muy conocido en los mejores círculos de esta corte, y cuyo color y ensortijados cabellos van diciendo á tiro de ballesta el país de donde es oriundo, se le antojó á un mocito, concurrente habitual al café del Príncipe, y perrito de todas bodas, divertirse á expensas del americano, preguntándole descaradamente:

—¿Qué era su padre de vd?
—Mulato, respondió secamente el americano.
—¿Y su abuelo?
—Negro.
—¿Y su bisabuelo?
—Mono.
—¿Hombre!
—Si señor: lo cual quiere decir que mi familia empezó por donde acaba la de vd.

En la calle de Valverde ocurrió el jueves el siguiente lance.

Cuatro extranjeros jóvenes cargados con sus instrumentos músicos, pasaban por la calle á tiempo que estaba un carruaje del señor conde de Altamira parado á la puerta de una casa. El lacayo cogió por el cuello á uno de los niños que tocaba el arpa y le dijo: *toca, franchise*. El muchacho se asustó creyendo que el lacayo le quería hacer mal, y echó á correr; sus compañeros hicieron lo mismo, el lacayo los siguió alcanzándolos á poca distancia, y arrancando el arpa á uno de ellos, la hizo pedazos en las costillas de todos. Igual suerte corrieron los violines; y cuando el soberbio Alcides se hallaba mas engolfado en maltratar á los niños, llegó el señor Barrutia, que por casualidad volvía á su casa, de uniforme, y tomó la defensa de los estropeados músicos. La insolencia del lacayo le obligó á sacar la espada, aunque tuvo la prudencia de no hacer uso de ella. El lacayo se refugió en la casa donde estaban sus amos, y de allí no sin trabajo fué conducido á la comisaría del distrito. El señor Barrutia y algunos otros caballeros que habían tomado parte en el asunto, tranquilizaron á las señoras de la casa acompañándolas hasta el carruaje, que partió sin el lacayo.

SEMANA BIOGRAFICA.

DON RAMON CABRERA.

IV.

Segunda época.—1848.

(Conclusion.)

Tranquilo Cabrera en su elegante quinta, gozaba de uno de los mas caprichosos panoramas que presenta la naturaleza. Alejado de todo bullicio, no consumió los días en vegetar pacíficamente disfrutando solo de las bellezas del campo: era joven, y esperaba aun; por eso se le veía madrugar é invertir las mejores horas en leer las obras militares de mas mérito y las historias en cuyas páginas pudiera recibir provechosas lecciones: comía modestamente, paseaba y devolvía visitas, y despachaba por la noche su correspondencia, ayudado por alguno de sus fieles compañeros.

Don Carlos, Montemolin y don Sebastian, le escribían continuamente para demostrarle el constante recuerdo de su cariño: el malogrado Carlos Alberto le invitó á que pasara á sus estados; y no siéndole posible, agració el rey de Cerdeña al hermano y sobrino de Cabrera con dos plazas en el colegio de Chamberi, proveiendo con real munificencia á todos sus gastos. Mr. Flerius, y el conde de Chavanes, le tenían continuamente de huésped en sus casas de campo. Así consumió los años de su emigración, dedicándose en los últimos al comercio, con mala fortuna.

Al fugarse Montemolin de Bourges, le siguió Cabrera; pasó á Londres, y ya desde entonces se comenzó á pensar en medir nuevamente las armas. Al lanzarse á la pelea Mosen Benet Tristany, y apoderarse de Cervera, procedía ya á la ejecución de un vasto plan trazado fuera de España; precipitose algo, hubo infidelidades en las mismas filas montemolinistas; pero nada de esto prueba que los que comenzaron la última guerra de Cataluña obraran de *motu proprio*. El mismo general Breton remitió al ministro de la Guerra don Laureano Sanz una carta autógrafa de Montemolin, en que decía á Tristany: *que habiendo sido uno de los que mas habian defendido la causa de su padre, esperaba hiciera lo mismo por la suya, y olvidando rencillas, pensara solo en lanzarse al campo del combate*. A la vista de tales testimonios, pueden apreciarse debidamente las manifestaciones que en alguna obra moderna se han hecho negando el asentimiento del conde á comenzar la guerra. En valde se fundan en la inacción de Cabrera; este, atendida su posición, no se hallaba en el caso de ponerse al frente de una guerrilla; y sus estudios, sus desengaños y su experiencia, le hicieron mirar las cosas bajo su verdadero punto de vista; por eso contestó á las repetidas instancias que le hacían, con estas notabilísimas palabras:

«Mi deber de súbdito y de soldado, me impone el de obedecer las órdenes del rey; mas creo francamente que la causa de éste está interesada en que no se agiten de nuevo todos los recursos con que cuenta en España; yo opinaré siempre porque en las fragorosas de Cataluña se sostenga la guerra de guerrillas, á fin atraer las fuerzas, y perpetuar, si es posible, la inquietud y los recelos del gobierno de Madrid; mas de esto á una guerra en que se equilibren nuestras fuerzas con las del enemigo, creo que hay una distancia inmensa. Es preciso comprender que la España está muy trabajada, que tiene muy presente los horrores de la guerra de los siete años, y que su primer deseo, su deseo mas dominante en el día, es la paz. Si nos presentamos ahora con la guerra, nos mirará como hijos desnaturalizados, y nos arrojará de su seno.»

Fundadas en Cabrera todas las esperanzas, instábanle de continuo, le presentaban planes, y respondió por último: «Yo no puedo rehusar lo que debo aceptar por decoro; pero tengo el presentimiento de que esas esperanzas han de salir fallidas.»

Los sucesos posteriores demostraron su previsión.

No habia pensado así anteriormente. Mas de una vez oyósele decir en París que, *antes de seis meses entraría en Madrid triunfante*; sin que pudiera ocultar el placer que experimentaba deseando volver á lanzarse en la pelea.

Las jornadas de febrero en Francia alentaron las esperanzas de todas las causas vencidas. La montemolinista concibió entonces un vasto plan, que, si se malogró en las Provincias Vascongadas con la prision y muerte de Alzáa, no sucedió lo mismo en Cataluña, adonde penetró Cabrera en la noche del 23 de junio por la Cerdaña y bosque de Palau, en compañía de Arnau, un intendente, algunos oficiales de E. M., y 23 ordenanzas, escogidos entre sus antiguos y valientes soldados. En otra obra lo hemos dicho; el suelo español no vió ahora en Cabrera el gefe aterrador de la pasada lucha; en sus ideas, en sus acciones, en su lenguaje, en todo, se habia efectuado una variación notable; mil veces repetía al tratar del sistema que se proponía seguir, *que la época de los frailes, de la Inquisición y del despotismo pasó para España*. Vestía, si no con lujo, con suma elegancia; y en todo su porte se vislumbraba esa tintura de buen tono que se adquiere á las orillas del Sena y del Támesis.

A los cinco días de pisar el suelo catalán, peleó en Samalus, y se retiró luego á las inaccesibles posiciones de Prades, que defendió de las fuerzas liberales que le perseguían, sin creer fuera Cabrera el que mandaba aquellos pelotones carlistas que engrosaban de día en día. Convenciéronse al fin de la verdad, y se destinaron numerosas fuerzas á los respectivos mandos de Ruiz, Enna y otros gefes, que operaban con extraordinaria actividad.

No impedía esta que Cabrera consiguiese su objeto de reunir y organizar las partidas dispersas y fugitivas, útiles para perpetuarse en tal situación, pero impotentes para obtener ventajas, y hacer frente á fuerzas disciplinadas, que era lo que deseaba el gefe carlista. Quería además correrse al Maestrazgo, antiguo teatro de sus proezas; pero necesitaba para esto alguna caballería, y pensó en formarla; lo cual dió margen á la criticada orden de Pavía de 30 de junio, disculpable solo si bastara ella á impedir los males de una guerra.

A los pocos días de penetrar Cabrera en España, se hallaba al frente de 800 infantes y 100 caballos. El comportamiento y la rigurosa disciplina de estos soldados tranquilizó los ánimos de aquellas personas que temblaban ante el nombre del guerrero del Maestrazgo, contribuyendo sobremanera á prevenir el espíritu público la reunión que tuvo el 4 de julio en Montagü, manifestando á las personas que convocó, que venia á combatir la libertad ficticia que reinaba en España, porque se vislumbraba un porvenir de prosperidad para esta nación abrumada, decía, por el sistema tributario, el lujo de la corte, las quintas, y la tiranía y el despotismo que habia entronizado la desunión de los españoles. Estos sentimientos expresados en una proclama que circuló profusamente, variaron el espíritu público, y se vió pelear al lado del montemolinista á las partidas republicanas que se fueron levantando. Constantes en la idea de destruir al enemigo común, se respetaban mutuamente sus opiniones, y se favorecían cuando se necesitaban: ninguno faltó á sus compromisos.

Los montemolinistas llamaban á su bandera de salud, y llevaba por lema la religion, la verdadera libertad, la paz y la ley. Estos principios los consignaba también Montemolin en sus circulares, pero ¿los sentía verdaderamente, ó le convenia así espresarlos? Servían, sin embargo, al intento de Cabrera, y los utilizaba.

Indicados ya los principios de los nuevos combatientes, interesábase atraer partidarios, para lo cual dirigió Cabrera proclamas á todas las clases de la sociedad, incluso al ejército, al que halagaba con la promesa de considerar sagrados los empleos y honores adquiridos, tratando de herir el orgullo nacional haciendo el cotejo de Montemolin y Montpensier.

Todo esto hacia pensar á Pavía seriamente en la guerra, y adoptó el funesto plan de los destacamentos, ó mas bien de las *jaulas*, como le llamaban algunos; pues no parecia sino que estaban enjauladas las pequeñas partidas que se encerraban en casas de campo aspilleras, donde se veían á lo mejor sitiadas y tenían que rendirse por salvarse de una muerte segura. La experiencia demostró á Pavía lo desastroso de este sistema que favorecía al enemigo, que se iba engrosando con los fusiles cogidos á aquellas partidas, como sucedió á la de la casa fuerte de Culera y á otras muchas.

Cabrera, que conocia bien su posición, adoptó el sistema opuesto á encastillarse, y empezó á bloquear poblaciones de la importancia que Cardona, que tuvo que pagarle 20,000 reales. Organizó, digámoslo así, estas exacciones, y á su sombra algunos cabecillas como Grau, cometían toda especie de latrocinios, que fueron al fin castigados por el gefe montemolinista.

Obedeciendo las órdenes del conde, y para poner el sello á cuanto habia espresado, publicó solemnemente *que no haria represalias, porque una experiencia de muchos años se las hacia condenar en su corazon y en su conciencia*. Llamó á las armas á todos los españoles, y el buen recibimiento que hizo á cuantos se presentaron á militar á sus órdenes, y su comportamiento para con los prisioneros, á quienes ponía en libertad auxiliándolos, le trajeron muchas simpatías entre los progresistas vejados, y ya no fué mirado con susto, sino por los que temían perder la situación que dominaban.

Pasó el mes de julio Cabrera organizando sus fuerzas, y sosteniendo pequeños choques, que se hicieron formales en agosto, en cuyos primeros días efectuó un rápido movimiento sobre las márgenes del Ebro, con ánimo de pasarle y dirigirse al Maestrazgo; pero conociendo lo indispensable que era su presencia en el Principado, replegóse hacia el Estanuy, donde fué alcanzado por la columna del brigadier Manzano, que cayendo de improviso, le batió y obligó á emprender una retirada que sostuvieron con extraordinario valor 16 hombres solamente.

En setiembre constaban las fuerzas que obedecían á Cabrera de 4,960 infantes y 298 caballos: las que le combatían formaban un total de 43 batallones, 3 escuadrones, el primer regimiento de artillería, una batería de la brigada de montaña del primer departamento, otra batería del segundo, y cuatro compañías de ingenieros.

Tal era el estado de fuerzas que habia en Cataluña poco despues de haber anunciado Pavía con mas ligereza que exactitud la conclusion de la guerra. El marqués de Novaliches no podia ya continuar al fren-

te de aquel ejército, y el gobierno le reemplazó con el general Córdova, que no consiguió mejores laureles que su antecesor. A Córdova acompañaban Oribe, Lersundi, Alcalá Galiano y Mata y Alós, gefes todos de reconocido valor y que prometían ver terminada pronto la guerra. Dirigió la palabra el nuevo general á los catalanes invocando su auxilio, y proponiéndose obrar de un modo enteramente opuesto al de Pavía, se decidió á emplear el oro en vez de las balas para separar de las filas enemigas á sus principales gefes, como lo consiguió de algunos. Mas no bastó esto, porque solo ganaba gefes y no soldados; los primeros sobraban, y los segundos tenían demasiado entusiasmo por la causa que defendían, y en nada mejoraba su posición abandonándola.

Este sistema, si bien economizaba sangre española, ni puede aplaudirle la historia, ni disculparle la severidad de los principios de un partido que se crea fuerte y estime en algo su dignidad.

Cabrera, á quien no afectaban mucho los medios que empleaba su contrario, cayó el 13 de setiembre sobre la interesante villa de Castellon de Ampurias, cabeza de todo el Ampurdan; mandó derribar la fortificación, y despues de algunas exacciones tomó el camino de Garriguerilla, llevando tres concejales en rehenes. Siguió por Navate á Muga; sostuvo aquí un ligero choque con la columna del coronel Rios, y pasando por las faldas del Pirineo, Rocabrinca, Ridaure y Vidrá, se situó en el centro de las escabrosidades de Monsent. Fijó el lector su atención en este paseo militar, en que recorrió Cabrera en pocos días toda la llanura del Ampurdan, sin ser molestado por las tropas de la reina, que le acusaban siempre de guarecerse en las montañas. Esta incursión proporcionó á Cabrera inmensas ventajas, que vinieron á aumentar la acción que dió Posas en el Coll Davi, donde quedó prisionero con 80 mas el coronel Boffil.

Constante Cabrera en su plan de dirigirse al Alto Aragón, reunió las partidas de Torres, Borges y Caragolet; entró con ellos en Pons, pernoctó el 22 en Cubells, el 23 en Ager; pasó el Segre por el puente de Alentor; cruzó los rios Noguera y Rivagorzana, y hubiera conseguido su objeto á no impedírselo Oribe con sus bien combinadas operaciones. A no haber previsto el liberal el intento de su contrario, otro hubiera sido quizá el éxito de la guerra; porque contando el montemolinista con inteligencias en Aragón, protegía el movimiento que estalló entonces en Huesca y fué sofocado á poco en Siétano con la muerte de Abad, y seis mas, fusilados en la población donde se pronunciaron. Cabrera retrocedió, y despues de marchas y contramarchas, se vió agoviado por las numerosas fuerzas que le perseguían; pero cuando mas apurado le creyeron, se ostenta triunfante en Grau despues de derrotar la columna de Paredes que dejó 150 prisioneros en poder del enemigo. Esta victoria, conseguida sobre unas fuerzas que habian operado con el mejor éxito en Cataluña, tuvo una influencia moral mucho mayor que la material experimentada. Por el pronto, ya no podían hacer frente á Cabrera pequeñas columnas, y como era tan vasto el terreno en que los montemolinistas operaban, se enseñoreaban de él á su placer; pues contaban con la inacción de los pueblos, el arma mas terrible que combatía al gobierno. Trataba éste de armarlos, procedían los generales á ejecutarlo; pero como nada temían de los montemolinistas, y ni los vecinos de los pueblos, ni el ejército era bastante á impedir los bloqueos, se resistieron á tomar unas armas que en todo caso les perjudicaban.

Tan inútiles como estos armamentos eran los somatenes, á los que acudían los mas, armados con palos solamente, limitándose á pasar un día de campo, comiendo á la vista de aquellos á quienes salían á combatir.

La mayor parte de estos hechos se ignoraban fuera del recinto donde acontecían; mas interesándole á Cabrera su publicidad, dirigió el 3 de noviembre desde Cubells, una carta al redactor del periódico francés *L'Union*, ya que no permitirían su publicación á la prensa independiente de España, porque se proponía: 1.º desmentir las falsas noticias y puerilidades de la mayor parte de los gefes que mandaban las tropas isabellistas (isabellistas); 2.º protestar de los insultos que dirigían á sus voluntarios; y 3.º esponer ante el país y ante la Europa la verdad sobre los hechos de ambos ejércitos.

Rechazando el nombre de *trabucaires*, y el que huyeran y fuesen derrotados constantemente, demostró lo espantosa que seria la suma si se juzgara de sus muertos, heridos y prisioneros por los boletines oficiales, que no publicaban la toma del fuerte de la Bisbal, la del de Cabra, y la última derrota del general Paredes, etc. Trató de probar la manera con que algunos gefes conseguían avanzar en su carrera: que los montemolinistas no tenían mas armas que las que quitaban á los soldados liberales; que contaban con el concurso espontáneo y poderoso de Cataluña, cuando 50,000 hombres de tropas no bastaban á esterminar á sus 6,000 voluntarios, ó sean *bandas insignificantes de trabucaires*; y que no mirando como enemigos sino á los que les combatían con las armas en la mano, recibían con placer en sus filas á todos los progresistas que, privados como ellos del derecho de la discusión, recurrieron al de la insurrección. «Relativamente á los prisioneros, decía, tantos como los enemigos fusilan de los nuestros, ó deportan á las islas Filipinas, he devuelto los suyos, escepto los oficiales, que son tratados tan bien como mi posición y las precauciones de

la guerra lo permiten. Voy á proponer al general Córdoba el cange de nuestros prisioneros. Esperemos, y él aceptará. En todo caso no seré responsable ante la Europa de las consecuencias de su negativa. En cuanto á los últimos... del general Villalonga, la nación no está aun humillada. ¡Ah! si mi deber no me detuviese en esta fiel provincia, iría allí á recordar á.... las leyes de la humanidad.»

Tratando Cabrera de organizar la guerra, entabló negociaciones con Córdoba á fin de que se designara un puesto para hospital de sangre y depósito de prisioneros: este general se propuso aprovechar las comunicaciones para atraer al montemolinista. Este, que no podía abdicar su reputación como otros gefes subalternos de escasa nota, anhelaba dar una lección al militar que trocaba la espada por tratos nada propios de su clase, y se la dió, y grande, el 13 de noviembre en Aviñó, derrotando la brigada de Manzano, cuyo jefe quedó herido y prisionero con mas de cuatrocientos de sus soldados. Hubo lucha, se midieron las fuerzas con bizarría, y los soldados dispersos llevaron la consternación á Manresa, y de aquí voló al gobierno, que reemplazó á Córdoba con don Manuel de la Concha.

Las importantes poblaciones de Manresa y Mataró, fueron momentáneamente invadidas por los montemolinistas, que sacaron de ellas recursos y gente: los pueblos bloqueados se apresuraban á pagarles su contingente; y ya desde entonces empezó á organizarse un sistema de contribuciones basado en antiguas costumbres.

Los sucesos anteriores enseñaron al marqués del Duero los inconvenientes de pequeñas columnas: formó divisiones, y dió al ejército la mejor organización posible. Cabrera le organizó tambien, y deseaba dar una batalla. Estableció su cuartel general en Amer, y allí esperó.

La naturaleza hacia del pueblo de Amer un punto importante que interesaba conservar al montemolinista, ya por la serie de posiciones subordinadas unas á otras, ya por las quebraduras del terreno que impedía desplegar grandes fuerzas. Cerca de Amer hay un pintoresco y espacioso anfiteatro que se extiende desde el Oeste de la montaña, en cuyo centro está el pueblo, hasta la orilla del Ter, y se denomina el *Pasteral*. Las fuerzas de Gofians (a) Marsal bien colocadas en este punto, se engrosaron con la llegada á Amer de Cabrera, el 26 de enero, seguido de su compañía de guías, de su primer ayudante Ceballos, y de los coroneles García y Gamundi. Apenas había entrado Cabrera en el pueblo, cuando recibió la noticia de haberse roto el fuego en el *Pasteral*: comunicó tranquilo las órdenes oportunas, y se puso á almorzar impasible. La acción era mas formal de lo que parecía. El coronel Ruiz, que combatía con denuedo, empezaba á obtener ventajas cuando acudieron los montemolinistas de Amer, y á los gritos de *viva el rey, viva el conde de Morella*, se precipitan sobre los liberales atravesando el río con el agua al pecho, y les obligan á encerrarse en una casa contigua á la Sella. En este choque tuvo Ruiz diez y seis muertos, dos de ellos oficiales, y diez prisioneros; Cabrera cinco muertos y varios heridos.

Faltaba sin embargo lo principal de la acción. Sabedor el general Nouvilas de la crítica situación en que se hallaba Ruiz, encerrado, sitiado y próximo á sucumbir, vuela en su auxilio, con mejor voluntad que acierto, y aunque le salva, no consigue las ventajas que eran de esperar atendido el mayor número de sus fuerzas y de los movimientos que en combinación de Ruiz pudo haber ejecutado. Quedó, sin embargo, dueño del *Pasteral* despues de una reñida acción en la cual quedó Cabrera herido de un balazo que le atravesó el muslo derecho. Condujéronle á Amer, de aquí á San Martín de Cantallops, en cuya cuesta le curó y tranquilizó el facultativo sobre la naturaleza de la herida. Puesto en una camilla, y escoltado por la mitad de sus guías, pasó por entre las columnas liberales, y continuó su marcha á Francia en una litera. No estaba aun completamente restablecido cuando se presentó de nuevo á la cabeza de sus tropas dirigiéndoles, una proclama, que concluía diciendo: «Franco ha sido el lenguaje del rey; instituciones ha ofrecido en armonía con las necesidades de la época. Las promesas del monarca las sostendrá con su espada—Cabrera, conde de Morella.»—Sin disminuirse en nada su celosa actividad, trató de reparar primero las pérdidas que ocasionaran algunas defecciones, siéndole tan sensibles estas que no reparó en olvidar sus mudados sentimientos confirmando la sentencia del malogrado barón de Abella, cuya muerte pudo haber evitado Cabrera engrandeciéndose mas á los ojos de la Europa civilizada.

El 2 de abril estuvo próximo á caer en poder de su antiguo compañero Pons (a) Pep del Oli, que le tuvo completamente encerrado en San Lorenzo de Morenys. Cuatro batallones cercaban á solos 60 hombres; y al cabo de inútiles esfuerzos salvó á Cabrera una estratagemata tan audaz como noble por parte de los que la ejecutaban. Esto encendió mas y mas el deseo que tenían unos y otros de combatir. Concha había ya publicado su célebre bando de 14 de marzo, y Cabrera le contestó con el no menos notable del 23. Desde entonces prometía ser la guerra horrorosa; terminaba el sistema de contemplaciones, y comenzaba el del rigor. Uno y otro bando quedaron sin ejecución; prorogábase el primero, y se suspendía el segundo. Comenzaron por este tiempo las tristes negociaciones entre Santiago y los Tristany, que tan ruidoso desenlace tuvieron en el santuario de Pinós, y á no ser por la pri-

sion de Montemolin al penetrar en España, hubiera decidido la violenta crisis en que se hallaba la guerra, y despejándose completamente la incógnita que encubría las verdaderas intenciones de los que combatían.

La captura de Montemolin influyó de un modo decisivo para la conclusion de la guerra, que ni terminó por la fuerza de las armas, ni por el cansancio de los combatientes, ni por extinguirse las simpatías con que contaran en el país. El número de los montemolinistas apenas había variado. Estas razones, que deben tenerse en cuenta al juzgar un hecho, sobre cuya principal causa se ha divagado, sirven tambien para apreciar debidamente el mérito que haya contraído Concha en la pacificación de Cataluña, no debida á una batalla ni á un convenio.

Cabrera, que tenía la íntima convicción de la inoportunidad de la guerra, que no contaba mas recursos de toda especie, que los que se proporcionaba en el país; que este no podía darle todas las armas que necesitaba, comprendió que antes que el cansancio abatiera el espíritu de los montemolinistas, debían retirarse, y así lo ordenó, y así lo hizo, penetrando en Francia el 23 de abril, siendo preso en la frontera con el intrépido Ceballos, Boquica y otros. A poco ya no existía ninguna partida en campaña.

Puesto en libertad, pasó á Londres, y al lado siempre de las personas á quienes ha jurado constante fidelidad, marchó á Venecia, y de aquí acaba de salir para San Petersburgo, acompañando al conde de Montemolin, á don Juan y á don Fernando, quienes le miran como su primer campeón, y el partido montemolinista como el único hombre en quien confía y en quien todo lo espera, pues no cree juzgada aun la cuestión por la que hace veinte y dos años está combatiendo, sin que le arredre el inmenso catálogo de sus víctimas.

A. P.

SEMANA RELIGIOSA.

San Andrés apóstol.

30 DE NOVIEMBRE.

Hace diez y ocho siglos que el día 30 de noviembre una ciudad cuyo nombre está marcado con una mancha de sangre en la historia, conmovida por una sedición violenta se agitaba y corría presurosa en tumulto por las calles y las plazas públicas. Un siniestro ruido de confusas é innumerables voces, había sucedido repentinamente á un silencio de terror y de angustia. Era como una viva explosión de todos los sentimientos contrarios que una fuerza sobrenatural hubiese tenido comprimidos en los corazones. Aquí se oían lamentos y sollozos y todas las muestras exteriores de un inconsolable dolor. Allí se oían imprecaciones, blasfemias y la alegría de una venganza satisfecha.

¿Cuál era la causa de esta agitación universal? ¿Qué suceso tan extraordinario había conmovido así las entrañas de la inmensa muchedumbre? Una ejecución sangrienta se verificaba en las puertas de la ciudad de Patrás. Un hombre condenado por el proconsul Egeas acababa de espirar en los tormentos del último suplicio, en la cruz.

La multitud que había acudido á aquel triste espectáculo llena de un religioso terror alzaba su voz, y su eco como el de un trueno del cielo, resonaba ya y amenazaba convertirse en una abierta sedición. El proconsul Egeas manda bajar de la cruz al que en ella hacia tiempo sufría; empero era tarde, el mártir temía que la compasión de un pueblo entusiasmado le robase la corona del martirio que veía tener á los ángeles suspendida sobre su cabeza. Dios oye su súplica y espira en el momento en que iba á ser libertado del suplicio que su divino maestro sufriera treinta años antes descendiendo de su eterna gloria para redimir el mundo.

El anciano por quien iba á sublevarse el pueblo, el mártir que acababa de espirar sobre la cruz en Patrás, era Andrés, originario de Bethsaida, ciudad poco importante de Galilea; empero tan conocida despues por la predicación y milagros del Hombre-Dios, y por aquella maldición que fulminó contra ella por no haber obedecido su divina palabra. ¡Ay de tí, Corazain! ¡Ay de tí, Bethsaida!.....

Andrés fué el primero á quien Cristo llamó al apostolado. Andrés sigue á Cristo desde que oye en el desierto á Juan el Bautista, que señalando con el dedo al divino maestro, le llama el *cordero de Dios que quita los pecados del mundo*. Andrés habla con Cristo, conduce á su presencia á su hermano Pedro, y á él le es deudor el cristianismo de haber presentado al Redentor la primera piedra sobre que se fundó la iglesia, que es eterna, y sobre la que no prevalecerán las puertas del infierno.

Andrés y su hermano Pedro ejercían el humilde oficio de pescadores. Cristo los conocía. Un día, cuando estaban echando sus redes en el mar de Galilea, *Venid en pos de mí*, les dice el Salvador, *yo os haré pescadores de hombres*, y en aquel instante ambos hermanos abandonan sus redes y su barca, no se separan de su maestro y comienzan su vida apostólica.

La obra grande de la redención del género humano se consuma. Cristo espira sobre la cruz en el Calvario,

cúmplense todas las predicciones de los profetas sobre la pasión del Hijo del hombre.

Andrés recibe en el cenáculo donde se había retirado con los demás apóstoles y discípulos, el Espíritu Santo, y comienza su misión por actos de caridad sublimes dirigiendo su voz al pueblo como á los poderosos de la tierra, anunciándoles la buena nueva: el *Evangelio*.

La Judea es el primer campo de su celosa predicación, recorre todas las provincias de la Tracia, y del Epiro, la Grecia toda, antigua patria del politeísmo y de las artes. Visitó la Scitia, la Capadocia, la Bitinia hasta los confines del mar Negro.

Penetra hasta la Albania y lleva á todas partes el nombre y la doctrina de Cristo. Predica con elocuencia y conmovida voz la vida y los dolores del Hombre-Dios, muerto ignominiosamente en la cruz por salvar al hombre antiguo y corrompido, y á estos hombres, á estos pueblos que viene á salvar, no les pide en cambio mas que le crean, é imiten á Cristo.

El proconsul Egeas que gobernaba la Achaya se alarma de los progresos que hace el cristianismo. La lucha entre el paganismo y el Evangelio era continua, interminable, se renovaba todos los días, y todos los días tomaba un carácter mas grandioso y aterrador.

Roma era la señora del Universo, y el Universo yacía en la mas espantosa y degradante servidumbre. El Evangelio proclamaba la fraternidad, la libertad del hombre: atacaba en el corazón el coloso de la impiedad y de la esclavitud.

No estaba en poder de los apóstoles dulcificar los males físicos ni cambiar la triste posición de los oprimidos; empero les abría los ojos iluminando sus almas degradadas dándoles conocimiento de la doctrina de Cristo. Daba al esclavo su libertad moral, anunciaba al señor que era hermano del esclavo, á la muger reputada como *una cosa*, como un mero instrumento de placer, la proclamaba igual al hombre que se creía su señor absoluto, la devolvía su dulce aureola de pudor y castidad, y establecía la igualdad de todos ante Dios. El cristianismo concedió á la muger y al esclavo lo que nunca habían osado desear.

Andrés sale al encuentro del proconsul Egeas, y le predica la nueva fé de Cristo. Egeas le intima que sacrifique á los ídolos, empero Andrés, revestido de apostólica fortaleza, hizo entonces una magnífica confesión de la religión, que deja aterrado, confuso y sin tener que responder al proconsul.

Hace que le lleven á la cárcel, y mas repuesto el magistrado de su derrota, le interroga al día siguiente.

Andrés despliega nueva elocuencia, sus palabras llevan la convicción al corazón de sus oyentes.

Azotado cruelmente, amenazado con morir en la cruz, Andrés permanece firme, incontrastable á los tormentos y á las amenazas.

Andrés se estremece de gozo al ver que va á morir en el suplicio de la cruz, lo mismo que su divino maestro.

El pueblo se interesa por Andrés, ve en él á un anciano inofensivo; empero el proconsul, los sacerdotes de los ídolos, cuyo culto rápidamente va decayendo, impotentes para convencerle y destruir la verdad, se coligan y pronuncian su sentencia. Andrés va á morir por la causa de Cristo, que es la causa del género humano, y la de su libertad y emancipación.

En vano se preguntan los habitantes de Patrás asombrados y compadecidos cual es su crimen.

Su crimen es la impiedad, la tiranía que persigue la virtud, que quisiera borrar su nombre de la faz de la tierra.

Semejante causa era demasiado grande para ventilarla en el pretorio del proconsul romano. Es en presencia de todo el pueblo reunido donde van abriéndose estos solemnes debates....

Andrés es amarrado á la cruz, colocada en forma de aspa. Dos días permaneció allí, exhortando al pueblo á perseverar en la fé. A pesar de su ancianidad, la fortaleza de su espíritu sostiene su desfallecido cuerpo, falto de todo alimento.

La paciencia del pueblo se cansa á vista de tan atroz espectáculo. Violentos murmullos presagian el estallido de la sedición.

Andrés desde la cruz, con lánguida y desfallecida voz, escita á la obediencia al pueblo.

¡Silencio! vosotros cuya sangre generosa ha hervido de indignación á la vista de la virtud en el suplicio de los criminales, levantaos, saludad á ese anciano que va á espirar agobiado de tormentos y de hambre, cual si fuera un culpable. ¡Ved delante de vosotros una de las mas nobles y mas grandes víctimas del cristianismo, la del primer apóstol, que llamó á sí el redentor del mundo!

¿Cuál es su crimen? grita el pueblo ya declarado en abierta sedición.

El proconsul Egeas tiembla, cede al clamor popular, manda á los verdugos bajen á Andrés de la cruz; empero Andrés acaba de terminar su gloriosa carrera.

Bajaron un cadáver el día 30 de noviembre del año 63, imperando Neron, el primer perseguidor de los cristianos.

La muerte de Andrés llorada en Patrás ha hecho glorioso su nombre en todo el universo. En todos los países, en todos los pueblos es celebrada su memoria. Su nombre ha sido dado á ciudades importantes como la rica y populosa de Santander (*Santa Andrea*) en nuestra España.

El instrumento de su suplicio, la cruz que enro-

jejó con su sangre, ha brillado constantemente en las banderas de la Borgoña y de la España, hasta que en 1843 se sustituyeron con los colores nacionales. Bajo estas banderas con el aspa de San Andrés se han cubierto de gloria los ejércitos españoles. Hoy cual monumento triunfal, se ostentan las banderas con la cruz de aspa en la iglesia de Atocha, templo famoso y asilo de nuestros valientes mutilados.

En Alemania hay instituidas órdenes nobles de caballería que reconocen por su patrono al gran apóstol Andrés.

Su santa cabeza reposa en la iglesia de San Pedro de Roma junto al sepulcro de su hermano, el príncipe de los apóstoles.

En estos tiempos de revueltas políticas, en que las cosas mas sagradas son objeto de profanación, en el mes de febrero del año pasado de 1848, fué robado de la iglesia del Vaticano el relicario que contenía la cabeza de San Andrés. Grande fué la consternación de Roma.

Un miserable, osó profanar para lucrarse del valor del relicario, aquella reliquia santa que habían respetado los bárbaros, que se había conservado después de diez y ocho siglos en Roma tantas veces invadida, tantas veces saqueada!!!

El mismo reo en el secreto de la confesión descubrió el paradero de la santa y preciosa reliquia, y el 30 de marzo se trasladó á la iglesia de San Andrés, y desde allí en una solemnísimá procesión, á que asistió el pontífice Pío IX, el sacro colegio, los estudiantes de la universidad de Roma, todos los casinos con las banderas italianas y romanas, y la guardia cívica, y los cuerpos de nacionales voluntarios á la basílica de San Pedro.

La ciudad entera se iluminó por la noche de una manera brillante y sorprendente como en las grandes solemnidades.

Nosotros hemos visto esta preciosa reliquia, cuyo hallazgo llenó de tanta alegría á Roma haciéndola olvidar por un momento sus divisiones políticas, y la revolución que germinaba ya en su seno!

EL CONDE DE F.

Efemerides religiosas.

Día 26, año 329. Fundación de Constantinepla. Es uno de los sucesos mas remarcables en los fastos del mundo la traslación del imperio romano á una ciudad arruinada, y en la estremidad de la Europa.

Id. 511. Muerte de Clodoveo, primerrey que hubo cristiano.

Día 27, 1720. Tal dia como hoy, á solicitud del doctor don Martin del Campo y Carvajal, cura párroco que era de las iglesias parroquiales de San Mi-

guel y San Justo de esta corte, dos sacerdotes abrieron las escuelas Pías, juntándose el primer dia de su apertura hasta ciento dos niños pobres, y en breve tiempo llegó hasta el número de ochocientos, donde siempre se ha enseñado con esmero, cuidado y afabilidad, por los clérigos reglars del instituto de la Madre de Dios (vulgo PP. Esculapios).

Día 28, 973. En este dia pasó de esta vida á la eterna el glorioso San Isidro Labrador en esta corte,

eso desistieron de su proyecto, pues nombraron un antipapa llamado Félix. Después de tres años fué expulsado el citado concilio por el mismo papa Eugenio IV, auxiliado del emperador de Alemania Federico IV, y por último, quedándose solo en su pontificado.

Id. 1554. En igual dia se hizo en Londres públicamente la reconciliación de aquel reino con la iglesia romana, abjurando todas las heregías admitidas

veinte y cinco años antes por el rey Enrique VIII, de Inglaterra, y á instancias de la reina Maria, esposa de Felipe II, mas duró poco tiempo, pues con su muerte en el año 1557 sin dejar sucesión, arribó á España el dicho rey Felipe II, y volvieron otra vez los ingleses á sus antiguos errores y heregías.

Día 1.º de diciembre de 1550. En dicho dia, reunidos en Huesca los cabildos eclesiástico y secular para invocar los auxilios del cielo en el contagio que padecían, hicieron voto de guardar la festividad de la inmaculada Concepción de Nuestra Señora, y desde aquel momento empezó á cesar la peste.

Idem. 1581. En este dia fueron martirizados en Londres el padre Edmundo y otros religiosos de la compañía de Jesus, que después de muchos tormentos y penosas prisiones, fueron arrastrados por las calles, y muertos en público suplicio.

Día 2 de Id., año 504. Empezó la persecución de los cristianos en Africa por el impío rey Frasmundo que mandó cerrar las iglesias católicas, y desterrar á ciento veinte obispos, segun escriben Platino y Sabelio.

Id. de 632. Este dia hubo un gran terremoto que arruinó la ciudad de Nicomedia, cuya calamidad alcanzó tambien á la ciudad de Nicea.

Id. de 1542. Murió en la isla de Siam, junto á la China, el gran apóstol de las Indias, San Francisco Javier, á los 53 años de su edad, y once de sus conquistas espirituales. Habia nacido en Javier de Navarra el año 1497.

Id. de 1547. Tal dia como hoy murió en Londres á los 56 años de edad el rey de Inglaterra Enrique VIII, después de haber destruido mil monasterios y mas de diez mil iglesias de católicos, usurpando sus bienes, y aun quitando la vida á los que se oponían á sus proyectos.

Noticias religiosas.

El dia 4 del actual se efectuó en la capilla del ex-convento de Carmelitas en París la instalación de la nueva comunidad de Dominicos, cuyo superior es el célebre P. Lacordaire. Asistió el señor arzobispo, el cual así como dicho padre, dirigieron la palabra al nu-

4 X

meroso concurso de fieles que asistieron á este religioso acto, y que bendecían á Dios viendo restablecidos en la indicada ciudad los frailes dominicos. La espresada comunidad consta en el día, de nueve religiosos, de los que cuatro son sacerdotes.

FUNDACION DE LA PARROQUIA DE SAN ANDRES DE ESTA CORTE.

Esta antigua parroquia fué fundada el año 1600, segun opinion de algunos autores; y segun afirman otros, existia ya en el siglo XII. Sirvió de capilla real á los Reyes Católicos cuando vivian en las casas antiguas de don Pedro Laso de Castilla (hoy del duque de Osuna é Infantado), desde donde dieron paso á ella. Lo mas notable de esta iglesia es la capilla del glorioso San Isidro Labrador. Fué labrada en los reinados de Felipe IV y Carlos II con extraordinaria magnificencia, para colocar el cuerpo del santo, que habia ocupado otros sitios en la misma iglesia. Esta suntuosa capilla está al lado del Evangelio, es magnífica, particularmente el oclavo ó cúpula, con columnas de mármol. El tabernáculo y altar hace á cuatro caras, siendo todo de mármoles y bronce con profusion de estatuas, adornos y caprichos que constituyen un conjunto singular y digno de verse. En la nave se hallan cuatro preciosas pinturas, dos del célebre Carreño y dos de Rizzi; entre ellas son de admirar el milagro del pozo y la victoria de las Navas. En la espresada capilla estuvo depositado el sagrado cuerpo del mismo santo hasta el año 1769, que fué trasladado á su real iglesia, calle de Toledo, donde actualmente permanece.

SEMANA JUDICIAL.

Proceso contra don Carlos de Austria,

HIJO DE FELIPE II.

No hay en nuestros anales jurídicos otra causa de tanta importancia, si se tiene en cuenta la de los personajes que en ella figuraron, y su resultado. Un príncipe, nacido para heredar el mayor de los reinos, destinado á dictar leyes á la mitad del Universo, y á ser el dispensador de la justicia, muere prisionero por su padre.... Y no falta quien crea que el sombrío fundador del Escorial se propuso atenuar el cruento sacrificio de Bruto.

Por abominable que fuese el joven don Carlos de Austria, por muchos y graves que fuesen sus delitos, no sería disculpable rigor tan grande. El rey tenia medios sobrados de asegurarse de su persona sin ensangrentar sus manos.

Don Carlos nació en Valladolid el 8 de julio de 1545, á costa de su madre, doña María de Portugal, que murió el 12. A los 15 años fué proclamado príncipe de Asturias en las cortes generales de Toledo.

Grande es la discordancia entre nacionales y extranjeros escritores sobre el carácter, inclinaciones, amores, y hasta sobre la figura de don Carlos. Quien le presenta ornado de las mejores prendas, dotado de talento, y capaz de haber hecho feliz á la monarquía. Quien, por el contrario, le pinta con vicios los mas detestables. Quien, suponiéndole amores con la reina doña Isabel de la Paz, atribuye á estos sus desgracias y su muerte. Quien, por fin, comentando sucesos hasta de su abuelo el Emperador, tiene por cierto que el proceso de don Carlos y su condena fué obra de la Inquisición, y aun refiere conversaciones entre Felipe y el inquisidor general, y copia la sentencia de muerte contra el príncipe.

Fundados, en medio de tan encontradas opiniones, en documentos no despreciables, diremos que era don Carlos soberbio, indómito, ambicioso, de juicio débil, y acaso no enteramente sano; que trataba mal á sus criados, y no bien á los que no lo eran, sin respetar profundamente sino á su maestro. Tiénesse por cierto que su padre auguró mal de su índole al divertirse de niño en degollar los conejos que se cazaban.

La historia se opone á sus pretendidos amores con su madre política. En guerra con la Francia, se trató la paz en 1558, acordándose entre otros particulares el casamiento de don Carlos con la princesa Isabel cuando estuviesen en edad, pues solo tenían 13 y 12 años respectivamente. Pero enviudó á poco Felipe II por fallecimiento en 17 de noviembre de 1558 de doña María de Inglaterra, y este suceso imprevisto hizo variar de rumbo las no concluidas negociaciones. La edad del rey, 32 años, y su mayor robustez, cambió la opinion de ambos monarcas, prefiriendo el de Francia, Enrique II, ver á su hija reina; y el de España una alhaja para sí, tan justamente ponderada. Se desistió, pues, de lo convenido, sin hacer de ello mencion al formalizar el tratado de paz, estipulando por el contrario en el capítulo 13 el matrimonio de Isabel, á quien se llamó de la Paz, por la que con su enlace se afirmaba.

Y es un hecho que don Carlos, desde mucho antes de venir Isabel, estuvo enfermo, y hasta mucho después, con cuartanas: su convalecencia y cortos años; el no haberse conocido ni aun en retrato, por secretos los preliminares de la paz; y por fin, su matrimonio proyectado por entonces con doña Ana de Austria, hija

del emperador Maximiliano, hacen inverosímil cuanto se ha dicho acerca de su pasión y gallardía, no comparable ciertamente tras una larga enfermedad con la buena presencia de su padre en aquel tiempo, realzada del ostentoso fausto del trono español, el mas poderoso entonces del globo.

Cierto es tambien que, á pesar del celo y conocimientos de su preceptor, obispo despues de Osma, no aprovechó sus lecciones, como lo acreditan cartas suyas que hemos visto, sin pruebas tampoco de disposicion. Y no es dudoso, por último, que se abandonó á sus pasiones.

Era el año 1565 en que vinieron dos diputados de Flandes para el arreglo de las diferencias principalmente ocasionadas por el establecimiento de la Inquisición; y suponiendo que don Carlos protegeria su intento, le ofrecieron la soberanía de su país y auxilios para el viaje, á condicion de que cesasen de gobernarle civil y militarmente la princesa Margarita y el duque de Alba, y de que no se opondria á la libertad de las conciencias. Halagada su ambicion con la idea de reinar, cuyo éxito dependia únicamente segun los descontentos de que se pusiese á su frente, é irritado por el poco aprecio en que le tenían el cardenal y demas favoritos de su padre, y por la severidad de este, á todo se comprometió, y todo lo desconcertó por una imprudencia que quitó á muchos la vida. Juzgando el príncipe que el valor y otras dotes de don Juan de Austria llevarian á mal la oscuridad en que el rey las tenía, descubrióle su propósito, invitándole á la empresa en que brillaria como á su distinguida, aunque ilegítima cuna, correspondia, y como no le permitia aparecer su hermano. Prometiéndole don Juan su ayuda; veremos luego la que le prestó.

Preparaba en tanto don Carlos su viaje disponiendo de abundantes recursos que algunos grandes le suministraron. Fijado al efecto el 18 de enero de 1568, recordó á su tío don Juan las ofertas que le habia hecho. Una carta de este á su hermano Felipe le hizo dejar la obra del Monasterio, entrando en Madrid el 17, cuando hasta los caballos estaban listos para la fuga. Aplazada por este incidente inesperado, el rey se resolvió á obrar, y prendió á su hijo sin demora. Trasládase á media noche acompañado del consejo de Estado á la estancia del príncipe. Carlos, fiado en la lealtad de que le protestara su tío, dormia tranquilamente. Apodérase el rey de su espada, que tenia bajo de la almohada, se despierta, y preguntando *¿Quién está ahí?*—*El consejo de Estado*, le contestan. Iba á valerse de sus armas, saltando de la cama, cuando ve á su padre, y le dice *¿Qué me quiere S. M.?*—*Ahora lo vereis*, le replicó el rey. Le manda vestir, le reprende por no haber seguido sus consejos, y obligarle á poner á recaudo su persona, aun cuando fuese por su propio bien. De su orden se descerrajó la papelera, se estrajeron los papeles que contenia; y variada la servidumbre, desamueblada la habitacion, y clavadas puertas y ventanas, fué confiada su guarda al duque de Feria. *Máteme V. M.*, decia el príncipe con voces lastimeras, *y no me prenda, por evitar al reino escándalo tan grande, ó yo me mataré si no.*—*Que no hiciere tal*, replicó el rey, *pues solo era propio de locos*, á lo que repuso el príncipe: *No lo haré como loco, sino como desesperado, pues V. M. me trata mal.*

Escusado es añadir que no fué sola la prision del príncipe de Asturias. El principal documento que se halló y se unió al proceso, fue una carta de don Carlos al conde de Egmont, del tenor siguiente: «Señor conde: si los sentimientos de mi padre no estuviesen tan apartados de los míos, como lo están nuestros corazones, los Países Bajos gozarían del reposo que no pueden esperar de un rey que tiene hacia ellos un horror invencible, ni bajo el gobierno de un ministro que ejerce en esas provincias la mas odiosa tiranía. Yo quisiera que las cosas marchasen á medida de mis deseos; pero tengo el dolor de ver mi buena voluntad detenida por obstáculos insuperables que destruyen la ejecución de los designios que medito, y que no podian dejar de ser ventajosos á los pueblos de Flandes. Todo cuanto en el día puedo hacer se reduce á exhortarles á no confiar.»

Al día siguiente de la prision, 19 de enero, mandó el rey ir á su cámara á todos los consejos, y les enteró del caso, por cosas, les dijo, *que convenian al servicio de Dios y del reino*, comunicándole en seguida á los obispos y prelados, tribunales, y ciudades del reino, á S. S. y soberanos.

Son notables, por contradictorias, las cartas que escribió á doña María de Austria, emperatriz de Alemania, y hermana suya, y al sumo pontífice. Dice así la primera. «Mi muy querida hermana: no dudo que mi resolución de reducir á prisiones al príncipe don Carlos, vuestro sobrino y mi hijo, haya causado á V. M. I. tanta pesadumbre como sorpresa al mundo, y á mi espíritu el dolor mas intenso. Pero Dios que conoce los mas recónditos secretos de nuestra alma, me justificará mas adelante de los malos juicios que se habrán formado contra mi reputacion. Hasta entonces debo decir para consuelo propio y vuestro, que jamás he descubierto en mi hijo ningun vicio capital, ningun crimen capaz de deshonrarle, aunque si muchos defectos y extravíos que atribuyo al fuego de su edad. Entretanto me he visto precisado á encerrarle en su habitacion por su bien particular y el sosiego de mis reinos, á cuyo reposo no debo menor vigilancia que á la conservacion de mi hijo.»

La dirigida al papa es del tenor siguiente: «Beatísimo padre: ningun príncipe se distinguirá mas que yo

por su ternura filial, pero ningun otro estará mas consagrado á V. S.; y desmentiría tan respetuosos sentimientos si no le diese cuenta de la conducta que me ha sido forzoso observar con mi hijo, á quien he mandado asegurar. Me lisongeo desde luego depondrán mi favor mi cualidad de padre y mi carácter enemigo de toda violencia; pero, sin embargo, no puedo aquietarme con estas ventajosas presunciones. Digo, pues, á V. S. que nada he escusado por dar á mi hijo Carlos la mejor educacion; que he puesto á su lado las personas mas esclarecidas en virtud y letras, maestros con el don precioso de comunicar agradablemente la instruccion con las verdades de nuestra santa creencia; que he querido, en fin, prepararle á llevar el peso de tantos y tan vastos estados sin agoviarle. Pero el natural ardiente y vicioso de este príncipe ha convertido en veneno las saludables lecciones recibidas, y en vez de crecer en virtud como en edad, se han ido con esta cimentando mas y mas sus inclinaciones desarregladas. Ha llegado á cometer escenas que no he podido disimular, y me ha obligado á usar del remedio extremo de arrestarle. Mucho ha costado á mi amor paternal, pero he creído deber hacer este sacrificio á mi dignidad de rey, y de protector de la religion en mis dominios.»

Manifestó el rey á las ciudades que como padre no hubiera tomado aquella resolucion; pero que no la habia podido escusar como rey por evitar un daño general. Encargó por separado á los corregidores, que si algun ayuntamiento trataba de nombrar diputados, ó representar en favor del príncipe, lo impidiesen, porque un padre no necesitaba ser rogado si fuese asunto en que cupiese gracia; y que, caso de contestar los ayuntamientos, lo hiciesen de manera que no se internasen limitándose á esponer que se persuadian haber justa causa cuando un padre se habia determinado á tal demostracion. Hubo, sin embargo, variedad en la respuesta que dieron algunas municipalidades, distinguiéndose por su servilismo la de Murcia, en la que puso Felipe: «Esta carta está escrita cuerda y prudentemente.»

Y para que nuestros lectores conozcan los deseos del rey en este punto, la copiaremos.

«Esta ciudad de Murcia recibió la carta de S. M. y vió por ella su determinacion acerca del recogimiento de nuestro príncipe. Besa infinitas veces los pies de V. M. por tan grande merced de darla esta particular cuenta, y queda con entera satisfaccion de que las causas y razones que movieron á V. M. fueron tan graves y tan importantes al bien público, que no se pudieran excusar de otra manera, porque habiendo V. M. gobernado estos reinos tan felizmente, y sustentado en tanta paz á sus súbditos, y en tan grande aumento la religion, justo es se entienda que en este caso fué el fundamento tan grave que convino al servicio de Dios y al bien general este paso. Mas no puede esta ciudad dejar de tener dolor y sentimiento de que hayan ocurrido causas bastantes á dar á V. M. este nuevo cuidado, y juntamente se enterece mucho de tener un rey y señor tan justo y amoroso del bien de sus reinos, que le antepuso, y por él olvidó el amparo de su propio hijo. Gran razon hay para que con hecho tan señalado queden mas obligados los vasallos de V. M., y principalmente esta ciudad, que por deber y voluntad ha sido tan leal en el servicio de su rey, y lo será en cuanto le mandare.»

Segun algunos, manifiestan estos actos de Felipe I su intencion de deshacerse de un hijo que habia prometido á los flamencos la tolerancia religiosa, intencion en este caso de que no le apartaron las numerosas, reiteradas y fervientes súplicas, que, á pesar de prevenirlas, recibió, á disgusto suyo, de los soberanos á quienes participó el suceso. Fué todo en vano; tercio de carácter, virgen su voluntad, y creyéndose el mas fuerte de los reyes, por todo atropelló, teniendo en menos tantas y tan atendibles consideraciones como abogaban por dar otro giro á un negocio tan impoliticamente iniciado.

El papa aconsejó al rey católico corrigiese á su hijo como demandaba su cualidad de padre, como era propio de sus sentimientos religiosos, sin llevar las cosas al extremo. Y viendo el emperador Maximiliano que nada adelantaba con sus cartas, ni con las gestiones de sus embajadores, envió exproreso al archiduque Carlos. Todo su empeño y poder, todo su interés por el ilustre prisionero á causa del matrimonio proyectado entre el mismo y su hija, todo se estrelló ante la severidad inexorable de Felipe, cuya inexorable severidad negó al encarcelado el consuelo de ser visitado por la reina y la princesa Juana, que inútilmente pidieron permiso de verle.

Tanto preocupó este negocio el ánimo suspicaz del rey, y tanta prisa se daba por despacharle, que marchó al Escorial, cuya obra era su ocupacion favorita. La murmuracion del pueblo, á quien inspiró interés el príncipe, le inquietaba sobremanera, y por desear esta zozobra precipitó la causa, encomendándola á una comision compuesta de tres vocales, cuya presidencia encargó al cardenal inquisidor general, notoriamente desafecto á don Carlos.

Terminado el sumario, el consejero de Castilla don Diego Brivesca de Muñatones, encargado de la sustanciacion, elevó á S. M. el breve informe, que á continuación reproducimos, por lo que conduce á ilustrar este asunto.

«Señor: El hombre sujeto á vehementes pasiones es capaz de formar los mas atroces designios; pero dotado al mismo tiempo de razon, ve el precipicio donde

le sumia el mal, se retrae, y vuelve á la virtud. Hacer, pues, al hombre cargo de haber intentado el crimen, es hacerle cargo de haber nacido, y á la naturaleza de haberle infundido ciertos deseos.

«Cuando la tentativa del crimen no se apoya en algun hecho, y cuando á este no ha seguido un principio de ejecución, no existe, no puede existir el crimen. Las leyes humanas no pueden estender su imperio al alma, su objeto no pasa de la sociedad; el proyecto de un crimen, cuando no ha recibido ningun grado de ejecución, no ha perjudicado á la sociedad, no ha denigrado á sus miembros, cuya satisfacción es el principal objeto de la ley penal, *neminem lædere*. Y si este principio es evidente ¿cómo no cubrirá bajo su égida al desgraciado príncipe don Carlos, único vástago que la providencia nos reserva, y que hemos jurado por sucesor del gran Felipe al trono de San Fernando?

«Los crímenes que resultan contra el príncipe son meros conatos de parricidio, y de usurpación de la soberanía de Flandes; ¿pero recibieron estos conatos algun género de ejecución?... En cuanto al primero, solo nos constan por secreto cuasi de confesión; por una confianza al prior de Atocha, confianza hecha al confesor de tal manera que revela desde luego el mal estado de la cabeza del príncipe. Pero oigamos, señor, al mismo prior. «Yo conocí, dice, estar tratando con un loco.» ¿Qué mas defensa, pues, en favor de don Carlos? Un loco, señor, solo un loco, podía concebir una idea tan abominable y desnaturalizada, idea de que apenas presenta ejemplares la historia, y de cuya ejecución nunca trató el príncipe.

«Reflexionemos sobre el segundo crimen imputado. «El príncipe, reo de alta traición por aspirar á la soberanía de Flandes! No hay duda de la existencia del pensamiento, por los preparativos, por el dinero recaudado, por las proposiciones hechas á fieles caballeros servidores de V. M., y por los caballos que pidió el príncipe para la fuga. De todo esto resulta la manifestación del proyecto por hechos exteriores. ¿Pero hubo un principio de ejecución?... ¿Se dió tiempo al príncipe para realizar su fuga, para reunirse á los sublevados, y ponerse á su cabeza contra su rey?... En la escala inmensa de grados que debió recorrer hasta poner en ejecución su trama, ¿no pudo tener mil inspiraciones que le retrajeran?

«Y aunque las leyes castigasen, lo mismo el conato de alta traición que su ejecución, ¿no deberá V. M. fijar su atención en el estado mental del príncipe, de cuya flaqueza ha dado pruebas seguras desde su caída en la escalera de palacio (1)? ¿Y cuando no le disculpasen, ó antenuasen sus proyectos el estado delicado de su cabeza, y su trastorno, no merecería algun privilegio la persona augusta del heredero de la corona? ¿En nada se distinguía de los demas vasallos?... Tanto le acerca su dignidad á la corona, que puede mirarse identificado con ella, siendo así el hijo una persona con el padre, jurado como está don Carlos príncipe de Asturias.

«Considere además V. M. que no se ha oído al reo, cuya defensa podrá mitigar los grados de su culpa, y que una sentencia de muerte fulminada en todo caso contra el sucesor del trono, y por su padre, haría muy mal efecto en España y fuera de ella.

«Si V. M., señor, tiene el derecho de dispensar las leyes ¿con cuál igual razon lo hará jamás que en favor de un hijo cuya suerte ha escitado tanto interés en la monarquía y en las demas naciones?...

«Pesando todas estas razones, V. M., así lo espero, se servirá mitigar en favor del príncipe el rigor de la ley, y limitando los efectos del procedimiento, se satisfará con adoptar medidas que contengan al príncipe en lo sucesivo, si no han sido suficientes á separarle de sus estravios la prision y privaciones que ha sufrido.»

El príncipe de Eboli, Ruy-Gomez de Silva, otro de los comisionados, tambien influyó por don Carlos; pero mas cortesano que el licenciado Muñatones, se redujo á pedir piedad. El cardenal Espinosa, por último, sostuvo «que nada podía igualar á los crímenes del príncipe, intentando no solo privar á España del mejor y mas grande de los monarcas, sino envolver al pueblo que debiera gobernar un día en una sangrienta guerra civil: que la conspiración de que era acusado, se habia elevado á la esfera de los hechos: que el crimen de alta traición debía mirarse como el mas bárbaro de los parricidios, por lo que lo mismo castigaba la ley el conato que la ejecución: que la calidad de príncipe no debía librarle de la pena merecida, por ser igual para todos la ley, debiendo considerarse el príncipe mas obligado, pues que destinado á ocupar el sòlio, mal podría exigir obediencia y sumisión quien no la prestaba á su rey: que los deberes de justicia y amor de un rey á su pueblo eran la primera y la mas sagrada de todas sus obligaciones: que si la voz de la naturaleza se hacia oír en el corazón del padre, el eco de los horribles crímenes que meditaba el hijo debía ser superior á todo sentimiento: que olvidándose el rey, que lo era antes que padre, de su hijo, olvidaba á un hijo ingrato, desnaturalizado, cuyos atentados le hacían indigno de llevar su nombre, y si por salvarle no se acordaba ser padre de su pueblo, sacrificaria infinitos hijos dignos de todo: que lejos de trascender al padre la mancha del hijo, se diría que habia antepuesto á la ternura paternal la justicia, y la salud de sus pueblos, renovando con tan sublime y heroico sacrificio el ejemplo de Moisés que desecó inmolarse por salvar á su pueblo, el sacrificio de Abraham, y el del mismo hijo de Dios por redimir el género humano.»

El rey, despues de oír al cardenal, manifestó á la comision: que, si bien su corazón le dictaba dispensar la ley, no se lo permitia su conciencia, por que conociendo en toda su estension los males que debía causar á sus estados el perdón de su hijo, no podía librarle del castigo merecido sin hacerse responsable ante Dios de los males que podría producir su clemencia. Su perdón, por otra parte, no reportaria ningun bien á España; y seria, por el contrario, la mayor calamidad para el reino un monarca sin talento ni instruccion, sin juicio ni virtud, lleno de vicios y pasiones, de cólera y ferocidad; por lo cual, á pesar del amor paterno y de la violencia que se hacia con un sacrificio tan terrible, contemplaba forzoso hacerle si el proceso se continuaba en regla; pero ya que el estado de salud del príncipe era tal que debía temerse su pronta muerte á causa de sus desarreglos (1), creia lo mejor descuidar algo su curacion y condescender á sus apetitos, lo cual bastaria para precipitar su muerte.»

Esta resolución del rey no consta en el proceso, terminado en sumario con una nota del secretario, en que certifica que no se siguió por haber muerto el príncipe de enfermedad natural, pero consta en escritos coetáneos de mucho crédito, segun los cuales falleció don Carlos el 24 de julio de 1368, á los veinte y tres años de su edad, de resultas de una purga misteriosa que le suministró el doctor O.... primer médico del rey, y á quien Ruy-Gomez enteró de los designios de S. M.

A pesar de que no prometia un feliz reinado, fué sentida la prematura pérdida del inmediato sucesor á la corona, cuya falta espresaron sentidamente los pueblos.

No fué de pocos la creencia de haber el hijo muerto por obra del padre. Así lo aseguraron escritores extranjeros que pasaban por imparciales; así lo afirmó el príncipe de Orange en su manifiesto contra Felipe II, y así lo infiere, por último, de algunas obras publicadas durante su reinado é inmediatos, un escritor de nuestros dias. Luis Cabrera, cronista del mismo Felipe II; Lorenzo Wander Hamen en su libro *Don Felipe el Prudente*; Fabian Estrada en su *Historia de las Guerras de Flandes*, y algun otro, hablan de la purga á que siguió la muerte de don Carlos, con tales rodeos, oscuridad y reticencias, que no queda duda para algunos sobre el envenenamiento de que fué víctima, como cree el ilustrado autor de la *Historia crítica de la Inquisición de España*. No podría explicarse de otro modo, segun otros, la resolución de S. M., tan inclinada, aun cuando no fuese cierta, á castigar á su hijo; tan entregado al inquisidor general, y tan inconveniente en todo caso su suplicio.

Mucho pudo contribuir en Felipe II, si abrevió los dias de su hijo, el sentimiento de ver desmembrado el mayor de los imperios que regian sus robustas manos; mucho tambien su fanatismo, que le haria mirar con horror al que iba á destruir en los Países Bajos su obra predilecta, la Inquisición. ¡Desgraciado del que en su tiempo se atreviera á pensar mal de un tribunal tan execrable como funesto á la humanidad, tan contrario á la religion de Jesucristo!

Si solo viésemos en el gran monarca que ciñó tantas coronas, escesos á que le arrastrara un celo estraviado y deplorable por la mal entendida doctrina del Crucificado, disculparíamos que así prescindiese en aquellos tiempos de su razon, quemando á sus semejantes; pero otra causa, la de Antonio Perez, le presentará, no ya dejándose tal vez llevar de su exaltación religiosa, sino deshaciéndose friamente del secretario de don Juan de Austria, y á su vez del instrumento.

NARD.

Noticias judiciales.

Leemos en los diarios de Valencia. Dos desgraciadas tentativas para apoderarse las tropas de Mariano Seguí (a) el Gatet, y de las que por una casualidad ha logrado escaparse, dan á este hombre una celebridad en nuestro reino de Valencia igual á la que gozaron en otro tiempo Jaime Alfonso y el célebre Gato de Carlet. No hace un mes, habiéndose tenido una confidencia de que el Gatet entraria en el pueblo de Agost, en la huerta de Alicante, se apostaron seis millones en las casas de ambos lados de la entrada. Seguí, ignorante de la celada que le esperaba, entró embobado en su manta, y fué recibido con una descarga á quemarropa, pero afortunadamente para él no le tocó ninguna bala; escapando con esa ligereza que justifica su apodo, é imitando en burla de sus enemigos el maullido del gato. Posteriormente, y no hace aun quince dias, fué asaltada la casa del cura de Lorcha por siete ú ocho hombres, robándole varios efectos y seis mil reales

(1) La desesperación del príncipe era tal que incurria en escesos peligrosos. No azevado á vencerse, desconocía los medios de hacer tolerable su desgracia. Abrasado de calor bebía gran cantidad de agua helada, estaba desnudo y descalzo, comia unas veces demasiado, y se pasaba otros dias sin alimento.

en metálico: atribuyóse este hecho al Gatet, aunque lo negó él mismo al alcalde de Beniarrrés, á quien cogió al ir á formar diligencia sobre el hecho anterior, quitándole cien duros.

Dos ó tres dias despues; esto es, el 13 del presente, habiendo recibido noticias el bizarro oficial don Ramon Aranda, que manda la columna que le persigue en el valle de Albaida, de que en la misma noche estarian el Gatet y un compañero suyo en la heredad de la Casa-Blanca, entre Bélgida y Otós, pueblo de donde es natural aquel, cercó el mencionado edificio con unos treinta soldados. Por esta vez parecia asegurado el éxito de la empresa, pues desde fuera oían los soldados la conversacion del Gatet y el compañero con los labradores. Al despedirse se opuso aquel á que el labrador se asomara á la puerta para ver si habia alguno, pues no queria que, si habia soldados esperándole, pagase nadie lo que él debía. El oficial habia distribuido convenientemente la tropa; siete hombres se situaron inmediatos á la puerta y ocultos detras de unos sarmientos, y los restantes al frente, con órden todos de acometer á la bayoneta al salir los dos bandidos; estos salieron por un portillo, y al ver bultos á su frente, dispararon las carabinas, saliendo el tiro solo de la Seguí; los soldados ocultos, no pudiéndose contener, dispararon á quemarropa, pero deslumbrados con el fuego, no vieron la direccion que tomaron los fugitivos; estos, que solo por un milagro lograron romper por entre los sitiadores, dejaron en el suelo varios efectos, entre ellos la manta que llevaba el Gatet, acribillada á balazos. La esperanza que se tenia de que hubiese quedado herido se ha desvanecido, pues en el reconocimiento hecho por los paisanos de los alrededores, no se ha hallado rastro de los fugitivos.

De Mondoñedo refieren así la siguiente ejecución de un parricidio, verificada el dia 12.

A las once de la mañana de este dia fué ejecutado en la plaza pública, y en garrote, Eirabedra, vecino de Riotorto, por haber muerto violentamente á su propio padre en mayo último.

La circunstancia de tener Felipe 32 años de edad, cuando las pasiones debieran haber perdido sus fuerzas; la de hallarse su infeliz padre en la de 76 años, y la de ser ahogado con un pañuelo que á viva fuerza le introdujo en la garganta, con otras particularidades que no son de este momento, han prevenido de una manera poco comun al público contra este parricidio que deja cuatro hijos desgraciados y su muger, en medio de la mayor miseria.

El juego le condujo á cometer tan triste y horroroso crimen, porque perdida una y mil veces su escasa fortuna, se propuso, sin prever las consecuencias, hacerse con la de su infortunado padre, á quien suponía con dinero. ¡Qué ceguedad! Dios quiera que semejante lección surta todos los efectos saludables que se esperan; y ojalá que la autoridad de Riotorto, y mas á quienes toque, corten de raíz un vicio que por su largo origen tiene allí arruinadas muchas familias.

Felipe, en su muerte, dió públicas pruebas de una verdadera contrición. Desde el patíbulo, con voz clara y valor desconocido (entre otras cosas), exhortó al pueblo para que en él escarmentasen todos; rogó que pidiesen á Dios le llevase á su santo reino, desde cuyo sitio, si allá fuese, haria otro tanto por presentes y ausentes, con lo cual humildemente entregó su cuello al ministro público, y á cortos instantes dejó de existir, en medio de un numeroso concurso que vertió infinitas lágrimas y le compadeció.

SEMANA CIENTIFICA.

Monumentos de Paris.

TORRE DE SAN JACOBO DE LA BUCHERIE.

La torre de San Jacobo de la *Bucherie* es el único vestigio de una iglesia parroquial del mismo nombre, situada en otro tiempo en la calle de los *Arcis*. Seria imposible fijar exactamente la época de su origen, pues lo que solamente se sabe es que existia ya en el siglo XII. El cura de esta parroquia era entonces uno de los *trece sacerdotes cardenales* de la catedral de Paris. Mas tarde la iglesia de San Jacobo vino á ser la propiedad de algunos seglares poderosos, de los cuales, uno llamado Ponce Archambest, hizo de ella donacion al monasterio de San Martin de los Campos, lo que ocasionó divisiones en gran número y procesos entre este monasterio y los curas de San Jacobo, deseosos de recobrar su independencia.

Edificada primero con irregularidad y en proporciones estrechas, esta iglesia fué engrandeciéndose poco á poco durante los periodos de los siglos XIV y XV, y por eso no formó nunca mas que un conjunto uniforme y homogéneo de arquitectura. Sucedió á este monumento lo que á otros tantos construidos en la misma época, y se puede decir de San Jacobo lo que Victor Hugo dice de Nuestra Señora de Paris. «Los grandes edificios, lo mismo que las grandes montañas, son la obra de los siglos. A menudo el arte, se transforma ó continua todavia: *pendent opera interrupta*; se continúan apaciblemente segun el arte transformado. El nuevo arte toma el monumento donde le encuentra, se

incrusta en él, se le asimila, le desarrolla á su antojo, y le acaba si puede. El asunto termina sin interrupción, sin esfuerzo, sin reacción, siguiendo una ley natural. Es un engerto que sobrevive, una savia que circula, una vegetación que vuelve á prender.» Esto es lo que presta en el estudio de los monumentos góticos un interés tan continuo y tan poderoso: cada piedra es en cierta manera la historia de una generación; cada parte del conjunto presenta el cuadro de una época, y el conjunto en sí mismo no es mas que el resumen de muchos siglos.

La construcción de esta parroquia no estaba aun terminada, cuando el 24 de marzo de 1414, Gerardo de Montaigu, obispo de Turin, vino á consagrarla, y la historia de San Jacobo de la *Bucherie*, refiere que en ocasión de esta solemnidad, los párrocos convidaron á este prelado á una comida que no costó mas que setenta sueldos.

Sin embargo, bajo el reinado de Francisco I se

Lucas, uno de los viajeros *mas verídicos*, refiere, que despues de haber visto al diablo Asmodeo en el alto Egipto, habló á un dervis que conocia mucho á Nicolás Flamel y á su esposa, y que le aseguró que ambos gozaban de una perfecta salud.

Estos cuentos absurdos se perpetuaron hasta mediados del siglo XVIII, y en 1736 cuentan que echaron agua bendita en los sitios habitados en otro tiempo por el pretendido hechicero. La historia de San Jacobo que ya hemos citado, supone que un personaje de distinción obtuvo de la fábrica de la iglesia, el permiso de reparar la antigua casa de Nicolás Flamel; que bajo este pretexto registró los sótanos, y sacó de ellos muchas inscripciones grabadas en piedra, pero que no encontrando nada de lo que buscaba, hizo las reparaciones necesarias y desapareció sin pagar á los obreros.

Nicolás Flamel murió el 22 de marzo de 1417, y fué enterrado en la iglesia de San Jacobo. He aquí la inscripción compuesta para este bienhechor, y que fué

gótico, que parece desafiar, por decirlo así, á nuestra moderna civilización.

Esta torre es una de las mas altas de París; sus cimientos fueron echados en 1308, y se terminó en 1322, y tuvo de coste unas 1,350 libras. Su altura es de 133 pies, y cada uno de sus costados tiene treinta pies y nueve pulgadas de latitud. Por su forma maciza y cuadrada, por el estilo de su arquitectura, por sus estrechas y elevadas ventanas en ogiva se parece escatamente á la torre de Nuestra Señora. En nuestros días ha venido á ser la propiedad de un particular que ha establecido allí una fábrica de plomo.

Una especie de bazar, habitado en parte por mercaderes, ocupa hoy el antiguo recinto de la iglesia de San Jacobo de la *Bucherie*; se le ha dado el nombre de *Patio del Comercio*; un incendio le devoró casi en su totalidad hace algunos años, pero el daño causado por este deplorable incidente fué al momento reparado poniéndose bajo el pie de elegancia en que hoy se encuentra.

Historia natural.

LOS LAMAS.

En el antiguo territorio de los Incas al pié de la alta cordillera de los Andes, y en lo mas elevado de estas montañas, se encuentran los inofensivos y dóciles llamas. Es verdad que se les conduce á otras provincias, y que se hallan en Méjico; pero mas bien como objeto de curiosidad que de utilidad, al paso que en toda la estension del Perú, desde el opulento Potosí hasta Caracas se ven estos animales en gran número y son hartamente necesarios; ellos solos constituyen la riqueza de los peruvianos y contribuyen no poco á la de nuestra España. En el estado salvaje viven en manadas en las cimas de las montañas, y descienden á las llanuras cuando el frio se presenta demasiado riguroso.

El lama se distingue de los demas mamíferos rumiantes por la ausencia de los cuernos; tiene mucha semejanza con el camello; pero sus movimientos son mas rápidos, y los dos dedos de su pié, que están armados de una uña aplastada, no se reúnen por una membrana comun como la de aquel cuadrúpedo. El lama no tiene ni joroba ni lupias sobre su lomo, pero se le advierte algunas veces pequeñas callosidades en el pecho y en las rodillas. Tiene cerca de cuatro pies de estatura, y solamente su cuello tiene mas de tres pies de longitud. Su cabeza es pequeña y bien hecha; tiene los ojos grandes, el hocico un poco entre largo, y los labios gruesos.

Un viajero inglés, el capitán Shelocke que se encontraba en el Perú en 1826, ha descrito á los llamas de la manera siguiente.

«Comencé á ver en Africa esta especie de camellos pequeños, á los cuales los peruvianos nombran *llamas*, los chilenos *chilinecos*, y los españoles *carneros de la tierra*. Las cabezas de estos animales son pequeñas en proporción de sus cuerpos, el labio superior está dividido como el de la liebre; su cuello es estrechamente largo, y ligeramente arqueado como el del camello. Atravesando la cordillera de montañas escarpadas y desiertas que cercan en todos sentidos el territorio del Perú encontré varios convoyes de llamas que se adelantaban trabajosamente al través de los precipicios y de las veredas impracticables para todos los demas animales. Estos convoyes iban conducidos por aldeanos que ceñían un traje bastante raro. Su larga cabellera estaba encerrada en una especie de redicilla ó dentro de un sombrero negro; una capa de paño, llena de agujeros, cubria sus espaldas, y caminaban armados, unos de escopetas y otros de garrotes con un hierro en la punta.

«Los llamas sirven para trasportar todos los géneros del país; los unos caminan con paso lento soportando el peso de los frutos y las legumbres, de la harina, del carbon y de la leña que llevan al Potosí, y los otros regresan con paso ligero, para buscar nuevas provisiones. La carga ordinaria de estos mamíferos no pasa de cien libras; hacen viajes bastante largos, pero marchan con lentitud, y no andan mas que cuatro ó cinco leguas al dia. Su andar es grave y firme, su paso asegurado; bajan cuestas muy pendientes, y trepan por rocas escarpadas, á las cuales hasta los mismos hombres temen seguirlos. Estos animales pueden caminar cinco ó seis dias de seguido, y despues piden descanso, y antes de volverse á poner en camino, quedan acostados por espacio de treinta ó treinta y seis horas.

«Se diria, continúa el capitán Shelocke, que el natural de los llamas ha sido modelado por el de los americanos: son dulces y flemáticos, y todo lo ejecutan con tiento y mesura. Cuando viajan y quieren detenerse por algunos instantes, se les ve doblar las rodillas con la mas grande precaución, é inclinar su cuerpo á un mismo tiempo muy despacio, á fin de que su carga no pueda ni caer, ni desarreglarse. Pero al momento que oyen el silbato del conductor, se levantan con las mismas precauciones, y se vuelven á poner en marcha. Obsérvese que en las numerosas manadas de los llamas iban siempre cuarenta ó cincuenta de vacío, y cuando los guías advertían que los llamas cargados estaban fatigados, los desembarazaban de sus cargas y las ponían sobre los lomos de los animales descargados; pues cuando los llamas ven que trabajan mas de lo que pueden, se echan y no hay



Vista de la torre de San Jacobo de la *Bucherie*

concluyó esta iglesia; las indulgencias concedidas á los que suministraron fondos para pagar los trabajos, y las liberalidades de varios párrocos, contribuyeron mucho á su conclusion. Entre los bienhechores de San Jacobo, se cita en primer término á Nicolás Flamel, que hizo edificar á espensas suyas el pequeño portal del lado de la calle de los *Ecrivains*, cuyo personaje obtuvo durante su vida y despues de su muerte una extraordinaria celebridad, tanto por la rapidez con que ganó sus riquezas, como por sus piadosas fundaciones, y especialmente por las pretendidas maravillas que la ignorancia le atribuyó. Se decia que habia encontrado la piedra filosofal; que las inscripciones y las esculturas que habia mandado ejecutar sobre diferentes monumentos de París, eran otros tantos geroglíficos y caracteres cabalísticos; que se habian encontrado en los sótanos de su casa vasos, hornillos, matrás y otros utensilios propios á la *grande obra*; que ni él ni su muger Pernelle habian muerto, sino que habian fingido una enfermedad y se habian escapado, y que se habian enterrado leños en su lugar. Pablo

colocada en los pilares de la nave: «El difunto Nicolás Flamel, ha legado en su testamento, á la obra de esta iglesia, ciertas rentas y casas que empezó y acabó durante su vida, para hacer cierto servicio divino, y algunas distribuciones de dinero, todos los años «por via de limosna respecto al hospital de la Caridad y otras iglesias de París.» Debajo de esto aparece grabado un cadáver con estos dos renglones.

DE LA TIERRA VINE, Y Á LA TIERRA VUELVO.
EL ALMA TE DOY J. H. S. PERDONA MIS PECADOS.

San Jacobo de la *Bucherie* tenia derecho de asilo; en su consecuencia se mandó edificar en 1403, sobre la bóveda de este edificio, una habitación para aquellos que venian á refugiarse allí de caridad; pero muchos ejemplos probaron que este asilo no fué siempre respetado.

Esta iglesia se derribó en tiempo de la revolución de 1793, y solo la torre ha permanecido en pié, noble reliquia de la edad media, venerable recuerdo del arte

medio de volverlos á levantar; los golpes son inútiles, y se obstinan en permanecer en el sitio donde han caído, y si continúan maltratándolos, se desesperan y repiten sin cesar un balido, á la vez que se matan á sí propios dándose cabezadas contra la tierra. No sa-

huelos y de las nieves; corre y brinca sobre estas rocas con mas ligereza aun que la gamuza; su grito es un sonido agudo que repite á menudo, y que se parece mas bien al silbido de un pájaro que á la voz de un cuadrúpedo; estremadamente tímido y receloso no se deja co-

Seria importante para nuestras manufacturas que pudiésemos naturalizar entre nosotros la especie de la vicuña. Sin embargo, dicen que hemos hecho ya en España ensayos infructuosos con este motivo, pero estas tentativas se han verificado con esmero, y es-



Los llamas descendiendo de las cordilleras.

ben defenderse ni con los pies ni con los dientes, y no tienen, por decirlo así, otras armas, que las de la indignación: apenas balan cuando les pegan con violencia, y se contentan con escupir á la cara de los que los maltratan; me aseguraron que esta saliva, que lanzan en medio de su cólera, es acre y cáustica, á punto de hacer levantar ampollas sobre la piel.

«Este cuadrúpedo, tan útil y tan necesario en el país que habita, no cuesta nada su alimento, y como su pié está provisto de una buena pezuña, no hay precisión de herrarle; no tiene necesidad de cebada, ni de avena, ni de harina, pues la yerba que pasta le es muy suficiente, aunque no toma de ella mas que una corta cantidad.

«Los llamas no caminan jamás de noche, la cual emplean en rumiar, y duermen apoyados sobre el pecho y doblando sus pies debajo del vientre. Me aseguraron que estos animales no producen comunmente mas que un hijo, y raras veces dos; la madre no tiene mas que dos mamilas, y el hijo la sigue desde el momento que nace. La carne de los llamas es muy buena para comer; su piel tiene una lana muy fina, es ancha y de un excelente uso.»

También se encuentra en el Perú un cuadrúpedo que la mayor parte de los naturalistas han considerado como una variedad del lama y que se designa bajo el nombre de guanaco. Este es mas grande y mas fuerte que el lama ordinario; los peruvianos le cazan con perros, pero estos no cogen mas que á los mas jóvenes, y por consecuencia menos listos en la carrera: los adultos corren con estremada velocidad. Cuando se ven perseguidos se vuelven de vez en cuando para mirar al cazador, toman aliento y en seguida echan á correr con una rapidez increíble. El lazo de que se sirven los peruvianos para coger á los guanacos vivos es una correa de cuero de cinco á seis pies de longitud; á cada uno de sus extremos hay una piedra que pesará unas dos libras: el cazador hace voltear rápidamente en el aire las piedras como pudiera hacerse con una honda á fin de darle la fuerza necesaria, y cuando se vé al alcance de su presa, arroja su lazo con tanta destreza que aun hallándose á la distancia de doscientos pasos de ella, da á la cabeza de su víctima, cuyas piernas se encuentran al mismo tiempo enredadas en los nudos del lazo.

Las vicuñas ó pacos son para los llamas una especie de sucursal, con corta diferencia, como el asno lo es del caballo; son mas pequeños y menos á propósito para el servicio; este animal habita con preferencia los parajes mas frios y desiertos de las montañas mas elevadas y mas inaccesibles. Su pasto ordinario es el ichú ó pajón, planta que cubre las rocas en medio de los

ger, y los peruvianos han renunciado á sorprenderle ó á cazarle con los perros. He aqui de la manera que consiguen apoderarse de él.

Después de haber examinado la montaña donde pacen muchas manadas de vicuñas, se forma, lo mas cercano á ellas posible, un recinto con la ayuda de una cuerda tendida á manera de círculo. Se tiene cuidado de dejar una abertura por la cual puedan entrar las vicuñas, y se sitúa la cuerda á una altura mediana, de suerte que alcance al cuello de estos animales cuando se aproximen á ella. A esta cuerda están atados pedazos de telas de todos colores que revolotean á merced del viento; una vez tomadas estas disposiciones, los cazadores, acompañados de perros de pequeña estatura, y adiestrados en este género de caza, corren

haciendo ruido por la montaña, y llevan delante de ellos á las temidas vicuñas hasta que hayan entrado en el recinto formado por la cuerda. Cuando se ven encerradas, procuran escaparse; pero asustadas con los gritos de los cazadores, con los ladridos de los perros, y con los pedazos de tela que agita el viento, no saben ni saltar la cuerda, ni bajar el pescuezo para pasar por debajo. Los cazadores penetran al instante en el recinto, las matan y las degüellan para obtener de ellas la piel y su lana: estas cazas son verdaderas matanzas y producen algunas veces cerca de mil pieles: la larga y la fina lana de estos animales, es una mercancía de lujo, tan cara y tan preciosa como la seda; se fabrican con ellas muy buenos guantes, excelentes medias y mejores cobertores, y tapices de gran valor.

pecialmente, se han repetido y seguido con perseverancia? Lo ignoramos. B.***

SEMANA LITERARIA.

LA VENGANZA DE LOS DIFUNTOS.

NOVELA FANTÁSTICA.

III.

El molino.

LA FAMILIA DE PONCIO PILATO.

Mil temores y sospechas agitaban el corazón de los fugitivos, que no se atrevían á comunicárselas mútua-



mente. Seguían su marcha, casi sin respirar, entregados alternativamente á la esperanza de salvarse y á la zozobra de ser engañados. Mas de improviso se les obstruyó el paso: una figura humana se coloca en pie delante de ellos, apoya una de sus manos en la espalda de don Cristóbal, que marchaba el primero, y con una voz muy dulce que no les era desconocida, les dice:

—Soy yo.

Era demasiado tarde: don Cristóbal la había herido. La desgraciada Raquel no dió ningún grito, pero añadió inmediatamente:

—¡Soy muerta! habeis sacrificado á vuestra libertadora.

Al mismo tiempo el tenebroso abismo en que se hallaban sumidos los tres, se abrió como por encanto y dejó ver la inmensidad del un cielo tachonado de brillantes estrellas. Raquel haciendo el último esfuerzo impelió hacia adelante á sus protegidos, y cuando estos, después de dar un paso se volvieron hacia ella, la puerta se hallaba colocada en su sitio, el peñasco se había vuelto á cerrar y todo estaba silencioso é inmóvil.

Su primer movimiento fué ponerse de rodillas para dar gracias á Dios. Se encontraban en una pradera cubierta de una yerba alta y espesa, y detrás de ellos se veía una cadena de peñascos, entre los cuales crecían algunas encinas y pinos, cuyas negras y melancólicas sombras se proyectaban en la tierra con la suave claridad del crepúsculo. La siniestra casa debía hallarse situada al otro lado de aquellos peñascos, porque no se la descubría por ninguna parte, de modo que nada manchaba la pureza de aquel paisaje. Al salir de una atmósfera cargada de vapores de sangre, Leonor y don Cristóbal respiraban con delicia, y aquel aire embalsamado les restituía las fuerzas de que tanta necesidad tenían.

Don Cristóbal examinaba qué dirección sería mejor seguir, cuando hirió sus oídos un ruido lejano y acompasado, que no tardó mucho en conocer era producido por un molino. Dirigieron sus pasos hacia aquel lado, caminando con la ligereza que les permitía la espesa yerba que hubiera podido ocultarlos aun en medio del día, y cada vez percibían mas distintamente el ruido que los llamaba como una voz amiga. Al cabo de un cuarto de hora distinguieron la casita del molinero. Pero un obstáculo se opuso todavía á su marcha, y era el arroyo que daba movimiento al molino. Felizmente creyeron divisar á alguna persona junto á la casa, y don Cristóbal calculando la distancia y esforzando la voz gritó: ¡socorro!... inmediatamente vieron correr un hombre hacia ellos. Cuando estuvo á la otra orilla del arroyo, Leonor no pudo contenerse y exclamó también: ¡salvadnos!... El hombre no contestó mas que *aguardad*, y desapareció. Al cabo de cinco minutos volvió con un tablón que colocó de una á otra orilla, y los amantes se creyeron salvos al ver que habían atravesado el riachuelo.

El molinero no aguardó á que le preguntasen, y les dijo:

—¿Venís de allá abajo?

—Sí.

—¿Y por qué milagro os habeis escapado?

—Nos ha libertado un ángel, á quien hemos pagado muy mal su beneficio. Pero ¿vos sabéis...

—Lo sé todo: no sois los primeros que os refugiais aquí. Si, la Raquel es un ángel que habita entre demonios. También yo principio á serles sospechoso; pero no importa; venid, ya encontraré medio de ocultaros como á los que estuvierais aquí hace un mes.

Llegaban al umbral de la puerta, cuando repentinamente se vieron aparecer unos faroles que siguiendo por la pradera la corriente arriba del arroyo se dirigían al molino: en seguida se oyeron estas voces: ¡Juan! ¡Juanito! ¡Juan! ¡Juan!...

—Vedlos ahí, dijo el molinero, quieren pasar; y dirigiéndose á la molinera que salía á recibirlos, Carmen, la dijo, oculta á estos extranjeros.

Al mismo tiempo volvió la espalda, mas como continuaban gritando ¡Juan! ¡Juanito! contestó con todas sus fuerzas:

—Aquí estoy, señor, aquí estoy...

—Bien pronto estarán aquí, dijo la molinera, á prisa, á prisa, entrad en esa atrege.

—¿Allí? Bueno.

—Meteos cuanto podais entre la harina. Eso es, y no os movais.

La buena Carmen volvió á dejar caer sobre la atrege ó cernedero su cubierta de tela, hizo sobre ella la señal de la cruz, fué á sentarse junto á la cuna de su niño y se puso á mecerle cantando un romance del Cid.

No tardó mucho en abrirse la puerta con impetuosidad, y tres hombres se precipitaron en la habitación: Juan los seguía. Sin decir una palabra, corrieron á la cama, la reconocieron con sus faroles por debajo, y levantaron toda la ropa. Después abrieron su armario, registraron todos los rincones, pero afortunadamente no se acercaron al cernedero. En fin, uno de ellos rompió el silencio y profiriendo horribles blasfemias, dijo:

—Desgraciados de ellos si los atrapamos: traidores!... malvados!... han robado á nuestros bondadosos amos!... bien caro lo pagarán. Y tu, Juan, si se descubre que has favorecido su fuga, que eres su cómplice, ya ha llegado tu hora, como también la de tu muger y tu niño!...

—Sois injustos, valientes camaradas, respondió el molinero. Pongo por testigo al cielo, de que quisiera tener en mi poder á esos picaros ahí, á mi discreción,

y bien pronto veriais quien soy yo!... Mas puedo aseguraros que no han venido por este lado, ó si acaso lo han intentado, el arroyo los habrá hecho retroceder: yo no los he visto. Probablemente se habrán dirigido por el camino de Jaén. De todos modos, no pueden dejar de ser alcanzados, si como me decis, los persiguen todos los de la casa. Pero vosotros ya no teneis que hacer nada por esta noche, y estais cansados, ¿no queréis tomar algo?...

—Con mucho gusto, amigo Juan, dijo otro, que en la voz conoció don Cristóbal era el portero que no los había querido abrir: ya hemos cenado, y con poco tenemos bastante.

—Unos buñuelos, remojados en vino añejo, dijo Carmen: tenemos un aceite excelente, y en cuanto al vino ya me direis que os parece.

Los cuatro hombres se sentaron al derredor de una mesa. Carmen tomó un plato, se acercó á la atrege, levantó la cubierta y sacó harina para hacer los buñuelos dejando largo tiempo levantada aquella. El bandido que todavía no había hablado.

—Qué gusto tendría, dijo, en clavar mi puñal en el corazón de esos miserables, así....

Y al mismo tiempo hundió su cuchillo en la tabla de la mesa con la mayor rabia. El arma quedó derecha y moviéndose, porque la hoja había penetrado en la madera mas de seis líneas.

—Carmen, dijo el molinero, pára el molino: ya ha pasado una hora, y hoy es domingo: tráenos la bota.

Comenzó el almuerzo, y la conversación fué animándose con mil chanzonetas atroces é indecentes. El molinero se conducía como buen compañero, procuraba esceder á sus convidados y hacerles beber mucho, contentándose él, aunque sin dárlo á conocer. En fin, desempeñó tan bien su papel, que salieron del molino mas convencidos que nunca de la fidelidad de Juan, y completamente embriagados, hasta tal punto, que al volver á pasar el riachuelo, uno de ellos cayó al agua, y allí se hubiera quedado, si no le acompañara mas que el honrado molinero.

Leonor y don Cristóbal salieron de su escondite tan enharinados de pies á cabeza, que parecían unas estatuas de mármol blanco. Al verlos en aquel estado, el molinero y su muger prorrumpieron en una estrepitosa risa, en la que ellos mismos tomaron parte con mucho gusto.

—Ya habeis salido del mayor peligro, pero aun no ha concluido todo: es necesario idear el medio de llegar á la población inmediata sin que os descubran, porque hasta entonces os hallais en el territorio de vuestros enemigos. Son muy poderosos y vigilantes, y si os sorprendiesen cometerían con vosotros toda especie de violencias para impedir el que descubrais sus crímenes á la justicia. El día se acerca: oid lo que conviene hacer. Vais á poneros uno de mis vestidos, y esta señorita hará á mi esposa el honor de tomar uno de los suyos. Subiremos en un carruaje: ¿Sabeis guiarle? Conducireis el mío á pie, y la señora y yo iremos sentados sobre los costales: podrá fingir que va durmiendo, y si nos encuentra alguno, infundiremos menos sospechas, porque soy conocido en el país, y vos pasareis por mi mozo.

—Bien, muy bien arreglado, contestó don Cristóbal, decidme únicamente cómo siendo un hombre tan honrado os hallais al servicio de una cuadrilla de malhechores.

—Os lo contaré en el camino, dijo el molinero: no debemos perder tiempo.

Concluida la mudanza de trages y preparado el carruaje, emprendieron la marcha. Una faja encarnada que iluminaba el horizonte por la parte del Oriente, anunciaba la llegada de la aurora. Las estrellas iban desapareciendo, la bóveda celeste iba tomando un color mas pálido, y en la estremidad opuesta brillaba aun la luna con un ligero resplandor en el azul cielo. El aire era fresco y suave, las aveillas estaban silenciosas, porque dormían todavía en las ramas de los olivos que había á orillas del camino, y la calma universal manifestaba que la naturaleza no se había despertado. Es bien sabido que por efecto de uno de esos misterios de que se halla llena nuestra vida, esta hora matutina derrama en el corazón del hombre la alegría y la esperanza, así como la proximidad de las tinieblas el desaliento y el terror. Nuestros viajeros salieron del molino con las felices disposiciones que inspira la vuelta de la luz. Cristóbal en traje de molinero, y Leonor con el de aldeana. Abrazaron á la buena Carmen, que lloraba y se quedaba con miedo, y se separaron para no volverse á ver, según todas las probabilidades. ¡Así es la vida!...

Colocados los tres en el carruaje, Juan y Leonor al lado uno de otro, y don Cristóbal delante, como si guiase las mulas, el molinero habló en estos términos:

—Mirad por entre los árboles ¿veis allá abajo la casa aislada, rodeada de una niebla blanca? Ahora la ilumina el primer rayo del sol. Allí deberiais estar en este momento, tendidos sin movimiento, y sin una gota de sangre en vuestras venas, en vez de andar cómodamente, como lo hacemos, por un buen camino. Verdad es que Dios os ha favorecido milagrosamente.

Hace unos tres años que esa familia vino á establecerse en este país. Nadie los conocía, ni aun en el día podrá decir su procedencia. Compró esa casa y sus dependencias, que son muy vastas; era un edificio antiguo que no se habitaba hacia ya muchísimos años, porque se le suponía frecuentado por duendes: por manera que esa mansion no es terrible solo desde

ayer. Hicieron muchas obras en las habitaciones, se trabajó largo tiempo, y yo me acuerdo de haber acarreado arena y piedra. Entonces, ni estaba casado ni había tomado en arrendamiento el molino. Solo pensaba en ser soldado, y estaba muy distante de hacerme molinero. Volviendo á los individuos de esa familia, os diré que comenzaron á vivir con mucho misterio, y así han continuado después. Supónense moriscos, pero la verdad es que son hebreos, ó si os place mas, judíos. Son muy ricos, y se los cree profundamente versados en los secretos de la Cábala. Mas no es esto lo extraordinario de su historia: vedlo aquí. Todos han venido al mundo con la mano derecha llena de lepra; así es, que habeis observado que todos llevan un guante en esa mano, y no se le quitan nunca. Esta lepra permanece fija y no se esparce por el resto del cuerpo hasta cierta edad, que en las mugeres es de treinta años, y la de cuarenta en los hombres. Entonces la horrible enfermedad se pone en movimiento: principia por las piernas y va subiendo lentamente hasta que invade todo el cuerpo: á proporcion que va ganando terreno deja inertes los miembros á que ataca, por manera que la mitad de un individuo está viva, y la otra muerta. Cuando el mal se apodera de la cabeza, se concluyó: pero necesita mucho tiempo para llegar allí.

Es imposible curar esta enfermedad, y no os extrañará que los hombres no logren combatirla, si atendéis á que es un castigo que Dios ha impuesto á toda una raza. Esas gentes descienden, según se cree, de Poncio Pilato, que firmó la sentencia de muerte de nuestro Salvador, y deben llevar hasta la consumación de los siglos el sello y la pena del crimen de su antepasado.

Pero si no pueden vencer esa asquerosa lepra, han encontrado al menos el medio de retardar sus progresos, tomando baños tibios con sangre de cristianos.

La situación de su casa en el centro de esa inmensa llanura desierta, á la salida de un desfiladero de Sierra Morena, les favorece admirablemente.

De vez en cuando suele llegar á ella algun viajero extraviado ó sorprendido por la noche, y aquel infeliz desaparece sin dejar la menor huella de su paso. Tienen en su casa media docena de criados, ó mas bien de asesinos, que en un instante y por medio de ciertas máquinas, despachan á un hombre al otro mundo. Después de lo cual, el anciano padre, que es el mas agravado en su enfermedad, toma su baño, y se asegura que después y sucesivamente hacen lo mismo los restantes individuos de la familia.

Aquí don Cristóbal interrumpió la narración del molinero.

—Jamás creeré que dos criaturas tan encantadoras como Amina y Raquel, tengan la menor participación ni en ese baño atroz, ni en los asesinatos que sirven para su preparación.

—Yo no sé lo que es Amina, pero en cuanto á Raquel teneis razon. Como es la mas joven, no hace mucho tiempo que se halla instruida en los sombríos misterios de la casa paterna, y no desaría mas que poder fugarse de ella. Pero ¿cómo? ¿con auxilio de quién? ¿y en donde había de refugiarse?

—¿Pero cómo habeis sabido todas esas particularidades?... preguntó Leonor.

—Por dos criados que se escaparon de esa espantosa guarida hace un mes, y que se salvaron como vos en mi molino; hasta entonces no sospechaba la menor cosa. Ese molino, pertenece á la familia de Poncio Pilato: me le han arrendado en un precio bastante moderado y gano mucho dinero. Pero no hay interés ni ganancia que valga: no puedo sufrir en silencio que se degüelle así á mi prójimo á dos pasos de mí, siendo como soy de una familia de cristianos viejos. Mas ya llegamos á Huescar, sin que, gracias á Dios, hayamos tenido ningun tropiezo. En cuanto esteis en seguridad, voy á dar parte á la justicia.

—¡Ay!... ¡dijo Leonor, en vuestra declaración no os olvideis de justificar á la pobre Raquel!... A ella debemos la vida, y probablemente nos hubiera acompañado, sin la fatal inadvertencia, que tal vez, á estas horas la haya arrebatado la existencia. ¿Que habrá sido de ella sin auxilio, en aquel callejón embovedado? ¿Habrá podido salir de él? ¿Qué tratamiento habrá recibido de su familia? ¡Os confieso que estos pensamientos me atormentan mucho!...

IV.

La gitana.

Entre tanto el carruaje se encontraba ya en las calles de Huescar. Fueron á apearse en la posada del Santísimo Sacramento, cuyo dueño era amigo antiguo del molinero. Casualmente se hallaban allí unos comerciantes que se volvían á Murcia después de haber terminado sus negocios en Huescar, y consintieron en llevar á don Cristóbal y Leonor que pasaba por su esposa. Estos no se separaron del excelente Juan sin hacerle mil protestas de amistad, y sin obligarle á aceptar una generosa recompensa.

Desde Murcia les fué muy fácil llegar á Alicante, en donde encontraron un buque que los condujo á Barcelona. Leonor se acordaba mucho de los lebreros de Sierra Morena; pero don Cristóbal la hizo comprender que no podían permanecer seguros en ningun punto de España, por el grande influjo del arzobispo, que de pronto ó tarde llegaría á descubrir su retiro por mas

oculto que fuese. Leonor cedió á aquellas razones. Su intencion era retirarse á cualquiera parte de Francia, y esperar allí á que la muerte del prelado, ó su indulgencia, con la que no contaban mucho, les permitiese volver á España.

Desembarcaron en Barcelona, y resolvieron continuar su camino por tierra, porque la navegacion incomodaba mucho á Leonor. Estaban ya demasiado lejos para temer que se los persiguiese, iban ademas disfrazados, y pasados los Pirineos ya nada tenian que temer.

Ningun incidente notable turbó su viage hasta Livia, pueblecito situado á la entrada de la montaña, y al cual llegaron al cerrar la noche. La única posada que allí habia, era una especie de figon de mezquina apariencia, mas como no habia en que escoger, fueron á parar á él.

Pidieron un cuarto, y se les contestó que por el pronto no le habia, pero que seguramente se les proporcionaría uno para dormir. Hasta tanto, tenian que contentarse con una especie de sala comun, en donde estaban como hacinados gran número de bebedores que metian mucho ruido, porque la mala suerte de nuestros viajeros, hizo que aquel dia fuese la fiesta del lugar. Tuvieron que conformarse y se colocaron en un rincon. Sin embargo, los concurrentes á la taberna fueron retirándose poco á poco, para ir al baile á una casa inmediata, y los huéspedes pudieron cenar con mas tranquilidad de la que habian pensado. La cena fué tambien mejor de lo que esperaban: se componia de caza, pastas, frutas y buen vino. Antes de que se concluyese, don Cristóbal y Leonor se quedaron enteramente solos: con todo, la prudencia no les permitió hablar de sus asuntos, por temor de ser acachados y oídos, pues el tabique se componia de tablas muy delgadas, por lo cual hablaron de cosas indiferentes. Despues de los postres, don Cristóbal salió para que le preparasen la habitacion, trasladar á ella su equipage, y hablar con el patron de la marcha del dia siguiente, y el camino que debia seguir. Leonor, pensativa, puestos los codos en la mesa, y apoyada la cabeza en las manos, escuchaba el ruido del baile y su mirada se perdia en la parte oscura y profunda de aquella desierta sala. De repente, en el ángulo opuesto y en frente de ella, la pareció distinguir una forma humana que se movia, y cuya sombra tomaba grandes dimensiones. El beloncillo que ardia delante de ella, colgado de un liston de madera, la daba en el rostro, y la vivacidad de la luz formaba una especie de pared ante sus deslumbrados ojos. Leonor no pudo menos de sentir alguna agitacion producida por la sorpresa y el temor. La persona desconocida se aproximó lentamente hasta la orilla de la mesa en que se encontraba Leonor. Era una muger alta, flaca, de facciones regulares, tez morena y ojos muy brillantes y vivos. Llevaba en la cabeza una especie de turbante encarnado, y un vestido de color ceniciento que se iba cayendo á pedazos: su edad seria como de unos cuarenta años ó algo mas. A primera vista se conocia que era una gitana.

—Señora, la dijo en buen castellano, no tengais miedo; me habia quedado dormida allí en aquel ruedo: el hambre me ha despertado: ¿me quereis dar algo de comer?... —Con mucho gusto: cuanto hay en la mesa está á vuestra disposicion. Tomad una silla, pobre muger, y comed y bebed. La gitana no se lo hizo repetir: se sentó en frente de Leonor que la miraba con compasion, y se puso á cenar silenciosamente y como una persona hambrienta. Cuando ya se hubo satisfecho. —Que el cielo, mi buena señora, recompense vuestra caridad, dijo con voz grave y conmovida: no tengo otro medio de probaros mi reconocimiento por el bien que acabais de hacerme: sin embargo, si quereis, os diré vuestra buena ventura. Es un arte en que paso por muy hábil. —Me dareis en ello mucho gusto, contestó Leonor. La gitana sin hablar una palabra, llenó un vaso de agua, y despues, sacando de su faltriquera una cajita de forma oblonga, que contenia pedacitos de plantas y semillas secas, buscó una hoja de boj, otra de romero, y un grano de nebrina, y lo colocó todo en una cuchara de plata, que calentó con mucho cuidado, pasándola repetidas veces por encima de la llama del velon. Mientras que aquellas sustancias se calcinaban chispeando ligeramente, y despidiendo un olor aromático, la gitana pronunciaba en voz baja y con rapidez ciertas palabras en una lengua desconocida. Sin interrumpirlas, derramó las cenizas en el vaso de agua, y como sobrenadaban ligeramente por su superficie, rogó á Leonor que soplasen tres veces sobre ellas para sumergirlas. Por último, sacó tambien de su faltriquera un pergamino lleno de caracteres y figuras cabalísticas, que colocó debajo del vaso, y un librito cuyas hojas eran de pergamino; le abrió por un sitio señalado, y abierto así, le puso sobre el vaso formando como una especie de tejadillo. Cerca de un minuto le tuvo de aquel modo sin interrumpir sus oraciones ni evocaciones, hasta que por fin se volvió á guardar el libro, y dijo: —Todo está pronto.

Entonces se arrodilló: el vaso se hallaba al mismo nivel de los ojos, le miró, y fué interpretando lo que veia en él. —Habeis sido religiosa, ó por lo menos habeis vestido el hábito de novicia. Os habeis fugado de vuestro convento, por la noche y con un caballero. Ha-

beis atravesado un monte, en seguida una llanura, os recibieron en una espaciosa casa, y os habeis librado de un inminente peligro....

—Esperad, la dijo Leonor, ¿no me podeis dar noticias de nuestra libertadora?

—No puedo hablar mas que de vos, ni veo mas que á vos. En saliendo de aqui viajareis todavia mucho tiempo....

La gitana permaneció algunos minutos en silencio, como absorba en una profunda contemplacion, y despues continuó con voz enternecida:

—¡Ay! ¡Hija mia!... ya habeis sufrido muchas penalidades, pero son muy leves en comparacion de las que os esperan.

—¿Y cuáles son?

—No tengo valor para deciros las. Armaos de fortaleza y de paciencia.

—¿No hay ningun medio para evitar mi suerte?

—¡Ninguno!... Todo lo que puedo deciros (y aun esto no os servirá de nada), es que debeis tener cuidado con el rosario, y que morireis en medio del agua, por el fuego.

—¿En medio del agua, por el fuego?... repitió Leonor aterrada por aquellas siniestras palabras. ¡Gran Dios!... ¿No hay en la tierra ningun refugio para mí?... ¡Ah!... buscadme, indicadme un asilo en donde pueda encontrar el reposo....

La gitana, aquella vez no miró ya al vaso, puso la mano sobre sus ojos, reflexionó profundamente, y dijo:

—¿El reposo?... no le encontrareis mas que en tierra santa....

Al pronunciar estas palabras, se levantó y salió de la habitacion.

V.

La tierra santa.

Leonor no pudo ocultar á don Cristóbal su conversacion con la gitana; éste lo tomó á broma, y se burló de la credulidad de su compañera. Mas al dia siguiente, cuando volvieron á emprender la marcha, notó que Leonor estaba taciturna, abatida y preocupada, y se persuadió de que la escena de la víspera habia producido una impresion demasiado fuerte sobre aquella imaginacion en extremo sensible. Su carruaje iba subiendo entonces una cuesta bastante elevada, por medio de un bosque, y don Cristóbal creyó que un poco de ejercicio, el aire fresco de la mañana, y la deliciosa vista del paisaje, iluminado por los primeros rayos del sol, le harian que se distrajese; así fué que bajo pretexto de que le incomodaba la lentitud con que marchaba el carruaje, propuso á Leonor el andar un rato; consintió esta, y cuando se hallaron solos en el escabroso sendero que se extendia por uno de los lados del camino, don Cristóbal, apretando suavemente con su brazo el de Leonor, tomó la palabra en estos términos.

—Mi querida Leonor, siempre es imprudente tratar de conocer el porvenir. Siento mucho que hayais cedido á esa curiosidad, pero en fin, ya está hecho el mal; procuremos que no tenga consecuencias lamentables. Aunque yo no doy ningun valor á las predicciones de esa clase de gentes, confieso sin embargo que entre el farrago de mentiras y aserciones aventuradas de que suelen valerse, puede encontrarse algo que merezca el que se piense en ello. No creo en hechiceros ni adivinos, pero no dudo que la Providencia pueda servirse, algunas veces, de esos ciegos y miserables instrumentos, para anunciar misteriosamente sus designios, y advertir á los hombres. En este género se han visto hechos muy singulares. Así es, que aun cuando anoche aparentase reirme de vuestra supersticion, no por eso he dejado de reflexionar seriamente sobre los pormenores que me habeis referido. Una palabra es la que particularmente me ha llamado la atencion: «El reposo!...» dijo la gitana, solo le encontrareis en tierra santa....» Pues bien, es necesario ir á ella. ¿Qué aventuramos? En el momento en que abandonamos nuestra patria, todos los paises nos son indiferentes. Corramos, pues, á buscar esa felicidad que se os ha prometida en tierra santa. ¿Pero qué tierra santa es esa?... ¿La Palestina?... Me parece que no.

Cuando yo viajaba, me acuerdo haber visitado en Suiza, una isleta deliciosamente situada en el lago de Constanza. Se llama la isla de Reichenau, y por un sobrenombre que data desde hace ocho ó diez siglos, la Isla Santa ó Tierra Santa. Esto proviene de una abadía de benedictinos que estaba muy poderosa y floreciente en tiempo de Carlo-Magno, y que ahora se halla convertida en negras y tristes ruinas. El pueblo la ha conservado el nombre de Tierra Santa para atestiguar ó confirmar que los monges propietarios de Reichenau, hicieron florecer antiguamente en ella la piedad, sin la cual no puede haber virtud.

Teniamos proyectado fijarnos en Francia; pero esta nacion se encuentra muy próxima á España, y las relaciones de ambos paises son muy frecuentes. Vuestro tio concluiría por descubrir nuestro asilo, y nos molestaria, porque como sabeis que es activo y vengativo, no dejaría de encontrar algun medio para conseguirlo. Haremos otra cosa: si os agrada, querida amiga, nos estableceremos en Reichenau. Es necesario mirar ya vuestra fortuna como perdida, pero la mia será suficiente para los dos. Escribiré á don Sebastian: ese amigo discreto y fiel, nos remitirá mis rentas, y

viviremos felices en *Tierra Santa*, en ese oculto rincón del universo, á cubierto de todos los tios, de todos los arzobispos, y de todos los malvados.

Leonor convino en todo cuanto decia don Cristóbal. La serenidad volvió á aparecer en su rostro: parecia indudable que las palabras de la gitana encerraban un aviso de la Providencia, y no podia menos de admirar la habilidad con que don Cristóbal lo habia conocido y lo felizmente que lo habia interpretado.

Su primer cuidado en cuanto llegaron á Francia, fué el hacer consagrar y bendecir su union por la iglesia: este paso era muy necesario, con especialidad para Leonor que sentia grandes escrúpulos de conciencia.

Tomaron el camino de Lyon, y desde allí se dirigieron á Strasburgo. Caminaban á jornadas cortas, pero sin detenerse de modo alguno á observar las curiosidades que se les presentaban al paso. Leonor sintió estremecerse el corazon cuando á la entrada del puente de Kelh, descubrió las vaporosas montañas de la Selva Negra. Aquel ancho rio, cuyas verdes y bulliciosas olas huian bajo sus plantas, aquel cielo de un azul claro, aquel valle sembrado de pueblecitos con casas muy blancas, con campanarios que terminaban en punta, y poblado de álamos negros y de sauces con hojas amarillentas y melancólicas, aquellos hombres de cabello rubio y tez sonrosada, que hacian resonar en sus oídos un idioma gutural y extraño, todo la producía una impresion de pena y de mal estar indefinible. ¡Aquello ya no era España!... Comprendió que pasaba de un clima ardiente á una naturaleza lánguida; que habia en fin mudado de atmósfera. Al atravesar aquel inmenso puente de barcas la parecia que renunciaba para siempre á su patria, que en adelante tendria siempre presente ante su vista. No pudo, pues, contenerse, y volvió la cabeza como para dirigir una mirada postrera, una mirada de despedida á la Andalucía: pero aquella mirada no encontró mas que una vasta laguna detras de la cual se veian los chapiteles de Strasburgo, en un horizonte cargado de nubecillas blancuecinas. Sintió que se le escapaban las lágrimas, pero afortunadamente don Cristóbal, que estaba ocupado en pagar el pontazgo, no observó nada. Un momento despues, mientras que alababa la belleza del pais que se presentaba á sus ojos, Leonor rezaba mentalmente una oracion en español para marcar con un acto de piedad, su primer paso en una tierra extranjera, y comenzar su mansion en ella bajo favorables auspicios.

Anduvieron toda la noche, y al siguiente dia á las cinco de la tarde, dejaron la diligencia algunas leguas antes de Constanza, en el pueblecito de Radolfszell, situado á orillas del lago inferior en frente de Reichenau. Acercóse una barca, y en pocos minutos ambos esposos se vieron separados del continente, bogando hacia aquella estrecha faja de tierra, perdida en medio del agua, adonde desde tan lejos iban á buscar la tranquilidad de su ánimo. La hora era solemne y los convidaba á la meditacion: el lago resplandeciente con los últimos rayos del sol, parecia un Océano de cobre en fusion. En la orilla opuesta se veian verdeguez las colinas de Thurgovia, coronada con hermosas fábricas, y la Peña de Hohentwiel, cuya gigantesca y extraordinaria masa aparecia enteramente negra en medio de aquella perspectiva luminosa.

Leonor espermentó una opresion de corazon y una triste amargura, al verse en aquella inmensa extension de agua, bajo un cielo extraño, lejos de su patria, de su familia, de sus amigos, y sin ninguna esperanza de volverlos á ver ni oír jamás hablar de ellos. En adelante iba á encontrarse sola en el mundo, sola con su marido, que tambien abandonaba por ella todos los objetos de su predileccion. Mientras la navicilla surcaba suavemente las olas, al cadencioso ruido de los remos, recordaba aquellos versos de un poeta antiguo, que parecian haberse escrito para ella y don Cristóbal:

Sed uno para el otro un mundo espacioso,
Siempre atractivo, nuevo, y siempre hermoso.

El lago porque navegaban les traia á la memoria aquel lago funeral que en la antigua mitología separaba la tierra de los vivientes, del pálido reino de los muertos. Toda su vida pasada se la presentaba como un sueño. ¡Cuántos peligros, cuantas zozobras desde el dia en que habia huido de su convento! Pero aqui, se decia para sí, vamos á comenzar una existencia nueva. ¡Quiera Dios que el porvenir nos indemnice de lo pasado!... que esa isla, esa *Tierra Santa*, nos dé en efecto la tranquilidad que nos prometió en ella la predicción de la gitana!...

Despues, poseida de un recuerdo músico, el de la cancion que por dos veces habia figurado ya en los acontecimientos mas graves de su vida, parecia que una especie de voz sobrenatural á que no podia imponer silencio murmuraba á su oído:

Marinero del aonda
(¡Ay ole!...)
En un arrojito
Echate al golfo,
Que tu dicha consiste
En un arrojito.

El sentido de esta copla se adaptaba naturalmente á la situacion. ¡Plegue á Dios, pensaba Leonor, que la cancion diga esta vez la verdad!

Don Cristóbal por su parte, tambien parecia abismado en serias reflexiones.

Por fin la barca llegó á tierra: saltaron en ella, y seguidos del mozo que llevaba su equipage, subieron por una cuestecita muy suave á la única posada que se encuentra en la isla: posada como se encuentran pocas, muy capaz, tranquila, silenciosa, y nunca perturbada por las risotadas y las canciones de los bebedores: se halla situada en medio de las ruinas y en el terreno de la abadía. El edificio es un cuadrilongo, cuya estrecha fachada mira al sendero (en la isla no hay camino): las ventanas de la derecha de la casa caen á un hermoso jardín, cuyas calles bien enarenadas y cubiertas sus orillas de boj, conducen á los viajeros á la escalinata de la puerta de entrada. Allí abundan todo el verano las rosas, pensamientos y reseda, flores tan distinguidas por su brillo y su perfume: en la primavera tulipanes, lirios, azucenas y anémones; y en el otoño girasoles. En fin, mas tarde, hay que contentarse con ver asomar entre la nieve algun triste eléboro, y descubrir en algun rincón con esposición al mediodía el balsámico heliotropo ó girasol de invierno. Las ventanas del lado opuesto, dan tambien á un jardín, pero muy diferente del otro. Allí no hay mas que un bosque de plantas copudas, bajas, delgadas, descoloridas, que se mueven al menor soplo del viento, y en medio de las cuales se elevan con lúgubre simetría unas cruces de madera negra. El propietario de aquella cerca es la muerte, y el sepulturero su jardinero.

No se advierte la población de la isla mas que por las cruces del cementerio, y cualquiera se admira de encontrar tantos difuntos en donde se ven tan pocos vivos.

El dominio de la muerte no se limita á aquel estrecho recinto; á cada paso se encuentran vestigios de su guadaña inexorable: y cuando entre aquellas chozas nuevas, aquellos hermosos tilos y grandes nogueras, en medio de las esmaltadas praderas y risueños viñedos, se descubre aqui un chapitel, allá un lienzo de pared, mas lejos un pedazo de columna, algun santo mutilado con las manos juntas y tendido entre la yerba, ó la entrada baja y abovedada de un subterráneo formado por los escombros, se adquiere el triste convencimiento de que todo Reichenau pertenece á la muerte, y al lado de cada objeto que tiene vida parece que se vé á la parca dispuesta á descargar sus destructores golpes.

Leonor y Cristóbal tenían en frente de su ventana contigua al jardín de la posada, una antigua torre cuadrangular de piedra blanquizca, cuyos cimientos habia ido socavando el tiempo, pero que se hallaba sujeta en las aristas y en el centro, por hiladas de ladrillo que se extendían por todo lo alto del edificio. Esta torre tenia dos pisos, como lo demostraban por la parte exterior dos órdenes de ventanas. Dijéronles que aquella era la torre del monasterio construido por Carlos Martel. La iglesia era del tiempo de Carlo-Magno, y el coro fué reconstruido por un rey cuya memoria se ha perdido con el trascurso de los siglos.

Al siguiente día de su llegada se apresuraron á ir á visitar aquel venerable monumento. El sacristan que los guiaba era un anciano de rostro semejante al de un difunto, pero con facciones en extremo agradables y de una fisonomía melancólica. Hablaba muy bien el francés, que don Cristóbal y Leonor entendían como su lengua nativa, poseía muchos conocimientos en historia y arquitectura, y merced á la oscuridad de la isla, hoy día muy poco frecuentada, no tenia nada de comun con los *cicerone* oficiales, clase insoportable por su charlatanería y sus mentiras.

—Mirad esa torre, les dijo, ha precedido á otras nueve, que adornaban el edificio del monasterio y que han desaparecido con él: ahora mismo vereis el cuadro en la iglesia. La torre de Carlos Martel ha durado ya dos siglos mas que lo que duró el reinado de los moros en España, que tuvo su origen al mismo tiempo que ella: es mucho mas antigua que el establecimiento de los normandos en Inglaterra. Sin embargo, ha sido incendiada dos veces por el fuego de los hombres y otra por el del cielo. Sus catástrofes la han disminuido mucho. ¡Miradla!... Tal como está, durará aun mas que nosotros.

Ya estamos á la entrada de las tres naves. Observad ese peristilo: solo se encuentra en las iglesias de la mas remota antigüedad. En él, permanecían en los tiempos de la primitiva iglesia los penitentes y catecúmenos, separados del resto de los fieles por esa hilera de columnas. Esta pilastra es todavía de la primera construcción y contemporánea de la torre: las demás son mas modernas, como podeis reconocerlo por sus diferentes formas.

Entremos en la nave lateral de la izquierda. Los vidrios de las ventanas están rotos, y los agujeros del techo permiten ver el cielo en muchos parages: las baldosas del pavimento están levantadas, y faltan acá y allá. Solo las losas sepulcrales han permanecido firmes en el sitio en que las fijara el dedo de la muerte. Mirad junto á esas columnas los cuadros de que os he hablado. Este representa el milagro de San Pirminio en el siglo VII, tomando posesión de la isla, y arrojando de ella todos los reptiles venenosos. Vedlos como huyen y van nadando por la superficie del lago, que se halla cubierto de ellos. Aquí, hace el santo construir su monasterio, y ahí veis el conjunto de todo el edificio en la época de su mayor esplendor, cuando la abadía, semejante á una ciudad pequeña, contenía en su recinto mas de ochocientos monjes, y resplandecía con el brillo de las virtudes y de la ciencia: cuando tenia por amigos á los reyes y emperadores, y por súbditos á duques, condes y obispos: cuando recibía en

su seno á Carlos el Gordo depuesto por la dieta de Tribur.—Ved ahí su sepulcro y su efigie en pie: cuando en fin, era tan rica y poderosa, que si el abad iba á Roma llegaba á ella sin salir de su territorio. Entonces Reichenau era grande en el cielo y sobre la tierra. Dios la favorecía con frecuentes milagros, de los que los mas principales se encuentran en esas pinturas medio borradas por la humedad: los grandes de la tierra la colmaban de privilegios y de regalos de todas clases. ¿Qué resta de tantos honores y opulencia?... La torre de Carlos Martel y un monje; ¡un solo monje de edad de ochenta años! Pero no importa!... mientras subsistan la torre y el canónigo Sulzer la abadía tendrá su representación. ¡Cuando el P. Sulzer deje de existir, y cuando la torre se desplome, todo habrá concluido!... ¡Plegue á Dios que no vean mis ojos semejante catástrofe!...

El aspecto de desolación que presentaba aquella iglesia, justificaba las dolorosas quejas del sacristan. Sin embargo, como las personas que se ven en decadencia despues de haber ocupado por largo tiempo un rango elevado, la iglesia de Reichenau conservaba en medio de su miseria, cierto aire de importancia y de magestad. La grandeza de las dimensiones, la forma del altar mayor, el coro enteramente revestido de madera de encina negra, y cerrado en toda su anchura por una verja de esquisito trabajo, y aun hasta aquellas pinturas invadidas por los verdosos líquenes que servían de tapices á las desnudas paredes, todo esto revelaba al observador, una gloria y un esplendor que habían

cierto que ya no salen de ellas papas, cardenales y obispos. Ya no reciben instrucción en ellas mas que unos pobres niños destinados á manejar el arado. Sin embargo, ¡quién sabe!... Dios puede si quiere formar de ellos príncipes de la iglesia. Reichenau no se halla aun completamente destruida y puede volver á ocupar un lugar distinguido en el mundo. Quizá lo que estamos viendo, no sea mas que un momento de prueba: tal vez entre los rústicos discípulos del P. Sulzer, se encuentre el que algun día deba poner término á esta situación cruel. ¡El cielo ha amado mucho á Reichenau para que pueda dejarle abandonado á una desgracia sin fin!... ¡Perdon!... Siempre abrigo estas ilusiones que os parecerán una sandez, una locura... porque á fuerza de vivir con el P. Sulzer he llegado á identificarme con él en cuanto á sus sentimientos de ternura y compasión por este profundo y desconocido infortunio. El P. Sulzer ha vivido sesenta años en la abadía: entró en ella siendo aun muy joven, por que los PP. tenían la costumbre de admitir en el monasterio algunos niños que manifestaban inclinación á la piedad y brillante disposición. Los mantenían é instruían, y cuando llegaba la edad de la profesion, aquellos jóvenes se encontraban ya formados para la vida eclesiástica, ricos en saber, y capaces de hacer honor á la órden durante muchos años. Posee la historia y los recuerdos de la abadía desde su origen, y se complace en referirla. Vereis en su casa muchas cosas curiosas, especialmente una colección de cuadros que representan todos los prodigios que se han efectuado en Reichenau, princi-



No paseis mas adelante, ya he muerto.

vuelto al seno de la nada. El buen sacristan hacia admirar todos aquellos pormenores á don Cristóbal y Leonor, y no olvidó esponer á su veneración las reliquias que se conservaban en el tesoro de la iglesia, de la sangre de nuestro Salvador, un pedazo de su cruz, el vaso de mármol en que Jesucristo hizo su primer milagro en la bodas de Caná, el báculo de marfil y plata sobredorada del abad Mangoldo de Brandis, la esmeralda de peso de veinte y siete libras, donativo de Carlo-Magno, la cual, segun dicen los inteligentes, no es mas que una masa de vidrio, pero ha sido regalada y recibida como esmeralda, durante mil años ha sido reputada como tal, y lo es en efecto, porque tambien la calidad tiene su prescripción.

Mientras examinaban detenidamente aquellas preciosidades se abrió una puerta, y un personaje de alta estatura, aunque un poco encorvado, con hábito de benedictino, se dirigió hácia el coro con paso lento, la vista fija en el suelo, y fué á arrodillarse en las gradas del altar.

—Es el P. Sulzer, dijo en voz baja el sacristan, todos los días á esta misma hora acude á rezar. Venid, continuó poniéndose el dedo en los labios, y por otra puerta los condujo fuera de la iglesia.

Como era natural, el sacristan fué interrogado acerca de aquel monje, é hizo de él el mas completo elogio.

—El P. Sulzer, dijo, es tan bueno como sábio, y esto es mucho decir. Si pasais aqui algunos días, os aconsejo que vayais á visitarle: vive allí, en aquella casita blanca al lado de la torre. Mirad aquel patio que permite ver la puerta que se halla abierta; son las escuelas que dirige el mismo reverendo padre. Por sus escuelas se hizo en otro tiempo Reichenau tan célebre en el mundo, y estas subsisten todavía, aunque es

piando por la vision del monje Wettin, hasta la espantosa aparición de que fué testigo el mismo Sulzer.

Leonor y don Cristóbal manifestaron deseos de oír aquella historia, y sentándose todos al sol enfrente de la antigua torre, y teniendo á la vista la estremidad de la isla cubierta de verdor, que se perdía en las plateadas aguas del lago, el sacristan volvió á tomar la palabra en estos términos.

AVENTURA DEL P. SULZER.

En aquel tiempo el P. Sulzer no era todavía lo que es ahora, sino un simple novicio, y de edad de diez y seis á diez y siete años, segun supongo, pues jamás me ha referido este hecho. No quiere que hablen de ello, y habiendo algunas personas procurado con mil rodeos suscitar la conversacion en su presencia, siempre se ha afectado mucho, porque el recuerdo de esta terrible historia le hace una impresion profunda, aunque ya hace que pasó mas de cuarenta años.

En la época que digo habia en la isla un hombre irreligioso y disoluto: un rico vecino de Constanza que vino á establecerse entre nosotros para disfrutar holgadamente sus riquezas. Aunque no estaba casado, siempre tenia mugeres en su casa, y hacia unas comidas tan opíparas como si fuesen de boda. En fin, en nuestro pequeño país, en que las costumbres han sido siempre tan arregladas, era un escándalo para todos, y para algunos ocasion de disgustos, porque el contagio de su libertinage iba difundiendo. Por lo demás era buen hombre, y aun segun se dice caritativo, pero aunque esto es algo, no lo suficiente.

En los reinados de nuestros sábios y grandes abades, como Hatton, Waldo, ó Federico de Wartemberg, cuando la disciplina se hallaba en todo su vigor y ener-

gía, ya supondreis que no se necesitaba mucho tiempo para cortar de raíz el abuso, y ahuyentar de la isla a aquel intruso, enviado por el demonio. Pero entonces era abad Federico de Rosenegg, cuyo mal gobierno había concluido con lo espiritual y temporal del monasterio. La relajación mas funesta con el nombre de tolerancia, esa relajación precursora de la decadencia, se había introducido en la abadía. Apenas se conservaban las prácticas exteriores, y lo poco que aun quedaba de ellas por un resto de pudor y de decoro, parecía demasiado pesado. El espíritu de los antiguos monges se había apartado de sus sucesores. ¿No se vió, podeis creerme, porque es un hecho auténtico, no se vió al abad de Reichenau, á ese mismo Federico de Rosenegg, ir á comer en casa de aquel libertino, cuyo nombre por desgracia ha quedado ignorado? Todavía existen algunos ancianos que os atestiguarán haber visto pasar al abad en su caballo blanco, cuando iba á casa del réprobo á quien llamaba públicamente su amigo. Así es que el cielo no podía menos de hacer un ejemplar.

El hombre de que os hablo tenía un confesor. Ya conocereis que no era mas que en la forma, como no fuese tal vez para aumentar el escándalo de su mala vida. Aquel confesor era un monge, bueno en el fondo de su corazón, pero indulgente en demasía: algunas veces mostraba á su penitente la profundidad del abismo, y le inculcaba la necesidad de apartarse de él y hacer penitencia, pues aun era tiempo de salvarse; pero el otro, con promesas y aplazamientos sabía tan bien engañar al cándido religioso, que siempre concluía por ceder: por manera que el director era arrebatado por el que debiera contener, y dejó el papel de juez por el de cómplice. Vais á oír el resultado de estos estravíos.

Una noche al dar el reloj la una, llaman y hacen un espantoso ruido á nuestra puerta. El portero sorprendido se levanta y le dicen:

—Pronto, pronto, avisad que se muere un hombre: le ha acometido un mal repentino y desconocido y pide vaya á confesarle el P. Domingo.

Corrió á llamar á este padre, y mientras se vestía, Sulzer, que entonces era un *fámulo*, acudió á la sacristía á preparar el Viático y el santo Oleo. Pero notad que se los guardó y llevó consigo, no con mala intención, sino por casualidad, ó mas bien por orden secreta de la Providencia. El P. Domingo no tomó mas que su breviario y su bastón. Pusieronse en marcha solos, porque los criados se volvieron á casa de su amo, pues sabían que el P. Domingo no necesitaba guía para ir á donde le llamaban. Era en medio del otoño, en el plenilunio, la noche estaba serena y se distinguían muy bien los objetos, pues estaba tan claro como si fuese de día. Seguían al lado uno de otro un camino con vallados, y digo que iban solos porque no cuento un perrillo que había criado Sulzer y que iba detrás de ellos. De repente el animal comenzó á ladrar de un modo lastimero: despues de haber intentado en vano hacerle callar, tomaron el partido de dejarle. Treinta pasos mas allá el perro calló y se metió entre una zarza.

—El maldito del perro, dijo el P. Domingo, nos va á detener. No hagamos caso de él.

Al concluir estas palabras vieron delante de sí, parada en medio del camino, la figura del que creían espantado en su lecho.

—¿A donde vais? les preguntó con voz grave.

—Se nos ha dicho que os hallabais en el último apuro, é iba á confesaros y administraros la extrema-unción.

—No paseis mas adelante, ya he muerto. ¡La justicia de Dios me ha sorprendido en la impenitencia final, y estoy condenado!... condenado por haber dilatado mi conversión; condenado por vuestra culpable debilidad, y vuestra necia condescendencia. Vos sois quien me habeis precipitado en una eternidad de dolores: vos sois el autor de mi desgracia, y es justo que participéis de ella. ¡Venid pues!...

Al proferir estas palabras, el muerto alargó el brazo y tocó en la espalda al P. Domingo. ¡En el mismo instante, sin ruido y sin sacudimiento alguno, desaparecieron ambos, como se disipa el humo en el aire!... Sulzer se volvió á la abadía, y estuvo tres meses enfermo del susto y horror que había experimentado. Creía-se que sucumbiría, mas sin embargo, se restableció: desde aquella época nadie le ha visto reír.

¿Y sabéis el sitio exacto en donde se efectuó este milagro? Pues fué precisamente en donde nos encontramos sentados. Volveos y mirad sobre nuestras cabezas la cruz que se colocó para memoria de este suceso. Se la llama la Cruz del condenado.

(Se concluirá).

SEMANA MOSAICO.

La víspera de San Andrés.

Durante una temporada que estuve en Leipsick, fué mi maestro de alemán un tal Herman Muller, con quien contraje bien pronto relaciones de amistad. Como debe desempeñar un papel bastante importante en mi narración, comenzaré diciendo algunas palabras sobre su persona y antecedentes.

Muller rayaba ya en los cincuenta años, cuando yo le conocí, y aunque la edad había blanqueado su ca-

bello, y coloreado un poco su tez, era fácil conocer que nunca habría sido un Adonis. Figuraos una cara larga é irregular; un cutis algo pálido, ojos casi del mismo color, y una nariz de un volumen respetable, y tendreis una idea exacta de mi profesor, que no poseía nada mas que su boca, un poco grande en verdad, pero guarnecida de magníficos dientes. Con todo, si á primera vista parecía feo, mirada con atención su sonrisa, no podía menos de convenirse en que no lo era tanto. En cuanto al cuerpo, se asemejaba á la mayoría de sus compatriotas, que equivale á decir, que era de mediana estatura, bastante mal formado, poco elegante, y provisto de unas estremidades algo toscas.

Herman Muller, había estudiado con aprovechamiento en la universidad de Jena; pero la falta de medios pecuniarios le obligó á interrumpir bruscamente su carrera literaria, y pasó muchos años recorriendo la Alemania con el taleguillo á la espalda y el báculo en la mano, observando las cosas y los hombres, y viéndolo con las limosnas que le daban los que se compadecían del pobre viajero. Debemos decir de paso, que esas escursiones á expensas del público, no envuelven en ninguna degradación á los que nos tienden la mano. Los estudiantes acostumbran á mendigar así los medios de adquirir sabiduría, y la opinión ha consagrado esta costumbre, en virtud del principio, de que es un deber de la nación ayudar á la juventud á adquirir los conocimientos, que mas tarde pueden convertirse en beneficio de la comunidad.

Despues de su peregrinación, Muller procuró en vano crearse una posición en Berlin, luego fué á Sajonia, y pagando su tributo á las agitaciones de la época, se fijó por último en Dresde, en donde su instrucción le proporcionó una regular medianía, dando lecciones de griego, latin, matemáticas, etc.

Tal era el personaje en frente del cual me hallaba sentado, una sombría noche del invierno de 183... junto á una gran estufa, perteneciente á una de las mejores fondas de Dresde.

Aquel día habían ajusticado á un soldado, condenado á muerte por varios asesinatos y robos en despojado, y la conversación giraba ya hacia algun tiempo sobre aquel drama sangriento, cuando de repente me dijo Muller, poniendo en la cornisa de la estufa el vaso de ponche de que acababa de beber la mitad.

—No recuerdo si os he referido alguna vez, las particularidades de una ejecución de que fui testigo en Weimar hace algunos años.

—No, le contesté, jamás me habeis hablado una palabra de ese episodio de vuestra vida; pero si me permitís que llene mi pipa, tendré sumo gusto en escuchar vuestra historia; será sin duda terrible; pero así se hallará mas en armonía con la tempestad que va á estallar.

—En efecto, el viento sopla con la mayor violencia, y lo mas extraño es que en igual día de 1812, cuando un capricho infantil me impulsó á dar un paso que debía causar la muerte de un hombre, hacia precisamente el mismo tiempo. Hoy es la víspera de San Andrés, y á otra víspera del mismo santo, pertenecen los acontecimientos que os voy á referir. Pero en el día los enamorados que quisieran consultar el oráculo, arriesgarían mucho en hacerse mojar hasta los huesos.

—¿De qué oráculo quereis hablar?

—Pues qué ignorais los privilegios que disfruta el bienaventurado San Andrés? Sabed, pues, que el día de su festividad las personas de ambos sexos pueden saber de antemano cual es el qué ó la qué está destinada para ser su consorte. Para ello basta colocarse en el esquinazo de una calle, ó en donde vayan á empalmarse dos, y la primera persona que se vea pasar, es precisamente la que debe conducirse al altar...

—Pero en nombre de todos los santos, mi querido profesor, ¿qué relación puede existir entre vuestra caza de novias, y la historia que me habeis prometido?

—Bien pronto lo vereis, me contestó medio cerrando los ojos; y despues de una breve pausa, continuó: Los principales hechos de que voy á hablaros son conocidos de toda la Alemania, y á pesar de su novelesco colorido, mi narración no se separará en nada de la verdad: os lo creo deber advertir de antemano, para que no me imputeis la estravagancia de ciertas particularidades que otras muchas personas podrán confirmarnos. Ya sabéis que seguí mis estudios en Jena. Despues de la campaña de 1806 que anonadó á la Prusia para algunos años, las universidades, aunque continuaban abiertas, presentaban un aspecto bien diferente del que ofrecieran en sus mejores dias, antes de la invasión francesa. Las apacibles tareas de las ciencias no podían continuarse en medio de las conmociones sociales: la mayor parte de los estudiantes habían abandonado las aulas, y los pocos que aun quedaban agrupados en derredor de sus catedráticos, en todo se ocupaban menos en los estudios prevenidos por reglamento. Unidos por los lazos de una fraternidad política, procuraban sacar de la postración á su patria, y librarla de la opresión estrangera. Aquellos tiempos de crisis vieron nacer y engrandecerse rápidamente una sociedad secreta que propendia al mismo objeto. Se ignora á quien debió su origen, pero contó entre sus patronos y mas ardientes partidarios, á los hombres mas generosos y distinguidos del país. Hacer mención de la Tugendbund, es evocar el recuerdo del patriota Scharnhorts, del sábio Gneisenau, y del intrépido Genz. La juventud especialmente, acogió con entusiasmo á aquella asociación, cuya naturaleza misteriosa, secretas iniciaciones, y

sobre todo los peligros, no podían dejar de seducir á unas imaginaciones exaltadas. Aunque la Tugendbund no hubiese aspirado mas que á una emancipación política, quizá podría censurarse el haberse inquietado muy poco por el valor moral de sus iniciados: tal vez, seria en verdad un inconveniente inevitable: pero sea como fuere, un gran número de ambiciosos y aun de hombres corrompidos, dispuestos siempre á pescar en agua revuelta, consiguieron no solo hacerse admitir en la sociedad, sino desempeñar tambien un papel importante en el comité central. Este comité, que residia en Berlin, tenia correspondencia con los sub-comités establecidos en las principales ciudades de la Prusia, Sajonia y Westfalia. Los sub-comités estaban presididos por un miembro de nota, designado por la autoridad central, y aquella magistratura subalterna, daba á los que se hallaban revestidos de ella, una influencia bastante grande sobre los afiliados que les estaban subordinados. Las mugeres no se hallaban excluidas de la Tugendbund, por que se había conocido que su imperio sobre los jóvenes podía hacer importantes servicios.

Tal era el estado de la Alemania del Norte en 1812, cuando la campaña de Rusia. En la primavera de aquel año, fué cuando cansado de una vida inútil y vagabunda, llegué á Leipsick, cuya universidad, todavia muy frecuentada, reunia las principales reputaciones literarias de la Alemania. Apenas me había establecido en una humilde habitación situada en el centro de un arrabal, recibí la visita de un agente de la Tugendbund, encargado de alistarme en la bandera de la sociedad. Os confesaré francamente que entonces conocia mucho mejor el griego que los misterios de la política, y que habiendo reflexionado todavia muy poco en las cosas del mundo en que vivia, me sentia poco inclinado á desempeñar un papel activo, aun cuando aprobase completamente el objeto de la asociación. Rehusé, pues, por el momento hacerme iniciar, por que queria tomarme tiempo para estudiar á los gefes del partido y á los que aspiraban á serlo. El presidente del comité de Leipsick, como supe bien pronto, era un tal Teodoro Palm. Este nombre recordará sin duda al desgraciado librero de Nuremberg, que Napoleon hizo sentenciar á muerte algunos años antes por haber vendido en su establecimiento las obras patrióticas de Genz. Aquella ejecución escitó hasta el mas alto punto la indignación de la Alemania, y Teodoro Palm, que era ó se titulaba pariente muy cercano de la víctima, se atrajo la atención y la simpatía general. Ninguno clamaba con mas vehemencia que él contra la tiranía de los franceses; nadie hacia tan frecuentes llamamientos á la adormecida energía de su patria, ni predicaba con mas confianza una regeneración nacional. Dotado de una elocuencia irresistible, unia á gran capacidad una afabilidad acariciadora y una dulzura atractiva, que sabía adaptar al carácter de todos aquellos á quienes se dirigia. Así es, que aun cuando aquella flexibilidad dañase á su popularidad é inspirase alguna desconfianza á la ruda sinceridad de la Alemania, era mirado como un poderoso auxiliar, y el comité central había creído que lo mejor que podía hacer era confiar á su destreza y diplomacia la dirección de la seccion de Leipsick.

Los medios de subsistencia de Palm, eran un misterio para todo el mundo. Nadie le conocia propiedad ni se dedicaba á ninguna profesion: mas no por eso pasaba una vida oscura. Unicamente se sabia que su afición á los libros rayaba en monomanía, y que gastaba sumas considerables en reunir obras raras y ediciones de valor, por lo que se suponía que era rico. Por otra parte no tenia gran tren de casa, y hacia en el mundo un papel tan humilde como el mas oscuro de los profesores.

Teodoro Palm era viudo y tenia una hija de extraordinaria belleza, criatura entusiasta y pura, que marchaba á su lado por la espinosa senda que había elegido, como esos ángeles que siguen en la tierra á sus hermanos de la raza decaída, para amarlos y consolarlos, á pesar de sus errores y locuras. La casualidad me hizo encontrar á Luisa Palm, y quedé bien pronto seducido, mas por su noble corazón que por su hermosura. Una sola pasión llenaba toda su alma, el amor de su abatida patria: lejos de parecer á las demás jóvenes cuyo cosmopolita corazón busca en cada hombre un adorador, no vivia ni usaba de su prestigio, mas que para proporcionar nuevos defensores á la causa de su país. Era una especie de sacerdotisa de la independencia, y su exaltación aumentaba el poder de sus encantos. Jamás hombre alguno ha ejercido tan grande imperio. Todos los jóvenes la profesaban una admiración mezclada de entusiasmo, su nombre se oia en todas las bocas, y cada día inspiraba á una multitud de poetas; pero nadie podía hacerla olvidar la misión que se había impuesto, y la mayor parte de sus adoradores despues de soñar en la felicidad de ser amados por ella, concluían por alistarse en alguna legión patriótica.

Yo tambien la pagué mi tributo de homenaje, y aunque jamás haya tenido una presencia seductora, la vanidad vino á sobreescitar mi embriaguez. Luisa Palm, el bello ídolo de Leipsick, se dignó distinguirme y aun buscarme entre la multitud que se agrupaba en derredor suyo: poco habituado al encanto de las amistades femeninas, me encontré al principio muy embazado y confuso con aquellas lisonjeras atenciones; mas bien pronto se exaltó mi cabeza, y me atreví á concebir amorosas esperanzas. Hasta entonces había tenido el despego por originalidad, y profesado mi so-

berano desprecio á los que yo llamaba esclavos de los caprichos de la moda: pero mi pasión me trasformó repentinamente: ya no pensé mas que en relacionarme con Luisa, y entre otros salones de que era por decirlo así, el alma, asistí con bastante frecuencia al de la versátil y caprichosa condesa Putcani. Seria inútil decir como habia conocido á esta última: basteos saber que nuestra amistad databa desde una de las aventuras fantásticas en que el espíritu novelesco y emprendedor de la condesa, la habia hecho figurar el invierno anterior. Me habia encontrado en posiccion de hacerla un favor, y se complacia en manifestarme el mas vivo reconocimiento. Mis visitas á su casa, que eran raras y muy cortas, fueron haciéndose cada vez mas frecuentes, y al lado de Luisa Palm me parecia muy breve el tiempo. Sin embargo, todavia no me habia decidido á ingresar en la Tugendbund. Convencido de que la Alemania debia sufrir aun largo tiempo el yugo de Napoleon, titubeaba en asociarme á unas tentativas, que en mi concepto eran prematuras. Luisa no dejaba escapar ninguna ocasion de argüir sobre mi desconfianza, y reprenderme mi culpable tibieza, y cada dia me hallaba mas embarazado para replicar á su lógica y defenderme de sus acusaciones y de sus burlas. Así pasaron la primavera, el estío y el otoño. Comenzó el invierno con un rigor desusado, y con los primeros frios se esparcieron vagos rumores, y precursoros ordinarios de las grandes noticias. Se habló de desastres sufridos en Rusia por el emperador, y la falta de datos exactos favorecia las exageraciones del odio y de la esperanza. Aquellos rumores dieron nuevo impulso á las sociedades secretas: los miembros de la Tugendbund, redoblaron su ardor y su proselitismo, y yo mismo empecé á no dudar del éxito de un próximo alzamiento, por lo que me decidí á hacerme iniciar.

Sin embargo, mis preocupaciones políticas estaban muy lejos de distraerme de mi amor, y la benevolencia que continuaba manifestándome Luisa Palm, acabó de trastornarme la cabeza de tal modo, que llegue á concebir un proyecto de que casi me avergüenzo de hablaros, pues era en extremo presuntuoso é insensato. Hace un instante que os he iniciado en las maravillas del dia de la víspera de San Andrés, pero dudo que podais formaros una idea de la multitud de creyentes que van aquella tarde á consultar al oráculo sobre su destino matrimonial. Con todo, tengo cierta repugnancia en pronunciar la palabra *creyente*, porque aunque muchas personas tienen entera fé en esas *suertes andreas*, la mayor parte de los que van á espera á las esquinas de las calles ó que andan errantes por uno y otro lado durante la noche mágica, ceden mucho menos á la supersticion que á la curiosidad ó á la esperanza de ver acogidos sus votos por un poder mas importante para ellos que el mismo San Andrés. Los jóvenes de ambos sexos aprovechan aquella ocasion para dar paseos nocturnos, citas, ó esforzarse en encontrarse como por casualidad. Aquella noche reina grande animacion en las calles, y á cada paso puede encontrarse una aventura. Hallar á una muger, es casi adquirir el derecho de declararla enamorada, y cada forma femenina que pasa, llega á ser un verdadero acontecimiento, porque va tapada, y se procura conocerla á toda costa. Las jóvenes se apresuran á emanciparse, y no suelen desdenarse de dar esperanzas á los amantes demasiado tímidos. De todas aquellas esperanzas, paseos y supercherías, resulta que mas de un matrimonio es en efecto la realizacion de las promesas de San Andrés, y estos milagros contribuyen á que los créditos lo sean cien veces mas. Esto os explica bastante el desasosiego de la juventud cuando se aproxima este dia memorable, y por ello comprendereis, sin que tenga necesidad de deciroslo, que la mayor parte de los enamorados que se disponen á esperar su novia en la esquina de una calle, instruyen de antemano de sus proyectos á la que desean encontrar.

Algunos dias antes de aquella solemnidad, se habló de ella en casa de la condesa de Putcani, é impulsado por una vana esperanza, hice de modo que dejé adivinar á Luisa la intencion que tenia de hacer la prueba, y el sitio en donde pensaba colocarme.

Llegó por fin la víspera de San Andrés, y mucho tiempo antes de la hora señalada, me hallaba ya de centinela á algunos pasos de una de las esquinas de la Plaza mayor. La noche era en extremo fria, y el viento soplaba con espantosa violencia. Me resguardé en el pórtico de una iglesia, y con una gran inquietud mezclada de turbacion, esperé que el reloj diese las doce de la noche. Apenas habia sonado la última campanada, cuando una muger cubierta enteramente con un velo, se presentó en el ángulo del edificio en que yo me encontraba. Mi corazón latia con tanta fuerza que parecia iba á romperse, y permanecí un momento como una estatua. Sin embargo, no tardé en reponerme de mi sorpresa, y bien pronto me hallé al lado de la desconocida, que marchaba á paso lento, y que llevaba en la cabeza un gran chal, colocado de manera que no podian vérsela mas que los ojos. Su estatura era la de Luisa, y estaba demasiado enamorado para acordarme de que en cuanto á esto habia muchas mugeres que se la parecian. Cobré ánimo y comencé la conversacion suplicando con la mayor vehemencia á la misteriosa dama, se dignase separar un poco el velo y mostrar su rostro á su futuro esposo: llegué hasta á hablarla de mi amor, pero se obstinó en guardar silencio y continuó andando con la misma indolencia, tan indiferente en la apariencia á mis efusiones poéticas, como al soplo penetrante del huracan.

Después de atravesar la plaza, se introdujo en un laberinto de callejuelas, y durante largo tiempo prolongó su paseo silencioso, sin que en medio de mi turbacion pensase yo en examinar el camino que me habia seguir. Por fin pasó por un sitio cubierto como si fuese un portal ó galería, y volvió la cabeza por primera vez, deteniéndose delante de una escalera bastante elevada. Subió por ella, abrió una puertecita, me hizo seña de que la siguiese, y entró. Me hallé en un pequeño vestíbulo circular, débilmente iluminado por una lámpara de bronce colgada del techo. Aquella pieza tenia cuatro salidas, y encima de cada una de ellas habia un nicho en que estaba colocado un busto. Dos sillas y una mesa con tapete de terciopelo de Utrecht, componian todo su mueblage. Apenas tuve tiempo para hacer aquellas observaciones, porque después de una corta pausa, mi conductora abrió una de las cuatro puertas, y atravesamos ambos el umbral en medio de un torrente de luz que se desprendia de él.

La nueva pieza en donde acababa de entrar era un salon octógono, ricamente amueblado, pero de aspecto un poco extraño. Cada uno de sus frentes estaba adornado con un espejo con marco de madera de arce, primorosamente trabajada, y las paredes estaban cubiertas de tapicería de color azul y anaranjado alternativamente, formando cuadros diferentes unos de otros. En unos estantes tambien de arce, habia amontonados sin orden libros lujosamente encuadernados: dos consolas estaban llenas de esos dispendiosos juguetes que anuncian la habitacion de una muger rica y caprichosa. Del centro del cielo raso pendia una lámpara sostenida por cadenas de plata, y debajo de cada uno de los espejos un trípode de forma antigua sostenia un pebetero que despedia una luz de deslumbradora blancura. Observé ademas, en medio de la pieza, una mesa cubierta con un tapiz de Persia sobre el cual habia colocado un gran jarron de porcelana de Dresde lleno de medallas. Quizá os parecerá extraño que en semejantes circunstancias fijase mi atencion en el local, en vez de concentrarla en mi conductora, pero estaba tan maravillado y aturrido, que no pensaba mas que dirigir mis miradas á mi derredor para asegurarme de que aquello no era sueño ni encanto. Sin embargo, bien pronto volví en mí al observar que mi misteriosa compañera se disponia á quitarse el velo, y me lancé hácia el círculo de luz que la lámpara del techo proyectaba sobre su cabeza; pero en el mismo instante se oyó ruido de pasos detrás de una puerta incrustada en uno de los enmaderamientos, y mi conductora me agarró del brazo y me colocó detrás de las cortinas de una ventana.

Mi oído me enteró bien pronto de que habian entrado dos personas en la habitacion, y reconocí en la voz á la condesa Putcani y á Teodoro Palm, que sostenian una conversacion muy animada. Durante algunos instantes, las palpitaciones de mi corazón me impieron distinguir el objeto de su conferencia, y mi emocion se aumentó al oír pronunciar mi nombre. Esforzándome cuanto me fué posible me decidí á salir de la falsa posiccion que no me habia yo buscado, y que podia iniciarme en unos secretos que estaba muy distante de querer saber; mas cuando levantaba el brazo para separar las cortinas, la mano de mi compañera me detuvo vivamente, y la débil claridad de uno de los rayos de luz, me permitió ver unos ojos que se fijaban en mí con una expresion suplicante. Ya no dudé que aquellos ojos eran los de Luisa, y conociendo que iba á comprometerla, me ruboricé de haber intentado salir y me mantuve en donde estaba.

—Basta, caballero, dijo entonces la condesa á su interlocutor, si no renunciáis á esa ridícula idea de denunciar á Muller como un espia francés, yo misma lo seré de Napoleon. Os lo repito, ese joven, vale por sí solo mas que una docena de vuestros entusiastas, que no son buenos mas que para beber brindando por el triunfo de la justa causa. En cuanto á su honor, preguntádselo á vuestra hija; jura que es un verdadero paladin.

—Mi hija, señora, es una loquilla, respondió Palm con su meliflua voz, y temo que se haya ocupado, ya demasiado del carácter y talento de ese joven, en perjuicio de deberes mucho mas graves que haria bien en no descuidar. No niego talento á Muller, mas por eso mismo puede hacernos mas daño.

—¿Y en dónde teneis la prueba de que sea un espia? —Los espías hormiguean en nuestro desgraciado pais, y tengo contra él pruebas incontestables.

Indignado con tan infame calumnia iba á lanzarme fuera de mi escondite, para dar un solemne mentis á mi acusador, cuando la misma mano que me habia ya detenido, me obligó nuevamente á permanecer quieto.

—No poseeis semejantes pruebas, caballero Palm, replicó la condesa, y lo sabeis tan bien como yo, porque es imposible que tengais la prueba de lo que solo existe en vuestra imaginacion. Ahora escuchadme bien, señor presidente, si nuestro protegido os inspira realmente alguna desconfianza, no es únicamente mas que porque no forma parte de la Tugendbund: ¿y qué diriais si antes de salir el sol consintiese en aliarse entre los nuestros?

—En ese caso, señora, podria aplazar mi decision, y tomar nuevos informes.

—¿Y vuestras pruebas? pregunto la condesa con un ligero acento de sarcasmo.

—Yo no he dicho, contestó Palm evidentemente embarazado, que mis pruebas fuesen completamente concluyentes: todos los hombres se hallan espuestos á

engañarse, y pueden haberme inducido á error.... Mas cómo creer que ese joven que por tan largo tiempo y tan constantemente ha desechado nuestras proposiciones, se decida precisamente en esta noche, y en tan breve plazo á formar parte de nuestra sociedad?... —Perdonad, señor presidente, que no os haga partícipe de mi secreto: pero lo que os he prometido, quiero y puedo cumplirlo. Pero ya hemos hablado bastante de este asunto. No hemos venido á mi gabinete para sostener una discusion política. Deseais examinar mi famosa medalla de Antonino, y tendré suma complacencia en véroslo admirar. Aquí está.

Y diciendo esto, la condesa se aproximó á la mesa que ocupaba el centro de la habitacion, y se inclinó hácia el antiguo vaso de porcelana para buscar en él la preciosa medalla. Por lo que á mí hace, como hasta entonces no habia fijado mucho la atencion en Palm, dirigí la cabeza hácia el estrecho espacio que quedaba descubierto entre la cortina y la pared, y separé ligeramente la tapicería para observar las facciones del hombre, de que en adelante debia guardarme como de un enemigo.

La condesa Putcani, inclinada siempre sobre sus medallas, volvia la espalda al presidente que medio me la ocultaba. De repente, Palm sacó de debajo de su capa un grueso martillo, y al punto le vi levantar y bajar el brazo con la rapidéz del relámpago. El martillo cayó con espantosa violencia, pero no hirió al objeto á que le dirigia el asesino: habia pulverizado el jarron de porcelana; por que la condesa, por una feliz casualidad, vió en el espejo colocado enfrente de ella el movimiento de Palm, y se libró del golpe mortal, apartando bruscamente la cabeza. En el mismo momento, y antes que el presidente tuviese tiempo de recobrar su presencia de ánimo y de reiterar su tentativa de asesinato, y aun antes que la condesa hubiera podido articular un solo sonido, Luisa fué á caer como una masa inerte á los pies de su padre, dando un grito que todavia resuena en mis oídos. Abreviaré cuanto me sea posible la narracion de esta horrorosa escena. Un minuto después, el culpable, lívido de asombro, de estupor y de cólera, estaba en poder de los criados de la condesa, mientras que ella misma olvidando el peligro que habia corrido, prodigaba toda especie de cuidados á su joven y desmayada amiga. Observado apenas por nadie, yo formaba tambien parte de aquella extraña reunion, no sabiendo como interpretar, y enlazar entre sí, los misteriosos incidentes de que acababa de ser testigo. Me apresuraré á concluir esta complicada trama. Segun ciertos hechos que pudieron averiguarse mas tarde, y segun la confesion del mismo Palm, parece que este, durante muchos años, se habia aprovechado de su posiccion para cometer un gran número de crímenes. Hábil para introducirse, bajo el disfraz de la política, en las habitaciones particulares de las personas mas ricas de Dresde, habia con frecuencia substraído de ellas valores considerables, y aun héchose culpable de muchos asesinatos, hiriendo cuando la ocasion le parecia favorable, y robando en seguida el dinero y alhajas de sus víctimas. Para la mayor parte de aquellas muertes se habia valido del mismo martillo que estuvo á punto de privar de la existencia á la condesa. El misterio de que creian deberse rodear los que le recibian, el esmero que ponian en alejar á sus criados, y en escoger para aquellas comprometidas entrevistas una hora avanzada de la noche, la infernal habilidad con que el malvado se deshacia de sus víctimas sin dejarlas tiempo para lanzar un solo grito, la posiccion que ocupaba el presidente de la Tugendbund, sus modestas y sencillas costumbres, los numerosos amigos que le conciliaba su infatigable propaganda, todo en fin habia concurrido á alejar hasta la mas remota sospecha de Teodoro Palm, á pesar del ruido que habian producido los homicidios de que era autor (1).

Hay aun mas; un crimen engendra otro casi siempre, como el miembro gangrenado comunica rápidamente la muerte á todo el cuerpo, y Teodoro Palm habia sido una nueva prueba de esta verdad. Aunque en un principio abrazó con entusiasmo la causa de su vencida patria, su conciencia, que no se estremecia del asesinato y el robo, perdió en su degradacion su último sentimiento de nobleza, y la insaciable codicia del bibliomano, no contentándose ya con el producto de sus crímenes, llegó á reunir la traicion á sus demas perversidades, y á hacerse espia al servicio de los franceses. El alto rango que ocupaba en la Tugendbund le permitia hacer servicios recompensados al mas alto precio, y le colocaba fuera del alcance de la desconfianza de sus compatriotas. No obstante, como á todos los traidores, le preocupaba sin cesar la idea de los peligros á que se esponia, y solo para dar pruebas de celo, y alejar mejor las sospechas, habia denunciado varias veces como espías, á personas tan inocentes como lo estaba yo mismo.

Todavía me resta explicaros la conducta de Luisa. He aqui lo que me contó después la condesa Putcani: aunque jamás habia confesado mi amor, estaba muy distante de haber guardado el secreto, y la condesa que hacia largo tiempo que le habia descubierto, le habia por pasatiempo tomado bajo su proteccion, y con todo el aturdimiento de su carácter, no habia de-

(1) Creemos conveniente recordar aquí á nuestros lectores que aunque parezcan inverosímiles tantos crímenes impunes, nos hemos limitado á referir hechos conocidos de toda la Alemania del Norte. Las circunstancias de esta historia sin ejemplo nos han sido referidas y confirmadas, entre otras personas, por el célebre profesor de Leipsick M. Herman.

jado de hablar en mi favor á Luisa. Las dos amigas se ocupaban de mí mas de lo que yo pensaba, y mientras que la condesa se complacía en estenderse sobre lo que llamaba mis títulos á la mano de la hermosa joven, esta, si no cedía á sus argumentos, la escuchaba al menos sin disgusto. Sin embargo, había un punto en que Luisa discordaba sin admitir apelación: hasta entonces me había negado á entrar en la Tugendbund, y declaraba irrevocablemente que no correspondería á los homenajes de un hombre extraño á toda sociedad patriótica; y que antes de consultar á su corazón con respecto á mí, quería que renunciase definitivamente á mi culpable indiferencia.

Recordáreis tal vez, que pocos días antes del de San Andrés, me había decidido á entrar en la Tugendbund, y por una coincidencia bastante extraña, la condesa y su amiga habían precisamente resuelto aprovechar aquella noche profética para dar á mis fluctuaciones un ataque decisivo. Habían convenido en que Luisa pasaría á media noche por el sitio en que yo tenía anunciado que pensaba hacer centinela, y que me llevaría á casa de la condesa, que contaba con no dejarle salir sin haber obtenido mi consentimiento. Es indudable que este proyecto hubiera tenido el éxito mas completo, sin la odiosa tentativa de Palm. No necesito deciros que este último no podía sospechar de modo alguno, mi presencia y la de su hija en las habitaciones de la condesa. El salón en que había sido introducido me era completamente desconocido, y aun cuando no hubiera quedado desorientado por los largos rodeos que me había hecho dar mi conductora, dudo que hubiese podido conocer la habitación en que me hacía penetrar, porque jamás había entrado por la puerta que entonces tuvieron la bondad de franquearme. ¿Por qué había elegido esta entrada con preferencia al paso ordinario? es cosa bien fácil de adivinar: sin duda trataba de escusarse del papel que había consentido en representar, y explicarme la inocente conspiración combinada por su amiga, para que yo no pudiese sospechar en aquel paso mas que el noble deseo de reclutar un defensor mas para su patria... Tal vez... pero mis suposiciones importan muy poco, lo cierto es que fuesen los que quisiesen los motivos, eran tan puros como el corazón que los había concebido.

El desenlace del drama en que la casualidad me había mezclado de aquel modo, puede preverse fácilmente. A pesar de las turbulencias que agitaban á la Alemania, el crimen de Palm era demasiado odioso para substraerse de la vindicta pública. El culpable fué juzgado con la prontitud que permite la complicada tramitación del juicio criminal en Sajonia, y fué condenado á ser despedazado vivo. Sin embargo, como las leyes del país exigen que trascurra un año desde la sentencia de muerte hasta la ejecución, Teodoro Palm quedó encerrado en la cárcel de Leipsick, para pasar en ella los últimos doce meses que le quedaban de vida. Su desgraciada hija obtuvo el permiso de acompañarle en su cautiverio; y durante toda la espera que les estaba concedida, no dejó de concentrar en sí misma todos sus pensamientos, olvidando á su país y su patriotismo, para no acordarse mas que de sus deberes de hija, y desempeñar al mismo tiempo las funciones de consoladora, compañera, y sacerdote.

Mientras tanto la Alemania recobraba su independencia, y arrebatado por el entusiasmo general, cansado de mi inacción, y deseoso de librarme de dolorosos recuerdos, entré en clase de voluntario en el ejército de los aliados. Sin estenderme en mi carrera militar, me contentaré con deciros que asistí á la batalla de Leipsick, que me hallé en el cuerpo destinado á perseguir á Napoleón, y que después de la derrota de Hattau, en que el general Wrede perdió la cabeza en el momento en que mas falta le hacía, nos incorporamos al grueso del ejército que marchaba entonces á establecerse en Francfort. En Erfurth, mi compañía fué agregada á la division de Regnier, y os confesaré que quedé muy satisfecho al ver el término de mis expediciones, porque no hay nada como la guerra para saber apreciar la paz. Por otra parte, mi pensamiento se dirigía á Leipsick, en donde había dejado una pobre joven sin protectores, que tal vez no habría encontrado un asilo que la pusiese á cubierto de todo peligro, ni aun en el calabozo de su padre. Además, había oído decir que se habían abierto las prisiones, y que los presos, unos se habían fugado, y otros habían sido trasladados á lugares mas seguros. ¿Quién podría decirme lo que se había hecho Luisa?... En fin pude volver á Leipsick; pero era ya de noche cuando recibí mi boleta de alojamiento, y antes de que hubiese tenido tiempo para tenderme en mi cama, fui llamado por el general Regnier, que me dió la orden de marchar al día siguiente de madrugada á Weimar con mi compañía, para asistir á una ejecución que debía producir allí gran sensación. De todos los servicios á que puede verse espuesto un militar, el que se me imponía me era el mas penoso; pero en el ejército, oír es obedecer.

Nos pusimos en marcha mucho antes de amanecer, y llegamos á nuestro destino dos horas después de salir el sol. Cansados y mojados hasta los huesos por que llovía sin cesar, nos dirigimos á la plaza mayor, en donde por lo regular se llenaban las formalidades que deben preceder á toda ejecución. En el centro de la plaza, ya llena de gente, se elevaba una tribuna, delante de la cual nos colocamos. Dirigí mis miradas á la multitud que se apartaba silenciosamente para abrirnos paso,

y ni una sola cabeza ví que apartase sus ojos de la plataforma en donde el condenado, (que tenía puesta una especie de túnica blanca, sujeta con cordones negros), estaba de pié enfrente de los tres gerichtsrahs, ó consejeros de justicia.

El principal magistrado se adelantó hacia el criminal y leyó en alta voz, y en un papel que tenía en la mano, las preguntas siguientes:

—Teodoro Palm, ¿no os habeis hecho culpable de muchos asesinatos, y no habeis sido preso en el momento en que tratábais de cometer un nuevo crimen?

Me hallaba, pues, en presencia de Palm: el condenado que veía tan inmediato á mí, que me rozaba con su túnica, era el padre de Luisa, y me veía precisado á asistir, y en cierto modo á presidir á su ejecución.

—Si, respondió débilmente el culpable.

—¿La sentencia pronunciada contra vos es justa y equitativa? Volvió á preguntar el consejero.

—Si, respondió nuevamente el reo, con una voz que nadie hubiera podido oír sin el profundo silencio de la multitud.

Siguióse una breve pausa: luego el decano de los magistrados (ó richter) ocupó el sitio que acababa de dejar el consejero, y después de romper una varita sobre la cabeza del criminal, pronunció contra él la sentencia de muerte. La pena de la rueda se conmutó en la de decapitación, gracia concedida, como supe mas tarde, á instancia de Luisa, y en consideración sin duda á su ternura filial. Concluidas las ceremonias preparatorias, se retiraron los magistrados, y los oficiales subalternos se llevaron al preso. La ejecución debía verificarse fuera del recinto de la ciudad, y la multitud, abandonando la plaza con el confuso murmullo que parecia decir, ya nos podemos marchar, se dirigió en tropel hacia el sitio en donde se había levantado el cadalso. Yo tuve que seguir la misma dirección, y presencié hasta su conclusión tan odioso espectáculo. Todavía me parece que veo al reo sentado en la fatal banqueta, con un temblor general en sus miembros, y fijando en el espacio miradas estúpidas; todavía me parece ver que un hombre se adelanta para vendarle los ojos; brillar después de repente una cuchilla, y rodar por el pavimento del cadalso una cabeza ensangrentada. Supeluego que algunos enfermos, atacados de dolores ó de parálisis, se apresuraron á colocarse junto al tronco del decapitado, para que les rociara la sangre que brotaba de él; pero no ví tan repugnante escena, debida á una superstición muy generalizada, porque perdí el sentido y caí á tierra. Diéronse prisa á levantarme, y me trasladaron á una casa inmediata; pero tardé mucho tiempo en volver de mi desmayo, y al día siguiente, cuando la compañía volvió á emprender el camino de Leipsick, fué necesario colocarme en una camilla.

—¿Pero no habeis vuelto á ver á Luisa? pregunté á Muller.

—Ya os hablaré de ella otra vez, me contestó con tono grave; por ahora creo haberlos explicado suficientemente la relación que existía entre una ejecución en Weimar, y la víspera del día de San Andrés.

LOS GÜELFOS Y LOS GIBELINOS. Los güelfos y los gibelinos son dos partidos célebres por sus luchas sangrientas en Italia. Su origen remonta á principios del siglo XIII; siendo en Alemania donde primeramente aparecieron en guerra ambos partidos encarnizados el uno contra el otro: los güelfos y los gibelinos eran dos ilustres casas que se disputaban la corona imperial; el jefe de una de estas casas se designaba bajo el nombre de *Gueibelinga* ó *Waiblinga*, castillo de la diócesis de Augsburgo en las montañas de Hertfeld, de donde acaso procedía esta familia; sus partidarios fueron mas tarde llamados gibelinos. El otro era originario de Alford; esta familia, habiendo tenido sucesivamente á su cabeza muchos príncipes que llevaban el nombre de *Guelfo* ó *Welf*, dieron á sus partidarios el nombre de güelfos.

Por los años de 1100, los emperadores de la casa de los gibelinos, habiendo tenido que sostener largas guerras contra la iglesia, los güelfos se declararon sus protectores; después el nombre de güelfo ha servido siempre para designar á los partidarios de la iglesia, y el de gibelino ó los partidarios del emperador. Como era especialmente en Italia, donde los papas y los emperadores se atacaban, por eso existió allí mas que en ninguna parte la violenta lucha de los güelfos y los gibelinos, y estuvo toda la Italia durante cinco siglos dividida entre estos dos partidos. Generalmente los nobles estaban siempre por parte del emperador, y las ciudades y las repúblicas por parte del papa; el partido güelfo era el partido de la libertad y de la unidad italiana. Mr. Sismondi ha escrito una voluminosa historia de las repúblicas italianas, donde se refieren las sangrientas querellas de los güelfos y los gibelinos; pero debemos desconfiar de los juicios de Mr. Sismondi, quien descendiente de una familia gibelina, es poco imparcial hacia los güelfos y la iglesia, y nunca quiere comprender la política de los papas.

Los nombres de güelfos y gibelinos concluyeron por caer en desuso hacia el siglo XV, en la época de la caída definitiva de las repúblicas italianas, cuando una multitud de pequeñas monarquías se levantaron sobre los restos de los comunes, y cuando los españoles y los franceses escogieron á la Italia por teatro de sus guerras, y para sustituir la lucha de sus pasiones y de sus intereses á la de las pasiones é intereses nacionales.

PANDECTAS. El manuscrito de las *Pandectas*, ó del *Código*, esta vasta compilación de leyes que ha inspirado la mayor parte de nuestras leyes modernas, fué llamada mucho tiempo *Pandectas Florentinas*. El manuscrito original había sido hallado el año 1450, en el saqueo de Amalfi, y el emperador Clotáreo le dió como un presente á la ciudad de Pisa. Los florentinos se apoderaron de Pisa y el manuscrito fué transportado á Florencia, al palacio de la república, en un gabinete magníficamente adornado, donde el manuscrito fué puesto en el mejor estado de conservación. Se confió á los religiosos bernardinos, que no le dejaban ver mas que en ciertos días del año como una santa reliquia; el primer magistrado asistía á esta ceremonia con la cabeza descubierta, así como los religiosos, que tenían respetuosamente los cirios en las manos.

En *Clarisa Harlowe*, obra maestra de Richardson, novelista inglés, Lovelace explica á uno de sus amigos por que ardides había llegado á hacerse considerar como hombre instruido en el mundo: «Yo me impuse, dice, dos reglas de conducta; la primera era siempre que me encontraba en una sociedad donde había personas extrañas, escuchar hablar á todos antes de concederme la libertad de hablar yo mismo: la segunda era, si veía que alguno de ellos era superior á mi alcance, abandonar toda pretensión á los nuevos descubrimientos, contentándome con alabar lo que ellos elogiaban, como bellezas que me eran muy conocidas, aun cuando hubiese oído hablar de ellos por la primera vez; y de este modo he llegado á adquirirme por grados la reputación de hombre de gran talento.»

Para darnos cuenta acerca del mérito de una obra de arte, hay un método que se ha recomendado algunas veces, y que en efecto nos parece propio para ejercitar el juicio y la imaginación, y al mismo tiempo para acostumbrarnos á una sana crítica. Este método consiste, cuando se está en presencia de un cuadro, y en el momento en que la mirada ha comprendido el asunto antes de haber analizado sus pormenores, en recapacitar algunos instantes y en indagar como se hubiera concebido y desarrollado el mismo asunto, si hubiéramos sido llamados á tratarle. Los resultados á los cuales conduce este trabajo interior, sirven además de término de comparación para apreciar las bellezas de la obra que está delante de nuestros ojos; por esta vía llegamos además á ser modestos, bien se nos vitupere, bien se nos admire.

LECHE DE BURRA. El uso de la leche de burra tan generalmente propagado en Europa, y que recomiendan todos los médicos á las personas delicadas ó afectadas del pecho, se introdujo en Francia por un judío. Hé aquí como: Francisco I se encontraba muy débil y muy incomodado; sus fatigas guerreras y sus excesos le habían reducido á un estado de languidez, que se aumentaba de día en día: los remedios no le mejoraban. Hablaron al rey de un judío de Constantinopla que gozaba la reputación de curar este género de enfermedades. Francisco I mandó á su embajador en Turquía, que hiciese venir á París á este doctor israelita á cualquier precio. El médico judío llegó y no recetó al rey mas que leche de burra: este dulce remedio sentó bien al monarca, y todos los cortesanos de ambos sexos se apresuraron á seguir el mismo régimen.

El cólera sigue en el estado que dijimos en el número anterior, adormecido durante el invierno en el Mediodía de Francia, Italia y costas de Africa.

Parece que disminuye notablemente en Orán, segun un parte telegráfico de que habla el *Correo de Marsella*, con la particularidad de que se observan mas casos en los pueblos pequeños que en los grandes centros de población. El obispo de Marsella se embarcó sin embargo el 12 para Orán, y creemos que la presencia del venerable prelado, que con peligro de su propia vida corre á prestar á aquellas poblaciones los auxilios de la religión, producirá una influencia bienhechora en el ánimo de los pueblos de la costa de Africa.

Los moros, dicen los periódicos franceses, que no han conocido hasta ahora mas que la peste del bubon, al que denominan *jabuba*, están aterrados con el cólera, y cuando se les pregunta de qué ha muerto su padre, hermano, amigo, etc., dicen que del *jabuba francés*, pues este nombre es el que dan al cólera.

RASGOS, AGUDEZAS Y ESTRAVAGANCIAS

HISTÓRICAS.

Alejandro el Grande, naturalmente liberal y magnánimo, despreció siempre á los aduladores. «¿Qué felicidad, decía, si resucitase dentro de algunos años para saber lo que se dice de mí! Ahora no me admiro de que todos me alaben; los unos temen, los otros esperan.»

En una ocasión que navegaba por el Eufrates, Aristóbulo su historiógrafo le leía el diario de su expedición á la India. Había mezclado hechos falsos á la verdad de la narración, y Alejandro indignado, le arrancó el manuscrito de la mano y le arrojó al agua diciendo:

—Lo mismo debería hacer contigo por atreverte á atribuir falsas hazañas á Alejandro.

Estando enfermo le escribieron que Filipo, su médico, trataba de envenenarle, pero Alejandro presentó al médico la carta acusadora al mismo tiempo que tomaba la bebida que le había preparado.

Habiendo experimentado Mitrídates una derrota por sus enemigos, tuvo necesidad de huir; pero como dejase en Farnacia sus mugeres, sus concubinas, y sus hermanas, envió al eunuco Báquidas para que las diese muerte, con el objeto de que no fuesen presa del vencedor: en este serrallo se encontraba Monima de Mileto, tan magnánima como hermosa. Llegó el eunuco, y dijo a las mugeres del monarca que declarasen la clase de muerte que preferían. Monima quiso ahorcarse con la banda real; pero habiéndose roto, exclamó indignada:

—¡Maldita banda!
¡ni aun para esto sirve!

Apeles era tan modesto, que sometía sus cuadros al juicio del público: convino con un zapatero que le había criticado su calzado, pero el artesano engreído con este éxito se adelantó a criticar otra cosa, y Apeles le interrumpió diciendo:

—Zapatero, á tus zapatos.

Al ver una Helena, que uno de sus compañeros había representado espléndidamente vestida, dijo:

—La hizo rica por no poder hacerla hermosa.

Dionisio, rey de Siracusa, jamás se acostaba en un mismo aposento conociendo los muchos peligros que rodean á un tirano. Sabiendo que su barbero había dicho: «Todas las semanas tengo la vida de Dionisio á merced de mi navaja», determinó que sus hijas le quemasen la barba. Quitó á Júpiter un manto de oro macizo diciendo:

—Es muy pesado para el verano, y demasiado frío para el invierno.

Habiendo experimentado un magnífico temporal á su regreso de Loeres, cuyo templo de Proserpina había saqueado, exclamó:

—¡Cuán propicios son los dioses á los sa-

crilegos!

Una vez leyó unos versos suyos al poeta Floxeno, el que manifestó francamente su opinión diciéndole que eran muy malos; el rey entonces le mandó encerrar en las canteras. Al siguiente día le llamó y le leyó otros versos, y cuando terminó su lectura, se volvió el poeta á los soldados y dijo:

—Llévame otra vez á las canteras.
Dionisio entonces se sonrió y le perdonó.

Era tanta la tolerancia que Antígono tenía respecto á los desórdenes de su hijo Demetrio, que puede calificarse como una condescendencia fuera de los límites de la razón, pues tomaba á broma todos sus errores.

Un día que Demetrio le abrazaba con mucho entusiasmo al regresar de un viaje lejano, le dijo:

—Hombre, ¿qué haces? ¿Piensas que estás abrazando á Lancia?

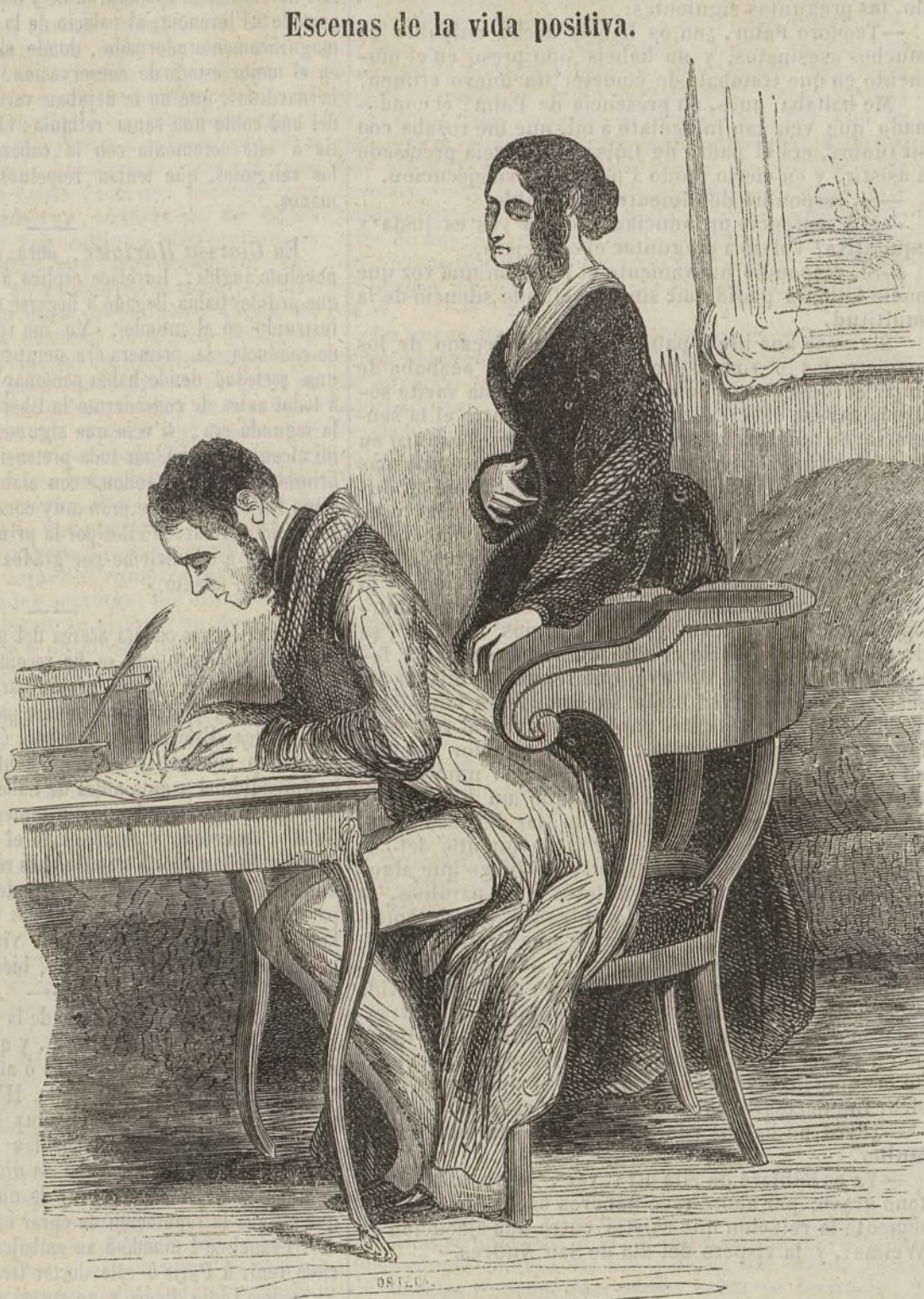
Lancia era una manceba, á quien Demetrio profesaba grande cariño.

Hallábase Demetrio indispuesto, y su padre fué á visitarle á su aposento, mas al entrar vió que salía su querida.

—¿Cómo te sientes? preguntó Antígono á su hijo.

—Acabo de dejar la calentura, respondió Demetrio.

—Con efecto, repuso Antígono, la he encontrado en la puerta cuando se marchaba.



Muy señor mío:

Carolina me encarga que recuerde á vd. cierto duo que la tiene fuera de sí: yo le ruego que haga el favor de venir á comer hoy con ella, y le traiga la música que desea; por mi parte no podré tener el gusto de oirla, porque estoy comprometido á pasar el día en la posesion de un amigo, á tres leguas de Madrid, y no volveré hasta mañana. Compadézcame vd., y no dude del afecto de

EDUARDO.

Calendario de la Semana.

SANTOS NACIONALES Y ESTRANEROS.

Lunes 26. La fiesta de los Desposorios de Nuestra Señora con san José, san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.

Martes 27. Santos Facundo y Primitivo, mártires, san Virgilio, obispo de Salzburgo, Santiago el Interciso, san Barlaam y Josafat, y la beata Margarita, viuda de la real estirpe de Saboya, religiosa dominica.

Miércoles 28. San Gregorio III, papa, san Glicerio, mártir, san Esteban el Mozo, y el beato Leonardo de Portu-Mauricio, religioso capuchino.

Jueves 29. San Saturnino, mártir, san Jacome de la Marca, san Filomeno, mártir. Es vigilia y día de ayuno.

Viernes 30. San Andrés apóstol, san Natael, mártir. Es día de misa de precepto.

Sábado 1.º de diciembre. Santa Natalia, viuda, san Eloy, obispo, san Olimpiades, mártir, san Simon Cirineo, san Hugon, cardenal, y san Ebasio, obispo y mártir. Se publica la bula de la Santa Cruzada para el próximo año.

Domingo 2.º. Adviento. Santa Bibiana, virgen y mártir, santa Elisa, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, san Roberto, abad primero de Mataplana, santos mártires Eusebio, Marcello, Adria, Paulina, Aurelia y otros compañeros, santa Brigida, virgen y mártir, y san Teodilo Estilita.

Gaceta devota de la capital.

Día 26. En las iglesias de san Ginés, Monserrat, san Ignacio y san Justo, se celebra al patriarca san José en obsequio de su glorioso desposorio con la Santísima Virgen, y por la tarde es la duodena mensual al mismo santo. En el convento de religiosas de san José, calle de Atocha, se festeja á nuestra Señora de la Remedación, que se venera en el claustro de dicha comunidad, y por la tarde completas. En la Buena Dicha sigue la novena á santa Bibiana por mañana y tarde. En la parroquia de san Andrés, á las 9, son los sufragios en favor de las almas del purgatorio. Y en la bóveda de san Ginés, ejercicios al toque de oraciones.

Día 27. En la capilla del Monte de Piedad, concluye la novena anual á Maria Santísima del Socorro, por su congregación de la escuela de Maria, con funcion por la mañana. En el colegio de la Presentacion (Niñas de Leganés) comienza solemnemente novena al glorioso san Nicolás de Bari, siendo por mañana y tarde. En san Antonio de los Portugueses, el culto semanal acostumbrado, en honor de su titular, por la mañana. En san Isidro el Real, se recuerda que sigue el coro por mañana y tarde. Y en santo Tomás por la noche, la devoción á las ánimas.

Día 28. Además de las novenas que se están celebrando á santa Bibiana en la iglesia de la Buena Dicha y á san Nicolás en el colegio de Leganés, habrá hoy los ejercicios que todos los miércoles, en la citada bóveda de san Ginés, por la noche.

Día 29. En la parroquia de san Ginés, á las 10, misa de renovación de sagradas formas, como todos los jueves, y lo mismo en la real iglesia de san Isidro, siguiendo las horas canónicas por mañana y tarde. En la de san Andrés, esposición del Santísimo todo el día y vísperas por la tarde á su santotitular.

Día 30. En la capilla de Jesus Nazareno (ahora convento de religiosas del Caballero de Gracia), se celebra á su imagen titular, habiendo manifestado por mañana y tarde. En las parroquias, Buen Suceso, Encarnacion, san Isidro, Carmen, san Tomás y en la capilla de Palacio, se canta misa mayor en obsequio del santo apóstol de este día. En la iglesia del colegio de Portugueses y en la parroquia de san Andrés, se festeja á este santo su titular, y en la otra como á patron del mismo colegio. En la última iglesia, por la tarde, dará principio la novena á la Concepcion de Nuestra Señora. En el convento de Trinitarias Descalzas, por la tarde, los ejercicios establecidos, en obsequio á los sagrados corazones de Jesus y Maria. En la comunidad de Arrepentidas y Servitas, se practicará por la tarde el ejercicio del santo Viacrucis. En el oratorio de la calle de Cañizares y bóveda de san Ginés, los ejercicios espirituales de instituto por la noche.

Día 1.º de diciembre. En la iglesia parroquial de santa Maria, á la Virgen de la Almudena, se tendrá el mensual culto por mañana y tarde. En el monasterio de Calatravas principiará la anual y devota novena á Maria Santísima de la Concepcion, siendo solo por las tardes. En Nuestra Señora de la Buena Dicha, finalizará la dedicada á santa Bibiana, por mañana y tarde. En los conventos de Mercenarias, santo Tomás, Carmen, san José, Desamparados, Atocha, Portugueses, Recogetas, Escuelas Pias, Rosario, san Francisco y en Nuestra Señora de Gracia, se cantarán letanias y salves á la Santísima Virgen Maria, por la tarde en unas y por la noche en otras. Esta tarde á las 2, saldrá la lucida cabalgata de la parroquia de san Justo, y recorrerá la carrera acostumbrada, para la publicación de la bula de la Santa Cruzada de 1830.

Día 2. En la real iglesia de Loreto, dará principio la novena á su Virgen titular, por las tardes solamente, oficiando el coro las señoritas colegiales. En la referida iglesia de la Buena Dicha, solemne fiesta á la virgen y mártir santa Bibiana, por mañana y tarde. En las parroquias, san Isidro el Real, Buen Suceso y capilla de Palacio, misa mayor con sermon (por ser primer Domingo de Adviento). En santo Tomás, Carmen, Encarnacion y otras, solo misa cantada á las 10. En la de santa Maria la Real de la Almudena, será la funcion de la predicación de la bula, yendo en procesion desde la parroquia de san Justo á la espresada de santa Maria. En los oratorios del Espíritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, san Millan, Servitas, Arrepentidas, san Pedro el Real y Salesas Nuevas, ejercicios de Dominica, por la tarde. En la capilla de la V. O. T. de san Francisco, idem de corona franciscana y Viacrucis.

DISTRIBUCION DE CUARENTA HORAS

Se ganará este santo jubileo en la presente semana, en la iglesia de beatas de san José, el 26. Colegio de Niñas de Leganés, los días 27 y 28. Parroquia de san Andrés, 29 y 30. Nuestra señora de la Buena Dicha, 1 y 2 de diciembre.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Día 27. A los santos Facundo y Primitivo, hermanos mártires, se les celebrará en Leon su patria, y en Orense donde se veneran sus reliquias.

Día 29. A san Saturnino, mártir, en Pamplona, donde es patron, y á san Jacome de la Marca, en el convento de Nápoles, donde se venera su sagrado cuerpo.

Día 30. Al apóstol san Andrés, en Plasencia, Daroca, Medellín, Baeza, Cubas, Estella, Manila y Betanzos, donde se veneran sus reliquias.

Día 1.º de diciembre. A santa Natalia, en la ciudad de Córdoba, donde fué martirizada.

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

LA CALUMNIA ES COMO EL CARBON, QUE MANCHA CUANDO NO ABRASA.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.